

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
Facultad de Teología

APROXIMACIÓN A LA PARROQUIA COMO SACRAMENTO DE COMUNIÓN A  
PARTIR DE UNA LECTURA ECLESIAL DEL BANQUETE EUCARÍSTICO

Proyecto para optar por el título de Magister en Teología

Presentado por  
EDUARDO SUÁREZ POVEDA

Director  
VÍCTOR MARTÍNEZ MORALES, S.J.

Bogotá, marzo de 2011

## ÍNDICE DE CONTENIDOS

	Pág.
INTRODUCCIÓN	5
PRIMERA PARTE: MIRADA A LA REALIDAD DE LA PARROQUIA HOY EN EL CONTEXTO DIOCESANO, LATINOAMERICANO Y UNIVERSAL	22
1. Situación sociocultural	32
2. Dimensión sociopolítica	37
3. Situación pastoral	41
SEGUNDA PARTE: CARACTERÍSTICAS DEL BANQUETE EUCARÍSTICO	47
1. La eucaristía en el contexto de la vida, muerte y resurrección de Jesús	49
1.1 Eucaristía: Jesús, el verdadero cordero inmolado	49
1.2 El banquete eucarístico realiza la unidad en Cristo	50
1.3 La vida de Jesús como entrega y servicio al banquete del Reino	51
1.4 La eucaristía y la resurrección de Jesucristo	54
1.5 La eucaristía es el don por excelencia que nos ha dado Cristo	55
1.6 La obra del Espíritu Santo en la persona y vida de Jesús	57
2. Comunión eucarística, comunión eclesial	60
2.1 Eucaristía y comunión eclesial	61
2.2 La Iglesia vive de la eucaristía	64
2.3 El banquete fraternal, sacramento de comunión	65
2.4 La eucaristía edifica la Iglesia	68
2.5 “Apostolicidad” de la eucaristía y de la Iglesia	70
2.6 La eucaristía y la Iglesia particular	72
3. La Última Cena, banquete de comunión	75
3.1 La comida del Señor	75
3.2 La fracción del pan	77
3.3 “Porque el pan es uno, muchos somos un solo cuerpo”	79
3.4 La Última Cena de Jesús	80
3.4.1 Unidad de Jesús con la creación y con Dios	80
3.4.2 Unidad de Jesús con sus discípulos	81

3.4.3	Unidad presente con el pasado y con el futuro	82
3.5	Cena y banquete celestial	83
3.6	El pan, la copa y la memoria bajo la influencia de las palabras de Jesús	84
3.6.1	“Esto es mi cuerpo”	84
3.6.2	Las palabras sobre la copa	85
3.6.3	La sangre	85
3.6.4	“Haced esto en memoria mía”	86

### TERCERA PARTE:

#### LA PARROQUIA COMO SACRAMENTO DE COMUNIÓN EN LA IGLESIA PARTICULAR Y UNIVERSAL

		87
1.	La parroquia, una realidad diocesana	100
1.1	La parroquia es comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular	101
1.2	La parroquia, comunidad de comunidades y movimientos	104
1.3	En la parroquia está y opera la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica	106
1.4	La parroquia es familia de Dios, animada por el Espíritu Santo en una comunión	108
1.5	La parroquia es comunidad eucarística en la que el párroco es el vínculo jerárquico con toda la Iglesia particular	110
1.6	La parroquia es sacramento de comunión y de solidaridad con la realidad	117
1.7	La parroquia, comunidad profética, sacerdotal y real	120
1.8	La parroquia, signo e instrumento de salvación	121
1.9	La renovación de parroquia	122
2.	La parroquia a la luz de la Última Cena	128
2.1	La parroquia, sacramento de comunión en torno de la persona de Jesús como centro de una nueva comunidad	130
2.2	La parroquia, una comunidad unida en el banquete eucarístico	132
2.3	La parroquia, mediadora de una presencia eucarística que es presencia de comunión	135
2.4	Celebración de la Cena del Señor en la vida parroquial	137
2.4.1	Lo que hemos de creer: la eucaristía: banquete de comunión	138
2.4.2	Lo que hemos de celebrar: el encuentro con Jesús resucitado	140
2.4.3	Lo que hemos de vivir: la parroquia como sacramento de comunión	142

CONCLUSIONES	146
BIBLIOGRAFÍA	163
ANEXO: UN ACERCAMIENTO A LA REALIDAD DE LA PARROQUIA ACTUAL	169

## INTRODUCCION

La aproximación a la parroquia como sacramento de comunión a partir de una lectura eclesial del banquete eucarístico surge como respuesta a la realidad que viven no pocas comunidades parroquiales, en un contexto marcado por el individualismo.

El *Documento de Aparecida* hace énfasis particular en esta situación, al señalar que el individualismo debilita los vínculos comunitarios, y propone una radical transformación del tiempo y del espacio, otorgando un papel primordial a la imaginación.

Al dejarse de lado la preocupación por el bien común, para dar paso a la realización inmediata de los individuos, se pone en evidencia que las nuevas generaciones crecen en la lógica del individualismo pragmático y narcisista, que suscita en ellas mundos imaginarios especiales de libertad e igualdad. La realidad de despersonalización y de subjetivismo hedonista no deja construir identidades integradas y tampoco abrir camino hacia la santidad. “Ante el individualismo, Jesús convoca a vivir y caminar juntos. La vida cristiana sólo se profundiza y se desarrolla en la comunión fraterna.”<sup>1</sup>

El individualismo es la característica dominante de la actual sociedad, responsable del relativismo ético y de la crisis de la familia. Este es un problema muy grande, que marca lo cotidiano de las parroquias, y constituye una realidad que se opone a lo que deben ser ellas. El individualismo contrario a la comunión de los cristianos, que es el gran correlato de la celebración de la eucaristía –“acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (Hch 2,42ss)–, pone en alerta a los artífices de la parroquia para buscar mecanismos sabios en la consecución de la comunión.

El análisis de situaciones dramáticas de nuestra realidad y la urgencia de responder a ellas nos han puesto en camino hacia la construcción de la comunidad en comunión. Establecer

---

<sup>1</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, No.110.

esta comunidad y forjar la comunión es el objetivo mundial que legitima a la Iglesia en nuestras sociedades. La vida de la comunidad eclesial y social no se concreta, porque hemos sido adoctrinados por reconocidas ideologías en el catecismo de los personalismos individualistas, de la salvación como asunto de la conciencia personal con Dios, del disfrute egoísta y de la complacencia narcisista.

Hacer comunidad en comunión es superar las patologías de lo herético, que no sólo opacan la recta inteligencia de la dogmática trinitaria, sino sobre todo impiden la vida genuina de la comunidad-Iglesia, la cual ha de manifestarse como una muchedumbre reunida por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La comunidad y la comunión en la Iglesia, en su primario y más sublime principio, está constituida por elementos teologales como los siguientes: la procedencia común de un mismo Padre; la común pertenencia a Cristo, único autor de la Iglesia; la común participación en el mismo y único Espíritu Santo; la comunicación en la vida divina mediante el bautismo; la común santidad sustancial de todos, fundada en la santidad del Dios trino; la fraternidad cristiana que deriva de la común filiación; la misma fe, la misma caridad, la misma esperanza; la riqueza de carismas personales dados por el Espíritu para el provecho comunitario.

La comunión que ha de construirse entre los hombres abarca el ser, desde las raíces de su amor, y ha de manifestarse en toda la vida, aun en sus dimensiones económica, social y política. La *koinonía* del hoy de la Iglesia es analógica con la *koinonía* eclesial.<sup>2</sup>

Cabe preguntarse entonces *cuáles son las características cristológicas, bíblicas y eclesiológicas de la parroquia a partir de una lectura eclesial del banquete eucarístico en la teología posconciliar.*

---

<sup>2</sup> Parra, *La Iglesia, contextos sociales, textos fundacionales, pretextos mundiales*, 192-200.

Hoy más que nunca se debe insistir que Jesús es ofrenda de comunión para un mundo ególatra:

El mundo ha supervalorado el poder, el tener y el placer en orden al acaparamiento, la reserva, el guardarse para sí. Se quiebra el sentido en los caminos de acceso para la realización del bien común, las ideologías absolutizan el mercado, se ha exacerbado el individualismo, predomina el afán de ganancia y posesión. Se levanta un mundo egoísta que no se inmuta por la miseria de las mayorías, la desigualdad y la injusticia.

Es en esta realidad donde se celebra la eucaristía ofrenda de amor que se manifiesta en Jesucristo, sentido de donación a favor de la vida, expresiones de oblación que invitan a nuestra apertura en la acogida, aceptación y reconocimiento del otro, al compromiso real por hacer del desconocido mi prójimo y de mi prójimo mi hermano. Es en la eucaristía donde la ofrenda se hace don para un mundo que vive las consecuencias de su egoísmo; es en la eucaristía donde se hace don actuante quien se ha entregado por la humanidad.<sup>3</sup>

Al egoísmo que caracteriza todos los contextos, se suman las ambigüedades y reducciones que tienen una comprensión muy limitada del misterio eucarístico y que no sólo afectan la vida de las personas y de la Iglesia sino a cada comunidad parroquial en su ser y en su actuar evangelizador. Siguen vigentes también los obstáculos para acercarse a la comunión, pues se propicia más una mesa para pocos (los buenos, los justos), con lo cual queda manifiesta la exclusión de los pecadores, los que más ayuda necesitan. Desde esta lógica, estamos lejos de que la parroquia sea una mesa para todos, según la grandeza originaria que Cristo ha dado a la eucaristía: un pan para todos.

En la praxis de la comunidad, hemos limitado este sacramento a un estricto ritualismo y lo hemos reducido a precepto de cumplimiento individualista. Hay más énfasis en las estructuras externas y en la organización administrativa de las parroquias que en potenciar la gracia de la comunión que brota de la eucaristía. Aumenta también la sacramentalización en la vida pastoral, lo cual no contribuye a formar verdaderos cristianos. Todavía persiste la mentalidad de que con la eucaristía culmina el proceso de iniciación cristiana y el proceso

---

<sup>3</sup> Martínez , “Eucaristía: la mesa del sentido, 53.

de fe. Este panorama desmotiva a las nuevas generaciones, que buscan participar y ser testigos de una verdadera comunión.

La comunidad eclesial, que encuentra en la liturgia su *cumbre y su fuente*, pide a los creyentes estar atentos a los signos de los tiempos, para ser fieles al don eucarístico y a las tareas de amor, de servicio y de comunión que de él emanan, y para hacer de la celebración eucarística la expresión de una verdadera comunidad en la comunión con Cristo, con el hermano, con la sociedad y con la creación. Una comunidad crece por la comunión, construyendo unos para otros puentes de unión de Cristo.

*El objetivo fundamental del presente trabajo será caracterizar a la parroquia como sacramento de comunión que construye verdaderas comunidades cristianas a partir de una lectura eclesial del banquete eucarístico en la teología posconciliar. Se estudiarán los documentos conciliares bajo el enfoque bíblico, eucarístico, y eclesial. Por esto, se concentrará la atención en las constituciones *Lumen gentium*, *Dei Verbum*, y *Sacrosanctum Concilium*.*

*La constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, determina que ésta es en Cristo un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano. Desde este concepto, se pretende mirar la realidad eclesiológica de la parroquia y su dimensión eucarística.*

La perspectiva eclesiológica es el elemento integrador y unificador de todos los grandes temas conciliares. Ésta es una gran verdad. En efecto, *Lumen gentium* no es tan sólo la primera constitución dogmática sobre la Iglesia propuesta por un concilio, sino el más importante documento del Vaticano II con el que la Iglesia quiere aclararse a sí misma y al mundo que es su destinatario cuanto ella experimenta y sabe de su propio misterio, de su constitución como Pueblo de Dios.



En la eclesiología comunitaria de Pueblo de Dios, la realidad primera de la Iglesia es su constitución como pueblo, es decir, como comunidad toda santa, toda ungióda, toda profética, toda carismática, toda partícipe de la soberanía con la que Cristo rige y gobierna (LG 9-13). Es una comunidad histórica, compuesta por personas vivas y reales: congregación de todos los creyentes que ven a Jesús como autor de la salvación y principio de la Iglesia unida, convocada y constituida por Dios para que sea sacramento visible de la unidad salvífica de todos los hombres (LG 9). Es una comunidad peregrina que avanza, que aún no ha llegado, que busca el futuro, que camina en medio de peligros y tribulaciones (LG 9). Es una comunidad enviada, ya que el pueblo constituido por Cristo, en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por él como instrumento de la redención universal y enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la Tierra (LG 9). Es una comunidad plural, diferenciada por la diversidad de sus miembros, de los oficios y ministerios, del ordenamiento de la vida, de las tradiciones culturales propias (LG 14). Es una comunidad dirigida por pastores, ya que Cristo instituyó en su Iglesia diversos ministerios, ordenados para bien de todo el cuerpo (LG 18), para apacentar al pueblo de Dios y acrecentarlo siempre. Y es una comunidad inmersa en las realidades del mundo, de la historia, de la cultura, de los problemas políticos, sociales y económicos.

Por ser la Iglesia en Cristo, ella debe ser percibida como sacramento visible y como sacramento universal. Los constitutivos internos de la Iglesia-sacramento son ser signo e instrumento: en cuanto signo, manifiesta; y en cuanto instrumento, realiza.

Ahora bien, el significado del signo y lo que realiza el instrumento eficaz llamado Iglesia es la comunión; el Señor constituyó la Iglesia, con el fin de que fuera para todos y para cada uno el sacramento visible de la unidad salvífica.<sup>4</sup>

Así, toda la Iglesia aparece como el pueblo constituido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y se proclama que el Señor comenzó su predicación con el anuncio de la

---

<sup>4</sup> Cfr. Parra, *De la Iglesia misterio a la Iglesia de los pobres*, 76-81.

Buena Noticia, es decir, de la llegada del Reino de Dios. Él quiso santificar y salvar a los hombres en conexión entre sí.

En otras palabras, el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico están ordenados el uno en relación con el otro: ambos participan, cada uno a su manera, del único sacerdocio de Cristo. Al participar en el sacrificio eucarístico, ofrecen a Dios la víctima divina y se ofrecen a sí mismos con ella. Desde esta perspectiva, se profundizará en la participación efectiva en el banquete eucarístico. Alimentados todos en la sagrada eucaristía con el cuerpo y la sangre, muestran de manera concreta la unidad del pueblo de Dios.

En toda comunidad reunida en torno del altar, presidida por el ministerio sagrado del obispo, se manifiesta el símbolo de aquel gran amor y la unidad del cuerpo místico. La participación en el cuerpo y la sangre de Cristo hace precisamente que nos convirtamos en aquello que recibimos. Entonces, a partir de las reflexiones de comunión se explicará la parroquia como sacramento.

La Iglesia une a sus hijos más íntimamente entre sí y con Cristo, al alimentarlos con su propio cuerpo y sangre, les da parte en su vida gloriosa.

*La constitución dogmática Dei Verbum, sobre la divina revelación* se analiza a partir del objetivo del Concilio de exponer la doctrina auténtica de la revelación y su transmisión, así como su naturaleza, en la cual Dios quiso revelarse a sí mismo por Cristo. El plan de la revelación se realiza mediante obras y palabras. Cristo, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, pero sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, y con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a la plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino. Las palabras de Jesús en la Última Cena son de un relieve especial que permite vislumbrar toda la riqueza de la institución de la eucaristía.

Por la fe, el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela. Se expone la transmisión de la revelación divina en la que Cristo mandó a los apóstoles a predicar el Evangelio como fuente de toda verdad.

La tradición da a conocer a la Iglesia el canon de los libros sagrados; recibe la Palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los apóstoles, y la transmite íntegra a sus sucesores. La tradición y la Escritura constituyen el depósito sagrado de dicha Palabra, confiada a la Iglesia.

Tradicción, Escritura e Iglesia están unidas y ligadas, de manera que ninguna puede subsistir sin las otras: los tres contribuyen a la salvación de las almas.

Al abordar la inspiración divina e interpretación de la Sagrada Escritura, se sigue que los libros sagrados enseñan fielmente y sin error la verdad lo que Dios hizo consignar en ellos para nuestra salvación. La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita.

La Iglesia mantiene que los cuatro Evangelios son de origen apostólico. Los autores sagrados los compusieron escogiendo datos de la tradición oral o escrita, sintetizándolos, adaptándolos a la situación de las diversas iglesias. Además de los Evangelios, están las cartas de Pablo y otros escritos apostólicos inspirados por el Espíritu Santo. Y así como por la participación en el misterio eucarístico se desarrolla la vida eclesial, es lícito esperar que por la veneración de la Palabra de Dios se reciba un nuevo impulso en la vida espiritual.

*La constitución Sacrosanctum Concilium, sobre la sagrada liturgia*, destaca a la liturgia como el medio por medio del cual se ejerce la obra de nuestra redención, sobre todo, en el divino sacrificio de la eucaristía, que contribuye a que los fieles, en su vida, expresen el misterio de Cristo.

Es necesario señalar las diversas presencias, por ejemplo, que Cristo está en su Iglesia, principalmente en los actos litúrgicos. Está presente en el sacrificio de la misa, no sólo en la persona del ministro, sino sobre todo bajo las especies eucarísticas. El abordaje de tales presencias es uno de los aspectos relevantes del presente trabajo.

La renovación de la alianza del Señor con los hombres, en la eucaristía, enciende y arrastra a los fieles al urgente amor de Cristo. Por consiguiente, en la liturgia de la eucaristía brota hacia nosotros la gracia y se obtiene –con la máxima eficacia– la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios.

Hay una recomendación prioritaria, la cual destaca que los fieles participen en la acción litúrgica de manera consciente, activa y creativa. En el sacrificio de la misa, se pide al Señor que –recibida la ofrenda de la víctima espiritual– haga de nosotros mismos una ofrenda eterna para sí.

En cuanto a las normas derivadas del carácter de la liturgia, como acción jerárquica y comunitaria, se establece que las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es a su vez “sacramento de unidad”.

Respecto del fomento de la vida litúrgica en las diócesis y en la parroquia, se concede gran importancia a la vida litúrgica de la diócesis en torno del obispo, especialmente en la misma eucaristía, en una misma oración, junto a un único lugar, que el obispo preside rodeado por su presbiterio y sus ministros. Y se invita a trabajar para que florezca el sentido de comunidad parroquial, sobre todo, en la celebración común de la misa dominical.

La constitución *Sacrosanctum Concilium* señala de manera relevante la institución de la eucaristía y pone en evidencia que la Iglesia ha recibido este sacrificio como signo de unidad. El Salvador, en la Última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y confiar a su esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y

resurrección, sacramento de piedad, *signo de unidad*, vínculo de amor, banquete pascual, en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura.

Se recomienda la participación de los fieles en la misa y que reciban, tras la comunión del sacerdote, del mismo sacrificio, el cuerpo del Señor, pues la comunión bajo las dos especies puede concederse tanto a los clérigos y religiosos como a los laicos.

Se estipula las dos partes de las que consta la misa, a saber, la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística, tan estrechamente unidas entre sí que constituyen un único acto de culto.

Al exponer el contenido del año litúrgico, se recuerda que dada la tradición apostólica que tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, la Iglesia celebra el misterio pascual cada ocho días, en el que se llama con razón “Día del Señor” o domingo. En él, los fieles han de reunirse para que –escuchando la Palabra de Dios y participando en la eucaristía– celebren la pasión, resurrección y gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios.

Con base en el Concilio Vaticano II, se puede afirmar que Dios se revela al hombre en su historia. Este es el único lugar donde Dios se manifiesta.

La labor teológica posconciliar penetra en toda la riqueza del contenido del banquete eucarístico y en la conexión de éste con los otros misterios de nuestra fe (encarnación, Iglesia, escatología), resaltando la multiforme significación de los aspectos fundamentales de la eucaristía, la alianza, el memorial, la acción de gracias y la bendición.

El banquete eucarístico es anticipo y prolongación sacramental de la eucaristía, anuncio de la muerte y resurrección de Cristo y prolongación de todo su misterio salvífico, a partir del cual la Iglesia nace y vive.

En los cincuenta años previos al Concilio Vaticano II son abundantes los trabajos teológicos referidos a la eucaristía como cena. El que se la sitúe en un contexto de banquete, no es el punto de discusión. Tal es la afirmación tradicional desde la cual se formulan las nuevas perspectivas. La eucaristía es presentada como banquete de unidad y cena de comunión en la que viene a ponerse de relieve su sentido eclesiológico.

Este aspecto eclesial de la eucaristía, como símbolo y origen de la unidad de la Iglesia, ya había sido tratado en profundidad por San Agustín. Ahora es retomado y puesto de relieve.

Por ser la eucaristía el anuncio de la muerte y resurrección de Cristo, se requiere enfatizar el carácter de su glorificación: la eucaristía, banquete del Reino, es don que se nos presenta bajo la forma de alimento, es don que se da a los hombres, don que nos incorpora a él y don que nutre.

Pablo, en 1Co 10,16-21 –fragmento de lo que parece fueron catequesis eucarísticas bastante concisas de las primeras comunidades cristianas–, presenta la *koinonía* como participación en el cuerpo de Cristo (1Co 10,16). El acento se pone en la comunidad personal de Cristo, el Señor crucificado y glorificado (1Co 1,9), pero en cuanto se alude a una participación común de varios en algo, y se apunta a la comunidad horizontal de los participantes entre sí (1Co 10,17). La idea de comunidad queda asegurada a través del único pan.

La comunidad, como cuerpo eclesial de Cristo, sólo es tomada en serio allí donde la amorosa entrega del Señor que se hace presente en el sacramento, impregna toda la vida de la comunidad celebrante a través de actos comunitarios visibles.

Esta doctrina –transmitida por 1Co 10– se mantiene en la reflexión cristiana hasta el siglo XII, cuando empieza a perderse el sentido comunitario-eclesial de la eucaristía, y se lo sustituye por otro más individualista y objetivista: la eucaristía es contemplada, mirada y adorada.

*Utilizaré algunas fuentes de teólogos expertos en el tema de la eucaristía como sacramento de unidad, como Walter Kasper y Francois-Xavier Durrwell. En especial, tendremos como referentes a tres teólogos que son figuras significativas para profundizar la visión eclesial, eucarística y bíblica: Manuel Gesteira Garza, Xavier Leon-Dufour y Víctor Martínez.*

Respecto del primero, se utilizará su importante obra *Eucaristía misterio de comunión*. Este autor aborda la Iglesia como sacramento primordial, y destaca el símbolo religioso como lugar de presencia y de encuentro con el misterio. En el Antiguo Testamento, la comunidad es símbolo religioso primordial y en el cristianismo lo es la Iglesia como sacramento. A partir del texto “porque el pan es uno, muchos somos un solo cuerpo” (1Co 10,17), se explicará la vinculación entre la Iglesia y eucaristía en el Nuevo Testamento. Se explicará la comunión eucarística como comunión eclesial y en ella se abordará la comunión de los santos, y la Iglesia como presupuesto y fundamento de la eucaristía, y la eucaristía como presupuesto y fundamento de la Iglesia.

A partir de Gesteira Garza, se ahondará el tema propuesto del banquete fraternal, sacramento de comunión, para analizar si la eucaristía es alimento o comunión. El banquete eclesial es signo primordial eucarístico y la Iglesia mediadora de una presencia eucarística es presencia de comunión.

Para apoyar la dimensión bíblica, se acoge la obra de Xavier Leon-Dufour *La fracción del pan: culto y existencia en el Nuevo Testamento*. Este teólogo nos proporcionará los elementos exegéticos de la eucaristía como banquete de comunión y –con Gesteira Garza– actuará como “bisagra”, en este estudio, en el manejo del tema de interés.

El tercer trabajo que se tendrá como referencia es el del teólogo Víctor Martínez, *Sentido social de la eucaristía*, en sus tres tomos: *El pan hecho justicia*, *La justicia hecha pan* y *Acontecimiento de justicia*, especialmente este último, en el cual el valor anticipatorio del símbolo profético –la eucaristía que celebra la Iglesia– se constituye en la prefiguración del banquete escatológico, anticipo de la nueva creación.

La teología contemporánea ha realizado serios esfuerzos de reflexión teológica, para ofrecernos elementos valiosos que contribuyen a la elaboración de una lectura eclesial del banquete eucarístico como sacramento de comunión. Del magisterio pontificio se destacan la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, de Benedicto XVI, y la encíclica *Ecclesia de eucharistia*, que resalta la importancia de la eucaristía, fuente y cima de toda la vida cristiana.

Ésta es, para la Iglesia, un don, misterio de fe y de luz que todos los hombres y mujeres poseen –ya en la tierra– como vida eterna. El sacramento construye comunión entre la Iglesia y los hombres: comunión con Cristo, el Padre y el Espíritu Santo. La eucaristía también es apostólica, porque sigue siendo obra de los apóstoles, expresión de comunión eclesial que incluye los elementos visibles e invisibles y banquete eucarístico en el que la sencillez de los signos contiene el abismo de la santidad de Dios.

La Iglesia vive de la eucaristía. Tal es la verdad que encierra el núcleo de su misterio. La sagrada eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia. Es el sacramento por excelencia del misterio pascual y está en el centro de la vida eclesial.

“Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, señor Jesús!” Con estas palabras, a la vez que se refiere a Cristo en el misterio de su pasión, la Iglesia revela su propio misterio: *Ecclesia de eucharistia*. Si con el don del Espíritu Santo, en Pentecostés, la Iglesia nace y se encamina por las vías del mundo, un momento decisivo de su formación es ciertamente la institución de la eucaristía en el cenáculo.

La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de él se alimenta y por él es iluminada; y la eucaristía (presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual) es lo más precioso que puede tener en su caminar por la historia.



El papa Juan Pablo II, en la encíclica *Ecclesia de eucharistia*, aborda el tema la eucaristía en su relación con la Iglesia. La eucaristía construye la Iglesia y la Iglesia es el lugar donde se realiza la comunión con Dios y entre los hombres. La Iglesia es consciente de que la eucaristía es el sacramento de la unidad y de la santidad, de lo apostólico y de la catolicidad, de que es sacramento esencial para la Iglesia.

Hablar de la eclesiología de la eucaristía no significa que todo en la Iglesia pueda ser deducido de la eucaristía. La aspiración es investigar, a la luz de algunos documentos de la teología posconciliar, la dimensión eclesial del banquete eucarístico como sacramento de comunión.

El sacramento expresa el vínculo de comunión, sea en la dimensión invisible, sea en la dimensión visible. De cualquier manera, la íntima relación entre elementos invisibles y visibles de la comunión eclesial es constitutiva de la Iglesia como sacramento de salvación. Sólo en este contexto tiene lugar la celebración legítima de la eucaristía y la verdadera participación en la misma.

La parroquia es el espacio donde se desarrolla la vida eclesial. Debidamente renovada y animada, ella debería ser el lugar idóneo para la formación y para el culto eucarístico, dado que –como enseñaba el papa Juan Pablo II– es una comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad, principalmente, por la celebración del sacrificio eucarístico.

Un elemento propio del sacramento es la comunión con el Sucesor de Pedro; él es principio de unidad en la Iglesia, depositario del carisma de unidad y universalidad, que es el carisma petrino. Por tanto, la unidad eclesial se manifiesta en la unidad sacramental y eucarística de los cristianos.

La encarnación del Verbo, en el cual Dios Padre se ha hecho visible, ha inaugurado el culto espiritual, conforme a la razón, que se cumple en el Espíritu Santo; el culto cristiano tiene una implicación cristológica y antropológica: por ello, la participación de los fieles en la

liturgia, sobre todo, en la celebración eucarística, consiste esencialmente en entrar en este culto, en el cual Dios desciende hacia el hombre y éste asciende hacia Dios. La eucaristía misma, memorial del Hijo, es el culto de adoración que en el Espíritu se eleva al Padre: tal es el fundamento de la renovación litúrgica.

*La novedad* consistirá en realizar una lectura eclesial del banquete eucarístico y hacer una aproximación a la parroquia como sacramento de comunión desde la revelación en Jesucristo. Ya algunos autores han trabajado otros sentidos del misterio eucarístico, como el social, que no desconoce la unidad del proyecto histórico y de su dimensión trascendente. Para la comunidad, su vida en el Espíritu del Señor, realidad que se celebra en la eucaristía, la lleva al camino de su compromiso con la vida.

En el sentido eclesial, se pretende generar una unidad de las doctrinas bíblica, eclesial, y eucarística desde la Sagrada Escritura, los documentos posconciliares y los estudios de labor teológica representativa. La presentación y el análisis de los significativos planteamientos de teólogos como Manuel Gesteira, Xavier León-Dufour y Víctor Martínez, contribuyen a señalar horizontes en la estructura teológica del banquete eucarístico como lectura eclesial de la parroquia-sacramento de comunión.

La celebración de la eucaristía nos congrega alrededor de una experiencia común y nos une en la fe, que exige vivir en comunión. La aproximación a la parroquia como sacramento de comunión nos llevará a constatar que la comunión es real, gracias a la presencia de Jesús en medio de la comunidad que celebra.

La eucaristía, al ser banquete eucarístico, nos hace vivir en la comunión que surge de atraer a todos como hijos de Dios.

La referencia del Reino y la dimensión escatológica del banquete nos exige la participación de todos sin distinciones. La parroquia como sacramento debe ser consciente de la acción de Dios y del llamado de su Hijo: que todos sean uno.

Asumir el banquete eucarístico como acontecimiento de comunión es encontrar el ámbito de los procesos de transformación que ha de propiciar la comunidad que celebra la eucaristía. Desde este encuentro en el banquete, se fortalece la vivencia de la comunidad en un camino continuo de conversión.

Fue sobre todo San Agustín, el gran doctor de la Iglesia, quien percibió y formuló en toda su profundidad el vínculo entre eucaristía e Iglesia. Él denominó a la eucaristía “*signum unitatis, vinculum caritatis*”. Estas palabras se han grabado a fuego en la memoria de la Iglesia. Aparecen en los textos del Vaticano II (*SC* 47 y *LG* 3,7,11,26, entre otros). También encuentran acogida en Santo Tomás de Aquino, quien conoce el antiguo nombre de *synaxis* como denominación de la eucaristía y define ésta como “*sacramentum ecclesiasticae unitatis*”.

La crisis en la comprensión de la eucaristía, que se ha adueñado de parte de la Iglesia, en el fondo, constituye el núcleo de la crisis de ésta. El problema es profundo. Debemos empezar por algo más fundamental y reflexionar sobre la *res*, la “cosa”, esto es, sobre el sentido global de la eucaristía, y con ello, también sobre el de la Iglesia.

Debemos liberar a la eucaristía no sólo de una comprensión unilateralmente individualista, sino también de una perspectiva asociada de forma constrictiva y unilateral a la comunidad. Debemos situarla en el contexto de la pregunta por la unidad de la Iglesia, la cual, a su vez, es signo e instrumento de la unidad con Dios y de la unidad y la paz en el mundo (*LG* 1). La unidad es el fundamento y sentido de la realidad toda. “Ser significa ser uno.” Cuando hablamos de la eucaristía como sacramento de la unidad, debemos considerarla en este contexto omnímodo y entenderla en relación con la pregunta por el sentido y fundamento de la realidad en su conjunto.

La unidad es una categoría fundamental tanto en la Sagrada Escritura como en la tradición. La Biblia expone el mensaje de un solo Dios, una sola humanidad, un solo redentor, un solo

bautismo y una sola Iglesia (Ef 4,4-6). La importancia fundamental de la idea de unidad se pone de manifiesto, ante todo, en el objetivo del plan divino de salvación: la congregación escatológica de Israel (Is 40,11s; Jr 23,3s; Ez 34,37) y de todos los pueblos (Is 2,2-5; Mi 4,1-3; Ez 37,16-28). Ello significa la superación del conflicto de razas, culturas y religiones. En Cristo, las antiguas diferencias entre judío y gentil, esclavo y libre, varón y mujer, pierden su significado disyuntivo (Ga 3,28). Todo será recapitulado en Cristo Jesús (Ef 1,10; Col 1,20). Así, al final, Dios será todo en todas las cosas (1Co 15,28).

*Es necesario* hacer una aproximación de la parroquia como sacramento de comunión a partir de una lectura eclesial del banquete eucarístico, porque la eucaristía encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. Lograr la comprensión de que el sacramento no radica exclusivamente en el pan y el vino aislados en sí mismos, sino en el pan y el vino en cuanto asumidos y utilizados por una comunidad, es una reflexión que debe hacer todo el pueblo de Dios.

La parroquia está llamada a mantener y a promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles. Para ello, cuenta con la Palabra y los sacramentos, sobre todo, la eucaristía, de la cual vive y se desarrolla sin cesar, y en la cual, al mismo tiempo, se expresa a sí misma.

El gesto de comunión y de banquete es el único signo verdaderamente capaz de sustentar la presencia personal de Jesús, de su cuerpo y de su sangre en cuanto entregado aquél y derramada ésta. El gesto convival incluye los dones del pan y del vino, que también forman parte del sacramento en cuanto visibilizan y manifiestan el cuerpo eclesial de Cristo, es decir, la comunidad eclesial y el cuerpo personal del mismo Cristo como su cabeza.

*Es actual*, porque la parroquia está llamada a reflexionar y vivir la dimensión comunitaria de la eucaristía. La transformación sustancial que se realizó en el cenáculo está destinada a suscitar un proceso de transformaciones cuyo último fin sea la transformación del mundo

hasta que Dios sea todo en todos. Transformar la dispersión y el individualismo en comunión será un reto del tercer milenio.

La experiencia de ser comunidad en la convergencia de todos en un único Cristo-eucaristía asume la densidad de esta red de comunicaciones interpersonales. Ello, aun sin contar con muchas otras posibilidades para el acrecentamiento del sentido de pertenencia eclesial.<sup>5</sup>

Es urgente combatir el fenómeno de la dispersión como uno de los factores más relevantes que hoy impiden formar comunidades eucarísticas. Ello tiene connotaciones sociales, culturales, políticas, económicas, religiosas, entre otras. Estamos entrando en un milenio que se presenta caracterizado por un profundo entramado de culturas y religiones.

La eucaristía dominical congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios, en torno a la mesa de la Palabra y del pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente.<sup>6</sup>

*Es pertinente*, porque quiere ser referente seguro para que las parroquias sean comunidades eucarísticas auténticas. En especial, se busca identificar el banquete eucarístico como polo de atracción donde los diferentes sectores y barrios encuentren la fuente de transformación de sus vidas y de su historia.; y donde toda la realidad de lo que es la eucaristía se proyecte y se refleje también en la parroquia como sacramento de comunión.

---

<sup>5</sup> Roux, *Nueva evangelización, eucaristía y construcción comunitaria*, 60.

<sup>6</sup> Juan Pablo II, “Carta apostólica *Novo millennio ineunte*”, No. 36.

**PRIMERA PARTE**  
**MIRADA A LA REALIDAD DE LA PARROQUIA HOY EN EL CONTEXTO**  
**DIOCESANO, LATINOAMERICANO Y UNIVERSAL**

La parroquia vive hoy una realidad marcada por grandes cambios que afectan profundamente la vida de los fieles. Como comunidad del Señor, nos compete discernir los signos de los tiempos, a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino anunciado por Jesús.

La novedad de estos cambios en la vida parroquial está impregnada de la época que vive el mundo. Encontramos un fenómeno que tiene un alcance mundial: *la globalización*. La historia se ha acelerado y los cambios mismos se vuelven vertiginosos. Este fenómeno trae consecuencias en todos los ámbitos de la vida parroquial: impacta la cultura de los fieles, las creencias, la economía, la política, la educación, el deporte, a los jóvenes, a los niños y a las familias. Los nuevos lenguajes tienen un dominio técnico, y no siempre revelan sino ocultan el sentido divino de la vida humana redimida en Cristo.

La realidad de la parroquia es cada vez más compleja y opaca, por tratarse de una comunidad de fieles bautizados, y en la medida en que cada fiel necesita más información si quiere ejercer sobre la realidad el señorío a que está llamado por vocación. Se hace *difícil percibir la unidad de todos los fragmentos* dispersos que resultan de la información que recolectamos. Es frecuente que algunos quieran mirar la realidad parroquial unilateralmente, desde la información económica, social, bioética, moral, litúrgica o pastoral. Sin embargo, ninguno de estos criterios parciales logra proponernos un significado coherente de lo que es la parroquia.

Muchos estudiosos de nuestra época han sostenido que “*la realidad ha traído aparejada una crisis de sentido*”.

Ellos no se refieren a los múltiples sentidos parciales que cada uno puede encontrar en las acciones cotidianas que realiza, sino al sentido que da unidad a todo lo que existe y nos sucede en la experiencia, y que los creyentes llamamos el sentido religioso. Habitualmente, este sentido se pone a nuestra disposición a través de nuestras tradiciones culturales que representan la hipótesis de realidad con la que cada ser humano pueda mirar el mundo en que vive.<sup>7</sup>

En la parroquia encontramos *el papel externo que ha desempeñado la religiosidad popular*, sin orientación ni purificación, que no encauza hacia un verdadero encuentro con Jesucristo. En especial, debemos mencionar la devoción mariana, las novenas, los sacramentales, las peregrinaciones a santuarios, las visitas a cementerio, el culto a las benditas almas, que muchos fieles hacen por tradición y que sólo son expresiones de un sentimentalismo vacío. Además, buscan responder a necesidades de tipo individual.

De otra parte, los medios de comunicación presentan ahora nuevas imágenes, atractivas y llenas de fantasía, que alimentan la dimensión ególatra, mientras ofrecen el consuelo de ser transmitidas en tiempo real, en vivo y con actualidad. Esta información sólo distrae y retroalimenta la ansiedad de quien percibe que su comunidad está opacada.

Nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado, cuando los padres enseñaban a sus hijos valores paradigmáticos que cohesionaban la vida familiar, como la fe y las costumbres, entre otras. Los medios de comunicación han invadido todos los espacios y todas las conversaciones, en la misma medida en que han penetrado la vida parroquial.

Al lado de la sabiduría de las tradiciones se ubica ahora, en competencia, la información de último minuto, la distracción, el entretenimiento, lo cual hace que los fieles se encuentren cada vez más dispersos, en la búsqueda denodada de una experiencia de sentido que les ayude a descubrir su vocación.

---

<sup>7</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, No. 37.

Se descubre que para llevar al corazón de nuestras comunidades parroquiales, se requiere aquel sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía, ni los medios de comunicación podrán proporcionarles. En Cristo-Palabra, sabiduría de Dios (1Co 1,30), la comunidad parroquial puede volver a encontrar su centro y su profundidad, desde donde se puede mirar la realidad en el conjunto de todos sus factores, discernirlos a la luz del Evangelio y dar a cada uno su sitio y su dimensión adecuada.

No basta suponer que la mera diversidad de puntos de vista, de opciones y de informaciones llamada multiculturalidad resolverá la ausencia de un significado unitario para todo lo que existe. La persona es en su misma esencia aquel lugar de la naturaleza donde converge la variedad de los significados en una única vocación de sentido.

A la parroquia no le puede faltar su *vinculación a la diócesis* porque en ésta ella encuentra su origen y comunión. Durante siglos, la parroquia ha sido la figura básica de la Iglesia; como marco de encuadramiento de los bautizados, estructuraba la geografía eclesial y su modo de presencia pública. Sin embargo, su posición ha quedado profundamente alterada en los tiempos recientes. La configuración de la sociedad moderna y el proceso de secularización le han hecho perder la función de encuadramiento. Para los críticos, su estilo rutinario y su anquilosamiento refutan el sentido del nombre que la designa, *paroikía*, que heredó de la diócesis.

Para superar tales insuficiencias, la parroquia debe ante todo recuperar la conciencia de su identidad:

...surgió como producto de la contingencia histórica, pero en ella se escondía una profunda lógica que hará descubrir su estrecha analogía con la Iglesia particular. Es ésta la que nos interesa poner de manifiesto a fin de que aparezca como realización de la Iglesia en un lugar.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Bueno de la Fuente, *Eclesiología*, 112-113.



Inicialmente, no había más que la única *ekklesia* y la única eucaristía presidida por el obispo en el seno de su presbiterio. A partir del siglo III, la situación empezó a cambiar, en la medida en que aumentaba el número de cristianos”.<sup>9</sup>

Las parroquias fueron surgiendo, por la adjudicación a los presbíteros de porciones de la comunidad diocesana. Por eso, se puede presentar la parroquia en tres contextos.

1. *El contexto de la iglesia particular o diocesana:* la parroquia es parte de una comunidad más amplia, la diócesis, y carece de autonomía respecto de ella. De la Iglesia diocesana depende y recibe la doctrina, las normas pastorales, y a ellas ajusta su propia actividad. Por otro lado, es creativa en la diócesis, en cuanto de ésta depende de la vitalidad de las parroquias.

Ella es constituida por el obispo diocesano, oído previamente el parecer del Consejo del Presbiterio (Canon 515,2). El obispo diocesano es el elemento vinculante con el ministerio apostólico y con la comunión a la Iglesia universal. La dependencia del párroco, subordinado al obispo, es correlativa a la de la parroquia respecto de la diócesis. Por otra parte, se da cierta vicariedad del párroco, en cuanto hace presente al obispo en su comunidad.

En ella están presentes las atribuciones, los deberes y derechos de la Iglesia misma, de modo que en la parroquia, la Iglesia se hace actual y visible a los fieles y al mundo. El fundamento de esta afirmación radica en que tiene una conformación similar a la de la Iglesia diocesana.<sup>10</sup>

2. *El contexto latinoamericano:* desde la primera Conferencia de Río de Janeiro, la parroquia será objeto de estudio y de análisis para ayudarla a renovarse y a responder a las nuevas demandas y desafíos de la historia y la cultura del continente. La parroquia, así como la Iglesia toda, se irá preguntando si ella es realmente signo e instrumento de la

---

<sup>9</sup> Bueno de la Fuente, Eloy, *Eclesiología*, 112-113.

<sup>10</sup> Conferencia del Episcopado Mexicano, *La parroquia en el tercer milenio*, 20-23.

presencia del Reino de Dios en el mundo; esto es, si testimonia la presencia liberadora de Dios, con su vida y sus mediaciones, y si verdaderamente transforma eficazmente los corazones y las estructuras injustas que humillan y ofenden a los más pobres de América Latina.

El magisterio latinoamericano ha trabajado diversos temas: la preocupación por la escasez de sacerdotes (Río de Janeiro); las problemáticas de la promoción humana, la evangelización, el crecimiento de la fe, y la Iglesia visible y sus estructuras (Medellín); la nueva visión pastoral de la realidad latinoamericana, en la que Dios, en el clamor de los pobres, señala los nuevos desafíos de la evangelización que ha de realizarse con una renovada eclesiología de comunión y participación, misionera y con un fuerte compromiso por la justicia social (Puebla); la nueva evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana, “buscando hacer presente a Jesucristo, único salvador de los hombres, en el corazón y en la vida de todos los latinoamericanos” (Santo Domingo).

Entonces, en América Latina la parroquia recibirá, para su revitalización, una renovada teología pastoral que hunde sus raíces en una eclesiología de comunión y participación, que se atreve a mirar y dejarse interpelar por los graves problemas sociales del continente, y que escucha principalmente el clamor de pobres con rostros concretos; rostros que necesitan que la Iglesia les brinde un espacio de dignificación y de protagonismo real, para que puedan ser sujetos y no objetos de la historia.

Así, se observa que en la primera Conferencia del Episcopado Latinoamericano celebrada en Río de Janeiro ya se vislumbran los inicios de una profunda y rica renovación parroquial:

Desea vivamente recordar y subrayar la importancia preeminente que compete a la parroquia, célula básica del cuerpo místico de Cristo, como centro propulsor y coordinador de apostolado para el pleno y armónico desarrollo de toda acción apostólica. (Declaración de Río de Janeiro, No. 55).

Aquí la parroquia se comienza a comprender como comunidad que anima y coordina la pastoral, en comunión y participación. Nacen las primeras insinuaciones de iniciativas renovadoras, como la coordinación diocesana y nacional de la catequesis, el recurso a las ciencias auxiliares (la pedagogía, la estadística y la administración), la primera invitación a descentralizar la parroquia y a pedir la colaboración de los fieles laicos, la preocupación misionera y el compromiso por la cuestión social.

En la segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunida en Medellín nacen dos conceptos: la pastoral popular, en relación con los nuevos métodos de la evangelización que ayuden a la parroquia a ser más servidora de la promoción humana y de la madurez cristiana (No. 6) y la pastoral de conjunto, como concreción de la eclesiología de comunión del Vaticano II, que busca la animación y conducción pastoral coordinada, planificada y corresponsable, donde todos tienen un fuerte protagonismo.

Medellín llama a multiplicar las comunidades cristianas a escala humana, de modo que se pueda diversificar la presencia de la Iglesia en diferentes y numerosos sitios.

La tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunida en Puebla señala el camino de una Iglesia que se entiende a sí misma y desea ser para América Latina sacramento de comunión y de unidad solidaria de los pueblos; una Iglesia servidora que prolonga a Cristo por los diversos ministerios y carismas, y misionera, que anuncia al hombre de hoy que es digno por ser hijo de Dios.

Hay que destacar que Puebla visualiza la renovación parroquial por medio de dos opciones pastorales de envergadura: las comunidades eclesiales de base (CEB) y la catequesis. Se trata del anuncio de la Palabra y del contenido evangélico, realizado y vivido desde las comunidades cristianas. En tales opciones se acoge y se hace vida la Palabra, y se discierne, la realidad contingente, a la luz de esa misma Palabra compartida, para luego llevar a la práctica las acciones cristianas que han de transformar la realidad.

En la parroquia, comunidad de comunidades, la Iglesia busca convertirse en una propuesta cristiana o modelo de relación y de desarrollo de los pueblos latinoamericanos. Así lo reitera el documento de Puebla:

La parroquia va logrando diversas formas de renovación, adecuadas a los cambios de estos últimos tiempos. Hay cambio de mentalidad entre pastores; se llama a los laicos para los consejos de pastoral y demás servicios; constante actualización de la catequesis; presencia mayor del presbítero en el seno del pueblo, principalmente por medio de una red de grupos y comunidades.<sup>11</sup>

Puebla se empeña por mostrar a la Iglesia como aquella comunidad que personaliza, que integra a las personas, a sus familias y los pueblos, y que colabora en la construcción de una nueva sociedad, la civilización del amor.

Los fundamentos de la cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Santo Domingo arrancan de la eclesiología de comunión y participación que entiende siempre a la Iglesia como una entidad en relación:

En la unidad de la Iglesia local, que brota de la eucaristía, se encuentra todo el colegio episcopal con el sucesor de Pedro a la cabeza, como perteneciente a la misma esencia de la Iglesia particular. En torno del obispo y en perfecta comunión con él tienen que florecer las parroquias y comunidades cristianas como células pujantes de vida eclesial.<sup>12</sup>

La comunión con el obispo se expresa a través de varios factores, como señalan Borrás y Routhier:

En este sentido, la parroquia se entiende a partir de la Iglesia local o, en términos canónicos, de la diócesis. Históricamente, el ministerio episcopal no podía ejercerse abarcando a todo el pueblo confiado al obispo, y el conjunto de la Iglesia local confiada a su ministerio no podía participar en la eucaristía presidida por él en su iglesia catedral. La práctica eclesial y litúrgica ha mostrado esta relación con la función episcopal y, por su medio, con la iglesia diocesana en su conjunto: el

---

<sup>11</sup> Celam, *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla*, No. 631.

<sup>12</sup> Idem, *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Conclusiones, Santo Domingo*, No.55.

*fermentum*<sup>13</sup> compartido, el nombramiento episcopal de los párrocos o al menos la confirmación de su elección por parte del obispo o de su institución en función de un derecho de presentación, la bendición de los santos óleos, la celebración del sacramento de la confirmación por un obispo (en la Iglesia latina), la oración por el obispo en la eucaristía, el ejercicio del ministerio pastoral bajo la autoridad del obispo diocesano, etc. Los padres conciliares se hicieron eco de esta relación de la parroquia con la diócesis: el obispo debe por necesidad erigir diversas comunidades de fieles.<sup>14</sup>

Para salvaguardar la unidad con la eucaristía del obispo, se llevaba el *fermentum*, o fragmento del pan consagrado en la eucaristía episcopal, para que fuera inmerso en el cáliz del presbítero. Con ello se indicaba que la eucaristía de éste era la prolongación de la eucaristía de aquél. Este símbolo eclesiológico muestra la importancia de la vinculación profunda de la parroquia con el obispo y con la diócesis.

La V Conferencia del Episcopado Latinoamericano celebrada en Aparecida presenta las parroquias como espacios donde se encierra una inagotable riqueza comunitaria, porque en ellas se encuentra una inmensa variedad de situaciones, edades, y tareas. Además, las presenta como lugares de formación permanente y de iniciación cristiana.<sup>15</sup>

El énfasis de Aparecida está marcado por aunar esfuerzos con los todos los ambientes, carismas, instituciones y los diversos sectores de apostolado para formarse en la fe y crecer comunitariamente. El documento conclusivo caracteriza a la parroquia como lugar privilegiado de comunión, lugar por excelencia para el encuentro con Jesucristo vivo y con su Iglesia.

En este mismo sentido, la exhortación apostólica postsinodal “La Iglesia en América” (*Ecclesia in América*) señala que “la institución parroquial conserva su importancia y se ha de mantener”.<sup>16</sup> Esto significa que la parroquia debe servir a la labor pastoral de la Iglesia

---

<sup>13</sup> El *fermentum* es el pan eucarístico consagrado en la iglesia catedral de la ciudad. Era repartido en la periferia urbana y en el campo, en el momento de celebrar en esos lugares la misa dominical, como signo de comunión con el obispo de la ciudad.

<sup>14</sup> Borrás y Routhier, *La nueva parroquia*, 81.

<sup>15</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida*, No. 304.

<sup>16</sup> Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal “Ecclesia in América”, la Iglesia en América*, No. 41.

en América, ha de estar al servicio de lo salvífico, esto es, ha de estar apoyada y orientada al encuentro personal con Cristo vivo, todo lo cual debe llevar a la persona a abrazar a Cristo<sup>17</sup>; pero no sólo es un encuentro personal sino además comunitario.

La evangelización se realiza en comunión, para colaborar a la comunión entre los países latinoamericanos<sup>18</sup>, entre la Iglesia en América y la Iglesia universal<sup>19</sup>, entre las iglesias particulares de América<sup>20</sup>, y se realiza en comunión en la propia Iglesia particular, donde compete al obispo, con la colaboración de todos, iniciar e incrementar en encuentro de los miembros del pueblo de Dios con Jesucristo, en el respeto y promoción de la pluralidad y en la diversidad, que no obstaculiza la unidad sino le confieren el carácter de comunión.<sup>21</sup>

La comunión no sólo se cultiva *ad intra* sino también con la comunidad *ad extra*, hacia toda la Iglesia diocesana y universal. En este contexto, será más fácil escuchar la Palabra de Dios, para reflexionar a su luz sobre los problemas humanos y madurar opciones responsables inspiradas en el amor a Cristo.<sup>22</sup>

Se busca de este modo una evangelización más personal, y al mismo tiempo acrecentar las relaciones positivas con los otros agentes sociales, educativos y comunitarios. La parroquia así como la Iglesia toda está llamada a ser sacramento de comunión para el servicio del mundo de hoy, tan dividido e individualista.<sup>23</sup>

Esta realidad requiere la cooperación de los laicos, la renovación seria en la vida pastoral y la capacidad del pastor de trabajar con otros. La parroquia representa un elemento básico de la ordenación constitucional de la Iglesia particular. La Iglesia se organiza básicamente de forma local y territorial, conformando así una verdadera red. La territorialidad de la parroquia favorece la visibilidad de la Iglesia, su carácter público, la continuidad de su misión y la apertura a todas las situaciones humanas.

---

<sup>17</sup> Ibid., No. 69.

<sup>18</sup> Ibid., No. 2.

<sup>19</sup> Ibid., No. 12.

<sup>20</sup> Ibid., Nos. 37 y 52.

<sup>21</sup> Ibid., No. 36.

<sup>22</sup> Ibid., No. 41.

<sup>23</sup> Conferencia del Episcopado Mexicano, *La parroquia en el tercer milenio*, 65.

3. *El contexto universal:* actualmente, las revistas especializadas de teología pastoral, los sínodos posconciliares y las conclusiones del Coloquio Europeo de Parroquias parten de la aceptación cordial de que la parroquia es una de las instituciones estructurales básicas para realizar la misión pastoral de la Iglesia; pero al mismo tiempo que se acepta esta institución pastoral, se insiste en la urgencia de su renovación, para que pueda ser una respuesta eficaz a la necesidad de educación de la fe.

La parroquia es un tema de perenne actualidad en la Iglesia, según las épocas: de exaltación unas veces, de crítica otras; pero en ella también actúa la fuerza renovadora de una eclesiología de comunión.

El Concilio Vaticano II señala con claridad que “la parroquia representa de alguna manera a la Iglesia visible extendida por todo el orbe”<sup>24</sup>; y hacer visible a la Iglesia universal significa ser sacramento de la misma.

---

<sup>24</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución conciliar Sacrosanctum Concilium sobre la sagrada liturgia”, No. 42.

## Capítulo 1

### SITUACIÓN SOCIOCULTURAL

La realidad social está marcada por *la globalización*. Su fuerza impacta nuestra vida parroquial, sobre todo, la cultura, en esa variedad de ambientes en la que ella se encuentra inserta, con sectores de tipo urbano y de tipo rural. Los desplazamientos de personas a la comunidad han traído consigo una mezcla de consecuencias y comportamientos que se van sedimentando en la vida de las familias, de los grupos sociales, de las instituciones educativas, y en la convivencia cívica; estos nos muestran los factores diversos que imposibilitan converger en una síntesis que involucre la variedad de sentidos y sea capaz de proyectarla en un destino histórico común.

La parroquia se desenvuelve en un cambio de época. Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios: “Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes del último siglo [...] quien excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad y sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas.”<sup>25</sup>

Hay en los individuos de la parroquia una *sobrevaloración de la subjetividad individual*. Esta actitud debilita los vínculos comunitarios, crea una situación de dispersión e impide que se los oriente con criterios de unidad. Con ello, tales vínculos quedan al arbitrio de lo que cada cual considere adecuado para su bienestar. Por ejemplo, en el campo de lo espiritual, unos piensan que Dios es el montaje de una institución y otros lo asimilan como una presencia necesaria para la vida, la historia y la humanidad.

*El individualismo* da un papel primordial a la imaginación. Los fenómenos del día –en lo social, lo económico y lo cibernético– están en la base de la vivencia del tiempo; estos

---

<sup>25</sup> Benedicto XVI, “Discurso inaugural”, 258.



indicadores nos muestran lo que se debe realizar en el presente, situación que trae concepciones inconsistentes e inestables.

Se deja de lado la preocupación por el bien común, para dar paso a la realización inmediata de los intereses de los individuos, de manera aislada, y muchas veces a arbitrarios “derechos individuales”, a la sexualidad, la familia, las enfermedades, el trabajo, la educación y la muerte.

Un aspecto sobresaliente en la realidad de la parroquia es la imposición de *culturas artificiales*, que tiende a imponer una cultura homogeneizada en todos los ámbitos. Ésta se caracteriza por la autorreferencia del individuo: el yo se pone como centro de todos los deseos y búsquedas, y se conduce hacia la indiferencia por el otro. Como ejemplo de esta manifestación está la creación de los conjuntos residenciales en las ciudades, en los que cada quien vive en un mundo cerrado e impenetrable, que impide la acción pastoral y suprime esta manera de vida, este espacio de unidad, de responsabilidad y desarrollo de todos. Tales sectores urbanísticos son la nueva modalidad que invade nuestros pequeños pueblos y no dan cabida a una identidad de comunión en la parroquia.

Estos *ambientes urbanos* se convierten en dormitorios donde sus propietarios van sólo a descansar. Las relaciones comunitarias, religiosas o sociales son realmente nulas, y resulta difícil interactuar en estos ámbitos de lo comunitario, lo religioso o lo social, esto es, en las veredas, las zonas de franjas o en el templo parroquial. Las relaciones humanas en estos territorios se consideran objetos de consumo y generan afectos sin compromiso responsable o definitivo.

También se verifica una tendencia hacia la *afirmación exasperada de derechos individuales y subjetivos*. Esta búsqueda es pragmática e inmediatista, sin preocupación por los criterios éticos. Es un fenómeno acentuado en la parroquia que los fieles pretendan hacer respetar sus propios derechos pasando por encima de los de los demás, con tal de autoafirmarse, pero con perjuicio de la dignidad de todos, especialmente de quienes son más pobres y

vulnerables. Esto todavía es más grave cuando un alto índice de fieles corresponde a las personas más carentes de bienestar y de lo necesario para su subsistencia.

*La situación precaria de muchas mujeres.* Algunas, desde niñas o adolescentes, son sometidas a múltiples situaciones de violencia, dentro y fuera de casa, y a desigualdades en la esfera del trabajo; por ejemplo, se da el caso de madres solteras que a cambio del alimento para sus hijos se someten a trabajos pesados, en los cultivos de flores de la Sabana de Bogotá. En los campos de la política, la economía, la educación, la vivienda, también se presentan rupturas que discriminan a la mujer.

Los cambios culturales han modificado los roles tradicionales de varones y mujeres. Esto trae nuevas maneras de ser y de obrar en la vida de la familia: ya no es sólo el padre de familia quien sale a trabajar; también la madre busca autonomía y realización fuera de la casa.

*La avidez del mercado* descontrola y crea nuevas necesidades en las personas. La publicidad seduce y vende productos con los que la gente satisface de manera fugaz y superficial sus deseos de felicidad. Como sólo se necesita lo inmediato, la felicidad se pretende alcanzar con bienestar superfluo y con sentimientos hedonistas de poder y de tener. Las nuevas generaciones son las más afectadas por esta cultura de consumo, pues crecen en la lógica del individualismo pragmático y narcisista. Para ellos, el futuro es incierto, su punto de referencia es la realidad presente, sin valores ni instancias religiosas.

En medio de esta realidad variable, emergen sujetos que traen consigo nuevas formas de sentir, pensar, relacionarse, que son productores y actores de la nueva cultura.

Entre los aspectos positivos de este cambio cultural, aparece el valor fundamental de la persona. La búsqueda del sentido de la vida y de la trascendencia son énfasis que se pueden aprovechar para abrir nuevos horizontes. La necesidad de construir el propio destino pone

en movimiento el deseo de encontrarse con otros, de afirmar la libertad personal y de cuestionar a profundidad las propias convicciones y opciones.

El énfasis en la experiencia personal y en lo vivencial nos lleva a considerar la capacidad de las personas de considerar el testimonio como un componente clave en la vivencia de la comunión y de la fe.

La *heterogeneidad en las culturas* campesinas, urbanas y suburbanas, ayuda a construir desde diferentes referentes un proyecto común, para el bien de todos, en espíritu de comunidad.

Otro aspecto que marca la realidad de la comunidad en el campo social es el *fenómeno de la exclusión* en los ámbitos eclesiales. Resulta paradójico que una iglesia que es sacramento de unidad no dé la comunión a quienes viven en situaciones irregulares, cuando Cristo ha venido a buscar a los pecadores y a dar salud a los enfermos. También existe la exclusión de los pobres y el aumento de las desigualdades que mantienen en la marginalidad o la indigencia a un gran número de personas. “La pobreza hoy es pobreza de conocimiento y del uso y acceso a nuevas tecnologías.”<sup>26</sup> Pero la mayor pobreza –dirá Benedicto XVI– consiste en no tener a Dios.

Se hace necesario promover una globalización diferente, marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos, para hacer de cada parroquia un sacramento de esperanza, de amor y de unidad.

La comunidad está afectada por *el subempleo y el desempleo*. El trabajo formal está sometido a la precariedad de las condiciones laborales, lo cual trae consigo salarios más bajos y desprotección en el campo de la seguridad social, impidiendo a muchos el desarrollo de una vida digna. En algunos casos, la explotación laboral llega a generar

---

<sup>26</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, No. 62.

condiciones de verdadera esclavitud, sobre todo, en las fábricas de concreto y en los cultivos de flores.

Uno de los fenómenos que no podemos dejar de mencionar, en este abanico de problemáticas, es el proceso de movilidad humana, en su doble expresión de migración e itinerancia.

La parroquia en análisis presenta el caso de la inmigración de un 72% de los residentes. Algunos han llegado de Bogotá, dada la tendencia actual de buscar espacios más tranquilos en las periferias urbanas y de alejarse del complejo mundo de la ciudad. Otros han llegado huyendo de la violencia, de la pobreza o del despojo de sus tierras, esto es, se han visto obligados al desplazamiento forzoso. Las consecuencias de esta dramática realidad son de enorme gravedad a nivel personal, familiar y cultural; y la pérdida de identidad nos va dispersando cada vez más.<sup>27</sup>

---

<sup>27</sup> Cfr. Anexo: “Un acercamiento a la realidad de la parroquia, 2009”, Nos. 1-20.

## **Capítulo 2**

### **DIMENSIÓN SOCIOPOLÍTICA**

En nuestro tiempo, también se advierten profundas transformaciones en la estructura y en las instituciones de los pueblos, que son consecuencia de su evolución cultural, económica y social.

Tales transformaciones ejercen un gran influjo en la vida de la comunidad política, sobre todo, en lo que concierne a los derechos y deberes de todos, para el ejercicio de la libertad civil y el logro del bien común, así como para ordenar las relaciones de los ciudadanos entre sí y con la autoridad pública. En el perímetro de la comunidad parroquial que se estudia aquí, se percibe la existencia de asociaciones como las llamadas juntas de acción comunal, muchas de las cuales se han convertido en guetos que sólo cultivan algunos intereses personales, sin consideración de la comunidad o de su desarrollo.

La participación de la administración municipal es ineficaz; no se detectan programas de mejoramiento comunitario y mucho menos proyectos educativos que ayuden a crecer a la población mediante compromisos sociales.

Aumenta en la conciencia de muchos el afán de hacer respetar los derechos de las minorías en los pueblos, sin olvidar los deberes de éstas respecto de la comunidad política; además, crece cada día el respeto hacia las personas que profesan otra opinión u otra religión. Aún así, se advierte un individualismo marcado en la consecución de los derechos personales y comunitarios de los ciudadanos.

Se reprueban las formas políticas vigentes en algunas zonas, que obstaculizan las libertades civiles o religiosas, multiplican las víctimas de las ambiciones y de los abusos políticos y desvían el ejercicio de la autoridad del bien común a conveniencia de un grupo reducido o de los propios gobernantes.

Para instaurar una vida política verdaderamente humana, no hay nada mejor que fomentar el sentido de construcción de una legítima comunidad, con espíritu de búsqueda del bien común, que eduque en los criterios de la justicia y la honestidad; y fomentar el desarrollo integral en la perspectiva de la participación y en la búsqueda del progreso de todos a partir de la verdad, el respeto, el recto ejercicio y los límites de la autoridad pública.

Los hombres, las familias y los diferentes grupos que constituyen la comunidad civil son conscientes de su propia insuficiencia para instituir una vida plenamente humana. Por eso, se hace necesaria una comunidad política que ayude en la búsqueda del bien común y abarque el conjunto de condiciones favorables, en todos los niveles, para promover el bienestar y el desarrollo colectivo. De esta manera, se reduciría la pobreza (que aumenta aceleradamente en los sectores rurales), se tendría más audacia para responder a la delicada situación de los desplazados, se controlaría y se pondría correctivo a los grupos de delincuentes que se multiplican en diversos ámbitos y cuyas acciones –hurto, drogadicción, estafa, extorsión, paramilitarismo, entre otros– limitan la promoción de una cultura de la paz y de la vida.

Ante este panorama, es necesario organizar una comunidad política unida, que dirija las fuerzas de todos los ciudadanos hacia el bien colectivo, no mecánica o egocéntricamente, sino sobre todo como fuerza moral sustentada en la libertad, en la dignidad de la persona y de la comunidad, y en la conciencia del logro del bien común mediante mecanismos eficaces.

Se ve con desilusión el avance de diversas formas de regresión autoritaria por vías “democráticas” que derivan en expresiones de corte neopopulista, de clientelismo y corrupción (por ejemplo, la compra de votos), así como en la priorización de los intereses personales sobre los colectivos y en la ausencia de un ambiente sano para asegurar una democracia participativa basada en la promoción y el respeto de los derechos humanos.

La reelección de actores políticos que no han contribuido al desarrollo de la zona parroquial empobrece cada vez más el ambiente democrático donde nuevos protagonistas promuevan el desarrollo comunitario. No hay conciencia del poder que tienen los líderes entre sus manos y de la posibilidad de generar cambios importantes para el logro de políticas públicas más justas. No hay influencia de organismos externos que asesoren e impulsen el bienestar de todos. Y no faltan las actuaciones polarizantes, que fomentan el conflicto y la radicalización hacia los extremos, en detrimento en la vida de la comunidad.

Se comprueba que la mayor parte de los bautizados no han tomado aún conciencia plena de su pertenencia a la Iglesia, y por tanto desconocen su misión de ser fermento en las realidades del mundo. Pocos asumen los valores cristianos como elemento de su identidad cultural, no sienten la necesidad de un compromiso social o político, y mucho menos evangelizador.

Como consecuencia, los ámbitos del trabajo, de la política, de la economía, de la ciencia, del arte, de la literatura y de los medios de comunicación social no son guiados por criterios evangélicos. Así se explica la incoherencia existente entre la fe que dicen profesar sus actores y su compromiso real de vida.

Observamos también en la realidad social el creciente desajuste ético-moral, en especial, la deformación de la conciencia, la ética permisiva. La corrupción se ha generalizado. Hay un mal manejo de los recursos económicos públicos. Proliferan la demagogia, el populismo y la mentira en las promesas electorales. Se burla la justicia, se generaliza la impunidad y la comunidad se siente impotente e indefensa frente al delito. Se emiten leyes contrarias a los valores humanos y cristianos fundamentales. No hay equitativa distribución de los bienes de la tierra. Se abusa de la naturaleza y se daña el ecosistema.

En los sectores pertenecientes a la parroquia en estudio, algunos promotores de salud fomentan la mentalidad y las acciones contra la vida, mediante campañas antinatalistas y de manipulación genética; y en los casos de embarazo no deseado, de adolescentes y madres

solteras, se promueve el aborto como solución inmediata. Se asiste así a un deterioro creciente de la dignidad de la persona humana, se desnaturaliza la dimensión integral de la sexualidad, se utiliza a hombres, a mujeres e incluso a niños en beneficio de las industrias de la pornografía y la prostitución. Se observa una moral de situación, según la cual algo de por sí malo dejaría de serlo de acuerdo a las personas, circunstancias e intereses que estén en juego.

En algunos sectores se está dando un acelerado crecimiento demográfico y en ellos la población es mayoritariamente joven. Las migraciones internas y externas generan un sentido de desarraigo, y los pueblos crecen desorganizadamente, con el peligro de transformarse en megápolis incontrolables en donde cada día es más difícil ofrecer fuentes de ingresos, servicios básicos de vivienda, salud, educación, recreación y deporte, y donde aumenta el hacinamiento de la población de menores recursos.

No sobra agregar que uno de los más humillantes y devastadores flagelos sigue siendo la situación de inhumana pobreza en la que viven muchas personas, que se expresa en la mortalidad infantil, la desnutrición, el desempleo y subempleo, y la inestabilidad laboral. Esta realidad exige conversión personal y cambios profundos de las estructuras, así como la renovación de la parroquia, para responder a las legítimas aspiraciones de los pueblos y a la necesidad de construir una verdadera comunidad que responda a las necesidades y expectativas de todos y que permita vivir con esperanza la historia.<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> Cfr. Anexo: “Un acercamiento a la realidad de la parroquia, 2009”, Nos. 21-28.



### Capítulo 3

## SITUACIÓN PASTORAL

Debido a la *animación bíblica* de la pastoral con los grupos de *lectio divina*, aumenta en los fieles el conocimiento de la Palabra de Dios. Gracias a la asimilación del magisterio de la Iglesia y a la formación de los catequistas, la renovación de la catequesis ha producido fecundos resultados en la comunidad.

Crece las manifestaciones de la *religiosidad popular*, en especial, la piedad eucarística y la devoción mariana. La parroquia tiene una experiencia larga de encuentro con Cristo en la adoración diurna del Santísimo, pero esta experiencia se vive de manera individualista, y los fieles dejan ver una pasividad en su asistencia a esta acción litúrgica, que se convierte en mero cumplimiento ritualista y pobre.

Se resalta el compromiso de unos pocos laicos como *ministros extraordinarios* de la Palabra, la sagrada comunión y la comunidad, y se va despertando –cada vez más– la acción evangelizadora de los laicos en la vida de la parroquia.

Es significativa la existencia de comunidades de *vida consagrada* presentes en la jurisdicción parroquial focalizada, sin embargo, algunas actúan al margen de la vida pastoral que dejan la impresión de una presencia muy débil en la comunión eclesial.

Resalto la abnegación de algunos *agentes de pastoral social*, quienes desarrollan una valiosa obra evangelizadora mediante programas de promoción humana en todos los sectores de la Parroquia y comités de caridad, y son actores de una cultura de la vida y del desarrollo integral.

Descubrimos que hay connatos de renovación pastoral en la Parroquia, que motivan procesos de *iniciación cristiana con niños y adultos*. No obstante, todavía somos

inconstantes en el ejercicio de una labor más audaz y eficaz que nos lleve a un encuentro con Jesucristo vivo y transforme a la Parroquia en comunidad de comunidades evangelizadas y evangelizadoras.

Nuestra catequesis ha iniciado el proceso con un anuncio kerigmático que apenas despegas, para dejar atrás una catequesis fragmentada y poder abrazar un itinerario catequético permanente.

Se ha tomado conciencia de *la pastoral familiar*, de su importancia y su compromiso con el desarrollo de la sociedad. Se ha impulsado un proceso en el que se forman las parejas para que sean evangelizadas y evangelizadoras. Se toma en serio el reto que tiene la familia en la vida de la comunidad:

Patrimonio de la humanidad, constituye uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos y caribeños. Ella ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente [...] la familia es insustituible para la serenidad personal y para la educación de sus hijos.<sup>29</sup>

Sin embargo, ante tal desafío hay crisis en algunas familias que no viven el sacramento matrimonial como signo de unidad sino –por el contrario– mantienen la mentalidad de vivirlo temporalmente, con la consiguiente ruptura que supone el divorcio o la separación de los esposos.

Sobre todo, *al analizar la parroquia* como comunidad de comunidades y movimientos, se descubre que ella se ha quedado en una expresión de tipo teórico, la cual se repite sin espíritu; o peor aún, que se sigue entendiendo como una estructura física donde se solicitan servicios y que sólo existe de manera funcional para atender casos aislados y cumplir ritos religiosos.

---

<sup>29</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, No. 114.

La interpretación de la parroquia como comunidad que orienta y anima la comunión, participación y misión, todavía está lejos de ser una realidad, porque la mentalidad individualista está muy marcada entre los fieles. Estamos apegados a unas estructuras obsoletas que hemos de derrumbar urgentemente y desaprehender, para impulsar la parroquia en los siguientes términos:

La familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad [...] la parroquia está fundada sobre una realidad teológica porque ella es una comunidad eucarística [...] la parroquia es una comunidad de fe y una comunidad orgánica en la que el párroco, que representa al obispo diocesano, es el vínculo jerárquico con toda la Iglesia particular.<sup>30</sup>

Se comprueba con pesar que la parroquia es concebida como un edificio que atienden funcionarios religiosos. No se la ve como la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres; y también ha perdido credibilidad en la sociedad porque no puede responder de manera eficaz y solidaria a las aspiraciones y dificultades de los fieles.

Sigue lento el proceso de la renovación de la parroquia en sus agentes de pastoral, para que puedan encarnar el Evangelio desde una formación cualificada, en las situaciones específicas en las que viven o actúan.

El desafío de la unidad en la vida de la parroquia es una tarea pendiente, ante la constatación preocupante de divisiones y conflictos que no reflejan la unidad que ha querido el Señor. Por otra parte, no se ha valorado *la ministerialidad* de la Iglesia y por eso sigue vigente un ambiente clericalista en el cual todo en las parroquias es asumido por una sola persona.

El *Documento de Puebla* recogió la experiencia del continente respecto de los ministerios conferidos a los laicos y dio orientaciones claras para que, de acuerdo con los carismas de cada persona y las necesidades de cada comunidad, se fomente “una especial creatividad en

---

<sup>30</sup> Celam, *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Conclusiones*, Santo Domingo, República Dominicana, No. 58.

el establecimiento de ministerios o servicios que puedan ser ejercidos por laicos, de acuerdo con las necesidades de la evangelización”.<sup>31</sup>

En la parroquia, la misión de los adolescentes y jóvenes que caminan en el tercer milenio cristiano es prepararse por ser los hombres y mujeres del futuro, responsables y activos en las estructuras sociales, culturales y eclesiales, para que incorporados por el espíritu de Cristo contribuyan en un desarrollo cada vez más humano y cristiano. Lamentablemente, un elevado número de jóvenes que viven en la jurisdicción de la Parroquia son víctimas del empobrecimiento y de la marginación social; muchos viven adormecidos por la propaganda de los medios de comunicación social, y alienados por las imposiciones culturales y por el pragmatismo inmedatista que ha generado nuevos problemas en su maduración afectiva.

Además, están cargados de interrogantes vitales y plantean el desafío de formular un proyecto de vida personal y comunitario que dé sentido a sus vidas y permita lograr la realización de sus capacidades.

Hoy se palpa la necesidad de llegar a los alejados, de salir de una pastoral de conservación a una pastoral misionera. La organización de *los consejos parroquiales de pastoral* es muy débil pues se “requiere que estén formados por discípulos misioneros constantemente preocupados por llegar a todos [...] estos organismos han de estar animados por una espiritualidad de comunión misionera”.<sup>32</sup> Los que se encuentran en la Parroquia focalizada son de tipo funcional: sólo realizan cometidos de índole material y administrativa, por lo que son organismos sin alma que no contribuyen a generar modos de expresión y crecimiento dentro de la comunidad.

La parroquia de hoy está ubicada en la ciudad. Ésta se ha convertido en el lugar propio de nuevas culturas y nuevas simbologías. Sin embargo, se advierte una actitud temerosa ante

---

<sup>31</sup> Celam, *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, México. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, No. 833.

<sup>32</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, No. 203.

*la pastoral urbana*. No hay creatividad para acercarnos a las nuevas experiencias que invaden la ciudad.

La pastoral urbana se convierte entonces en un gran reto para inculturar el Evangelio en la ciudad y para hacer de la parroquia un sacramento de unidad en todos estos estilos y lenguajes.<sup>33</sup>

Se comprueba que algunas parroquias trabajan en la actualidad sin referencia al plan diocesano y sin sentido de pertenencia a la diócesis, debido a la visión individualista y egoísta de algunos párrocos. Esta situación pone en peligro el crecimiento de la comunión en la Iglesia. Con frecuencia, el plan de pastoral es visto como un obstáculo impuesto y no como un instrumento para la evangelización de las comunidades.

Aunque no faltan parroquias que toman en serio el plan pastoral diocesano y, en espíritu de unidad con el obispo, impulsan las diferentes acciones y prioridades pastorales, que ayudan a llegar con acierto a los diferentes ambientes regionales.

No existe, ciertamente, “la parroquia”, sino que existen muchas y con diversas configuraciones, según la historia de cada una. Para generalizar, se podría decir que existen dos tipos diferenciados: las parroquias que son de mantenimiento y las parroquias renovadas.

La actual organización parroquial, en ocasiones muy atomizada, cuyas unidades aparecen dispersas en el territorio, exige un profundo replanteamiento. Es necesario tener en cuenta cómo ha cambiado la sociedad, no sólo por la descristianización paulatina de los ambientes, sino también por los fenómenos crecientes de la movilidad humana, el despoblamiento de las zonas rurales o la presencia cada vez mayor de emigrantes.

Prisco<sup>34</sup> señala algunas de las orientaciones para caminar hacia una renovación parroquial:

---

<sup>33</sup> Cfr. Anexo: “Un acercamiento a la realidad de la Parroquia, 2009”, Nos. 29-44.

1. *La comunión eclesial en la base de la renovación de la parroquia.* La comunión encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La parroquia ha de ser signo de esa comunión no sólo *ad intra*, lo que supone la integración de personas y grupos con sensibilidades distintas, sino también *ad extra*, saliendo a la búsqueda de los alejados o que no han oído hablar de Jesús. Esto exige que los espacios de la pastoral se abran también a las nuevas figuras ministeriales y que se reconozcan tareas de responsabilidad a todas las formas de vida cristiana.
2. *La reorganización parroquial.* Las parroquias no pueden actuar solas; es necesaria una pastoral integrada.
3. *El necesario impulso misionero.* La parroquia ha de ofrecer a todos la posibilidad para acercarse a la fe, para crecer en ella y dar testimonio de ella. Este impulso se verá enriquecido por la celebración del domingo, por una sólida vida interior y por un acompañamiento pastoral permanente.

---

<sup>34</sup> San José Prisco, *Derecho parroquial*, 451-461.

## **SEGUNDA PARTE**

### **CARACTERÍSTICAS DEL BANQUETE EUCARÍSTICO**

Jesús anunció el Reino futuro de Dios bajo la categoría de mesa o de universal banquete al que todos los hombres son invitados; pero además anticipó ese Reino haciéndolo ya presente bajo diversos signos, en especial, el de las comidas con los pecadores. Toda la vida de Jesús fue una constante entrega y oblación, diaconía y servicio a ese banquete del Reino de Dios.

La eucaristía hunde sus raíces en tres momentos fundamentales: las comidas del Jesús histórico, la Última Cena con los discípulos y las comidas del Resucitado. Las comidas de Jesús –sobre todo, con los pecadores– son el mejor signo de la salvación anticipada en él y otorgada como comunión gratuita de Dios con el hombre, bajo la forma de banquete.

Las narraciones de la Última Cena en los sinópticos (Mt 26,17-29; Mc 14,12-25; Lc 22,14-30) y en Pablo (1Co 11,17-34) reflejan las palabras y gestos del Jesús histórico. No es posible precisar con exactitud si la Última Cena fue o no cena pascual, aun cuando cabe afirmar que tuvo lugar en los días de la Pascua, y por ello, en el contexto amplio de la celebración pascual judía. El relato de la Cena, en Juan (13,1-30), no nos conserva las palabras de Jesús relativas al pan y al cáliz, aunque sí un gesto importante del Maestro: el último servicio prestado a su comunidad, sentada a la mesa del banquete. En cambio, el cuarto Evangelio desarrolla el tema eucarístico en el discurso del pan de vida (Jn 6,30-71).

El Señor es el verdadero presidente de la asamblea eucarística, y como tal, él es quien consagra la comunidad y los dones, incorporándolos y haciéndolos cuerpo suyo. La presencia del Resucitado ya no es carnal sino espiritual. El Señor resucitado abarca la realidad entera, sin ser él abarcado. Su presencia no puede ser concebida como mera presencia local, reductible a un marco espacio-temporal; tampoco acaece por la mera ubicación de él ante nosotros en los dones, sino sobre todo por incorporación nuestra y de

los dones por él y en él, según la medida de nuestra participación en la eucaristía como misterio de comunión.

La presencia de Jesús acaece no como mera presencia estática, sino como un dinamismo tendiente a la comunión y a la incorporación de la Iglesia como cuerpo de Cristo. Esta realidad desempeña un papel primordial en el misterio eucarístico. El cuerpo de Cristo no puede ser entendido en un sentido individualista, como el cuerpo personal del Jesús histórico, sino sobre todo como el cuerpo del Cristo total, del Resucitado, que es la Iglesia. El Resucitado se hace presente como entregado y es quien incorpora la entrega y oblación de la Iglesia a su propia entrega.

Tres características están íntimamente relacionadas en esta segunda parte: cristológicas, eclesiológicas y bíblicas. La Iglesia vive de la eucaristía, Ella tiene su fundamento y su origen en Jesucristo. Con razón, el Concilio Vaticano II, aun cuando no publicó un documento específico sobre el misterio eucarístico, ilustró estas características a lo largo del conjunto de sus documentos, especialmente en la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* y en la constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*.

Los tres aspectos están tejidos con un mismo hilo: un banquete de comunión, que nos llena de emoción y gratitud. Esta riqueza insondable ayudará posteriormente a sacar ventajas para una participación más consciente, activa y fructuosa de los fieles en el santo sacrificio del altar.



## Capítulo 1

### LA EUCARISTÍA EN EL CONTEXTO DE LA VIDA, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS

#### 1.1 Eucaristía: Jesús, el verdadero cordero inmolido

La misión de Jesús llega a su cumplimiento en el misterio pascual: todo lo atrae hacia él. En su obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2,8), se ha cumplido la nueva y eterna alianza. De esta manera, hay una estrecha comunión entre el hombre y Dios a través de Cristo crucificado: “La libertad de Dios y la libertad del hombre se han encontrado definitivamente en su carne crucificada, en un pacto indisoluble y válido para siempre.”<sup>35</sup>

En Cristo crucificado Dios ha expiado el pecado del hombre, le da nueva vida y lo salva. Entonces se realiza la liberación del mal y de la muerte. Con razón, Juan Bautista a orillas del Jordán exclama: “Éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” (Jn 1,19)

Jesús es el verdadero cordero, que ayer –como hoy– sigue liberando del mal y de todo lo que oprime al hombre y lo esclaviza. Por eso, en cada celebración donde se reúne la comunidad se proclama sin cesar esta verdad: que Cristo es el cordero que se inmola, que se entrega, que se ofrece en todo tiempo y lugar como el verdadero sacrificio por nosotros.

Esta es la novedad por la cual tanta gente todavía acude a la celebración; porque en Cristo está la esperanza que el mundo no nos puede ofrecer; porque en el Hijo de Dios está la salvación que él ha adquirido con su sangre derramada y su cuerpo entregado.

---

<sup>35</sup> Benedicto XVI, *Exhortación apostólica postsinodal “Sacramentum caritatis”, sobre la eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia.*, No. 9.

## 1.2 El banquete eucarístico realiza la unidad en Cristo

El Concilio indica que todos alcancen *la unidad en Cristo*, la cual se realiza por el banquete eucarístico:

El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo (cfr. 1Co 10,17). Todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, que es la luz del mundo. De él venimos, por él vivimos y hacia él caminamos.<sup>36</sup>

Dios ha enviado el Espíritu para santificar a la Iglesia, y de esta manera, los creyentes pueden ir al Padre a través de Cristo en el mismo Espíritu (cfr. Ef 2,18).

Los creyentes son una única reunión, incluso si cambia el lugar de encuentro. Se indica siempre la unidad en Cristo, cuán enorme es la fuerza que tiene una comunidad reunida en unanimidad: mueve montañas (Mt 11,22-24).

Por la comunión, nos transformamos en portadores de Cristo, en un cuerpo y en una sangre con él. Comparan el hacerse uno con Cristo del comulgante con la fusión de dos llamas que pasan a ser una sola. La comunión eucarística con el Cristo resucitado desborda la barrera de la muerte. Es avance y anticipo de la comunión celestial con él y de unos con otros.

El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los creyentes, como en un templo; ora en ellos, conduce a la Iglesia, la une en la comunión y el servicio. Así, toda la Iglesia aparece como el “pueblo unido por la unidad del Padre, del Hijo del Espíritu Santo”.<sup>37</sup>

La comunión no sólo ha de ser entendida de modo personal, esto es, como participación en Cristo y como íntima comunión personal con él, sino también de modo eclesial, el fin y el objetivo del banquete eucarístico.

---

<sup>36</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática “Lumen gentium” sobre la Iglesia*, No. 3.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, No. 4.

La misión del Espíritu Santo consiste en realizar universalmente la obra de Jesucristo y, de esta manera, integrar el mundo y la historia “en Cristo”. La acción del Espíritu Santo en la eucaristía apunta, por consiguiente, a la *koinonía* (*communio*) en y con Jesucristo.<sup>38</sup>

Cristo, el único mediador, estableció en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor, como un organismo visible. Con su sangre, instituyó la nueva alianza (1Co 11,25), para que fueran el nuevo pueblo de Dios. En Cristo, este pueblo no tiene ninguna desigualdad por razones de raza o nacionalidad, de sexo o de condición social (Ga 3,28). Es Cristo quien da el sentido de la fe y la gracia de la palabra, para que la fuerza del Evangelio brille en toda comunidad.

Él es el modelo de perfección y en él estamos llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. En Cristo todos estamos llamados a participar de la naturaleza divina. “La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación.”<sup>39</sup>

La eucaristía es la actualización y recapitulación sacramental del misterio cristiano de la salvación en su conjunto. Abarca la creación y la nueva creación escatológica; expresa el movimiento de Dios hacia el ser humano, así como el movimiento de respuesta del ser humano y de la humanidad; es el legado recapitulador de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo; es glorificación de Dios y salvación para el ser humano.

### **1.3 La vida de Jesús como entrega y servicio al banquete del Reino**

El Reino de Dios supone la comunión del hombre con él; más que dominación y signo preferente, será banquete familiar en el cual todos tengan acceso a la mesa de Dios. El Reino acaece en su persona y en su obra. Él no sólo anuncia el Reino venidero sino que él

---

<sup>38</sup> Kasper, Sacramento de la unidad, 90.

<sup>39</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución “Dei Verbum”*, sobre la divina revelación, No. 2.

mismo es el Reino personificado, pues en su persona coinciden la presencia salvadora y actuante en la historia y en el ser y quehacer de cada persona.

Para el judaísmo, como para todos los pueblos orientales, la comensalidad (acoger a una persona e invitarla a la propia mesa) es muestra de respeto. Significa una oferta de paz, de confianza, de fraternidad y de perdón. En una palabra, la comunión de mesa es comunión de vida. Todo comensal, al participar del pan, participaba así mismo de la bendición a Dios que el dueño de la casa pronunciaba al iniciarse la comida festiva.

Jesús aparece en los evangelios participando con frecuencia en los banquetes, hasta tal punto, que sus adversarios llegaron a acusarle de ser “un comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11,19; Lc 7,34). Este comportamiento de Jesús hay que buscarlo en el espíritu del Antiguo Testamento, según el cual el Reino de Dios se vislumbraba (en los profetas) bajo la imagen de un banquete preparado “para todos los pueblos en el monte Sión: un festín de succulentos manjares, un festín de vinos generosos, de manjares grasos y tiernos, de vinos generosos clarificados” (Is 25,6).

El Señor utiliza el motivo del banquete nupcial, pero advierte que el esposo está presente en la vida de toda la comunidad, que está presente en la historia y actúa en ella para transformarla.

Además, en las comidas de Jesús es característica la participación de los pecadores. Las comidas con él se convierten en signo de la acogida gratuita y generosa de Dios hacia los pecadores, y por ello, en signo concreto de gracia y de alianza nueva. Entre los principales momentos en los que Jesús invitó a una comida, se cuentan la multiplicación de los panes y la Última Cena.

En resumen, el banquete en el que Jesús se entrega como alimento expresa no sólo gracia, salvación y reconciliación, sino también comunión y fraternidad humanas en torno de su persona como centro de una nueva comunidad. Las comidas son la mejor expresión de la

misión, vida y mensaje de Jesús: “Se nos muestra la máxima coherencia y la unidad suprema entre la predicación, la praxis y la persona misma de Jesús.”<sup>40</sup>

En la eucaristía, Cristo se sigue entregando como don de salvación: “En este don, Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización perenne del misterio pascual.”<sup>41</sup> Cada momento de la existencia debe tener su fundamento y su consistencia en este sacramento. El banquete abarca todas las situaciones de la vida, impregna con su fuerza y su eficacia todo el universo.

La eucaristía tiene ese carácter universal que hace posible congregarse en un mismo altar el cielo con la tierra:

Porque cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la eucaristía se celebra en cierto modo, sobre el altar del mundo. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a aquél que lo hizo de la nada.<sup>42</sup>

En el acto de celebrar el banquete eucarístico, en los diferentes escenarios, sobresale el carácter de unidad porque se une el cielo con la tierra, lo humano con lo divino, el creador con la criatura, y esto mismo lo podemos aplicar a las diversas situaciones de la vida: la enfermedad, el dolor, la historia, la pobreza y la muerte. En Jesucristo toda la creación se devuelve redimida al Creador; a través de él retorna un cielo nuevo y una tierra nueva. Porque Jesucristo es presencia salvadora en medio de la vida parroquial; para una comunidad, en su recorrido por la historia, no hay nada más precioso que la eucaristía.

“Todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...”<sup>43</sup> Por eso, los acontecimientos de la vida de una comunidad pasan por Cristo, quien a través de su pascua sigue dando vida al

---

<sup>40</sup> Gesteira Garza, *Eucaristía, misterio de comunión*, 29.

<sup>41</sup> Juan Pablo II, *Carta encíclica “Ecclesia de eucharistia”*, No. 5.

<sup>42</sup> *Ibíd.*, No. 8.

<sup>43</sup> Catecismo de la Iglesia Católica, No. 1085.

mundo. Cada instante en la vida de cualquier persona, por gratuidad de Dios, se convierte en historia de salvación, sin importar ninguna condición de tipo humano o institucional.

#### **1.4 La eucaristía y la resurrección de Jesucristo**

La eucaristía hunde sus raíces en la vida, en la muerte y en la resurrección de Jesucristo. Es sobre todo la resurrección del Señor la fuente última de donde dimana la eucaristía de la Iglesia posterior, hasta el punto de que sin resurrección la eucaristía no llegaría a existir. Sólo la resurrección puede ser generadora de la presencia de Cristo en la eucaristía. El hecho de la resurrección, así como las apariciones del Resucitado y sus comidas con los discípulos, constituyen el fundamento último y definitivo de la eucaristía en la Iglesia.

Los primeros convites eucarísticos de la comunidad dicen relación a estas comidas con el Resucitado. Veamos el siguiente pasaje:

Dios lo resucitó al tercer día y le dio manifestarse no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano elegidos por Dios, a nosotros, que comimos y bebimos con él después de resucitado de entre los muertos. Y nos ordenó predicar al pueblo y atestiguar... (Hch 10,40-42).

El verbo “comer”, en paralelo con “beber”, significa con toda probabilidad el banquete eucarístico. Se trata, pues, en estas comidas con el Resucitado, del convite de la eucaristía.<sup>44</sup>

Las comidas pospascuales relacionadas en Lucas aparecen en contextos propios de apariciones: “Y sucedió que cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron” (Lc 24,30-31). “Ellos le ofrecieron parte de un pescado asado. Lo tomó y comió delante de ellos...” (Lc 24,42-43). De tal modo, el primer elemento significativo de estas comidas es la prueba de la condición de vida de Jesús hacia sus discípulos.

---

<sup>44</sup> Cfr. Gesteira Garza, *Eucaristía, misterio de comunión*, 77-84.

Los relatos de Lucas 24 son particulares en el hecho de que los discípulos no reconocen al Señor de manera inmediata; es decir, no es suficiente que él se aparezca, sino que su reconocimiento es causado por un signo de comensalidad concreto: parte el pan y come con ellos. El Maestro, que en su vida terrenal compartía la mesa, continúa esta comensalidad y con ella manifiesta su nueva presencia en la comunidad de sus amigos.

Al partir el pan y comer de nuevo con sus discípulos, Jesús no sólo los motiva a reconocerle como su Maestro, sino que además fundamenta la convicción del cumplimiento de todas las promesas de salvación. El significado de la comensalidad pospascual testimoniada en las tradiciones evangélicas y epistolares brota de la experiencia de la comunidad de mesa, en el ministerio público del Maestro.<sup>45</sup>

La comunión de mesa que los discípulos habían gozado con el Cristo terreno se renueva sólo cuando el Cristo resucitado come y bebe con sus discípulos durante las apariciones. El Resucitado es quien hace posible la comunión de mesa en la vida de la parroquia, y quien hace posible que los comensales lo puedan reconocer. Esta comensalidad se da en el contexto de banquete donde se expresa la intervención de Dios y se fortalecen las relaciones de los comensales.

### **1.5 La eucaristía es el don por excelencia que nos ha dado Cristo**

La Iglesia ha recibido la eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación.<sup>46</sup>

En este don está inscrito de manera admirable el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. En este don se perpetúa, por los siglos, el sacrificio de la cruz:

---

<sup>45</sup> Cfr. Barrios, *La comunión de mesa*, 194-195.

<sup>46</sup> Juan Pablo II, *Carta encíclica "Ecclesia de eucharistia"*, No. 11b.

Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar a su esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura.<sup>47</sup>

Jesucristo es don decisivo para la salvación de todo ser humano, en el contexto de toda la historia de salvación ofrecida por Dios a la humanidad entera. De esta manera, cada persona puede encontrar la eficacia salvífica para su vida. Esta es la fe de la que se ha vivido durante toda la historia, en la vida cristiana. En este don, Cristo nos muestra un amor que llega hasta el extremo (Jn 13,1), uno que no conoce fronteras. Pero no sólo es un don con el cual Jesucristo, al instituirlo, dijo “este es mi cuerpo”, “esta copa es la nueva alianza en mi sangre”, sino que añadió “entregado por vosotros”, “derramada por vosotros” (Lc 22,19-20).

Con su entrega, está manifestando el valor sacrificial que se hace evidente en la cruz, para la salvación de todos. Con razón “la misa es, a la vez, inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el cuerpo y la sangre del Señor”.<sup>48</sup> Se perpetúa en cada comunidad, en cada parroquia donde se celebra –por manos del ministro– el único sacrificio redentor de Cristo, que se actualiza en el tiempo, y es por ello un don en primer lugar a su Padre y un don en favor nuestro, para alcanzar la comunión de toda la humanidad (Mt 26,28).

En este don no sólo se hace presente el misterio de la pasión y la muerte, sino también el de la resurrección. En cuanto resucitado, Cristo se hace “pan de vida” (Jn 6,35.48), pan vivo (Jn 6,51), en la eucaristía.

El sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros con Cristo mediante la comunión.

---

<sup>47</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución “Sacrosanctum Concilium”*, sobre la sagrada liturgia, No. 47.

<sup>48</sup> Juan Pablo II, *Carta encíclica Ecclesia de eucharistia*, No. 12.



En el pan y el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual (cfr. Lc 22,14-20; 1Co 11,23-26), nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del sacramento. Dios es comunión perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.<sup>49</sup>

Por tanto, podemos afirmar que es un don gratuito de la santísima Trinidad; y la Iglesia acoge con obediencia fiel, celebra y adora este don, misterio del amor trinitario. La Iglesia pide este don divino, raíz de todos los dones, en la epiclesis eucarística. Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el bautismo e impreso como sello en el sacramento de la confirmación.

## **1.6 La obra del Espíritu Santo en la persona y vida de Jesús**

La comunión no sólo es comunión en el cuerpo y sangre de Cristo, sino en su Espíritu. Y por ello es también una comunión eclesial: la Iglesia no acaece más que allí donde el Espíritu de Cristo congrega a una comunidad, para vivificarla y aunarla en un único cuerpo.

Es el Espíritu Santo el que dinamiza toda la vida de Jesús haciendo que su filiación se concrete en oblación y entrega por la comunidad universal, “por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo como oblación inmaculada a Dios” (Hb 9,14).

Es el Espíritu el que actualiza la presencia de la persona y la obra de Jesús en la Iglesia; el que asume la obra de Jesús en el dinamismo de su vida, muerte y resurrección, y la universaliza, haciéndola presente en cada momento del espacio y del tiempo. Pentecostés realiza la incorporación de la comunidad de los creyentes diseminados en la historia a la persona y vida de Jesús y a su misterio pascual: “Yo, una vez exaltado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32).

---

<sup>49</sup> Benedicto XVI, *Exhortación apostólica postsinodal “Sacramentum caritatis”, sobre la eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia.*, No. 8.

Al Espíritu le compete la constitución de la Iglesia como único cuerpo de Cristo: él es el vínculo capaz de unir estrechamente a la comunidad cristiana a Cristo como cabeza (1Co 12,13), haciendo así de muchos un solo cuerpo en Cristo (Rm 12,5). El Espíritu que reposa sobre el Hijo se expande sobre su comunidad mesiánica y la une a Cristo, para convertirla en cuerpo suyo, haciéndola participar así de la salvación y de la vida eterna que de la cabeza fluye hacia sus miembros.<sup>50</sup>

No basta, en la eucaristía, con la participación en la “carne y sangre” de Cristo, si a la vez no se da una comunión con su Espíritu. La eucaristía se orienta en última instancia a una fusión nuestra con el Espíritu de Cristo y a una comunión plena con él. La participación en el cuerpo y la sangre del Señor no son un fin en sí mismo, sino un medio para lograr esa comunión espiritual con Cristo, es decir, para alcanzar esa fusión plena de nuestro espíritu con el suyo, de nuestra persona con la suya. Además, la Iglesia sólo acaece allí, donde el Espíritu de Cristo congrega a una comunidad, para vivificarla y animarla en un único cuerpo.

Tres son las funciones del Espíritu Santo en el misterio de la salvación: la universalización de la obra de Cristo, su actualización y su personalización. La nueva presencia eucarística propia del Resucitado es esencialmente una presencia comunicativa, de intercomunidad vital, por la que él nos asume e incorpora a su propia vida y nosotros vivimos por él y en él.

La teología habla de él como el vínculo de amor que funde al Padre y al Hijo en comunión indisoluble; este misterio encuentra en la Iglesia, y dentro de ella, en la celebración eucarística, su realización. Un mismo Espíritu en Cristo y en nosotros es el que hace que la presencia eucarística adquiera toda su densidad y hondura, toda su fuerza de mutua entrega. Por tanto, la eucaristía no encuentra su meta en los dones, sino en la Iglesia. La celebración se ordena al encuentro entre Cristo y la Iglesia. La realidad más profunda de la eucaristía es

---

<sup>50</sup> Cfr. Gesteira Garza, *Eucaristía, misterio de comunión*, 613-616.

la constitución de la comunidad. Por la eucaristía se consuma la edificación del cuerpo de Cristo.<sup>51</sup> El Espíritu va con frecuencia vinculado a la comunión (2Co 13,13; Flp 2,1).

---

<sup>51</sup> Cfr. Gesteira Garza, *Eucaristía, misterio de comunión*, 613-621.

## **Capítulo 2**

### **COMUNIÓN EUCARÍSTICA, COMUNIÓN ECLESIAL**

La eucaristía es signo y realización de esa mediación de Cristo y de la eclesialidad que se construye en la coincidencia de su entrega al Padre y a los hombres. Esta comprensión de la eucaristía, como mediación sacramental de la relación real de comunión entre Cristo y su Iglesia, revela el sentido pleno del carácter sacrificial de la eucaristía como realismo cristológico del pan y del vino en la eucaristía de la Iglesia. Por otra parte, en cuanto indicativa de nuestro ser-eclesial-en-Cristo, la eucaristía también es imperativo prático que compromete nuestra libertad en una relación de entrega a Dios y a los hermanos.

La comunión eclesial en Cristo es expresión del amor de Dios a nosotros, en Cristo. Pablo ha modelado un empleo específico del término comunión, para expresar la más íntima unión del hombre con Dios y con los demás, realizada por Cristo, que constituye la salvación definitiva. Pablo se esfuerza por expresar allí la profundidad, la cualidad inaudita del amor de Dios manifestado en Cristo y sus consecuencias en nosotros, como individuos y como comunidad.

En la eucaristía, Jesucristo, el Señor, construye y significa la Iglesia. En su contexto interpretativo de memorial pascual, la eucaristía apareció ya como mediación significativa entre Jesús, que funda la nueva alianza en su muerte de cruz, y el nuevo pueblo de Dios, representado por los Doce, en la cena de despedida. Se trata de un pueblo constituido como tal en el poder de la sangre derramada y del cuerpo entregado, cuya ley fundamental es el amor fraterno.

El por “vosotros” eucarístico (Lc 22,19-20), en cuanto implica el ser entregado por el Padre y al Padre, en la obediencia suprema, manifiesta esa bipolaridad constitutiva de Jesús en cuanto mediador, Hijo de Dios y cabeza de la Iglesia. La gran preocupación de Pablo parece ser la unidad (1Co 1,10) que resulta de vivir todos “en Cristo”, según las exigencias

de su Evangelio; unidad que no es homogeneidad social (griegos y judíos, sabios, poderosos), sino la comunión con Cristo.

## 2.1 Eucaristía y comunión eclesial

No es casualidad que el término comunión se haya convertido en uno de los nombres específicos de este sublime sacramento. La eucaristía se manifiesta, pues, como culminación de todos los sacramentos, en cuanto lleva a perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo Unigénito, por obra del Espíritu Santo.<sup>52</sup>

Nuestra *koinonía* cristológico-eclesial, significada y profundizada en la eucaristía, aun siendo esencialmente don recibido, gracia, lo es precisamente como Espíritu vivificante, como principio dinámico de una *koinonía* operante, como respuesta de nuestra fe, actuante por la caridad. La Iglesia que recibe la eucaristía, celebrándola, que se beneficia del sacramento, es también Iglesia que en ese mismo signo-acción lo acepta y se compromete a vivirlo; que sume en la gracia la responsabilidad de ser cuerpo de Cristo, pan y carne para la vida del mundo.<sup>53</sup>

Todos los días se ha de tener conciencia de que este es el horizonte que nos indica la eucaristía: la comunión con Dios; pero mientras avanzamos, su fuerza se proyecta en nuestro quehacer: “La eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino.”<sup>54</sup>

Este sacramento es tan perfecto que nos lleva a la perfecta comunión con Dios, y Dios se une a nosotros. Es una comunión con Dios y con la Iglesia; pero para esto es necesario entrar en una experiencia de conversión continua, que no es otra cosa que adherir nuestra vida cada día con Cristo. “La conversión (*metanoia*) a la que cada ser humano está llamado,

---

<sup>52</sup> Juan Pablo II, *Carta encíclica “Ecclesia de eucharistia”*, 34.

<sup>53</sup> Cfr. De Roux, *La mesa del Señor I: Sagrada Escritura*, 146.

<sup>54</sup> *Ibíd.*, 19.

lleva a aceptar y hacer propia la nueva mentalidad propuesta por el Evangelio [...] es necesario que muera el hombre viejo y nazca el hombre nuevo.”<sup>55</sup> Además, es la respuesta a una vida de comunión. Así, podrá participar de manera plena en el sacrificio eucarístico.

La eucaristía, por ser la suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia, exige que se la celebre en un contexto de integridad de los vínculos de comunión, incluso los externos. El sacramento eucarístico no permite ficciones. Incluso cuando se celebra en una determinada comunidad, este don produce toda su eficacia a nivel universal, para expresar así la presencia de la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

El Concilio afirma que “la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo o instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”.<sup>56</sup>

La Iglesia es comunidad congregada por el poder del Espíritu Santo para ser purificada, santificada y salvada. A esta unión íntima estamos llamados todos en la Tierra. El carácter universal de la unidad es un don de Dios y esta unidad se construye cada día en Cristo, según la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La eucaristía es y será el centro de comunión con Dios y con los hermanos, y continúa siendo el centro vivo permanente en torno del cual se congrega toda la comunidad eclesial. Los diversos aspectos de este sacramento muestran su inagotable riqueza: es al mismo tiempo sacramento-sacrificio, sacramento-comunión, sacramento-presencia. Es además el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo.

Dios quiso santificar y salvar a los hombres, no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo, para que le conociera de verdad. Eligió a Israel como pueblo suyo e hizo una alianza con él, y lo fue educando poco a poco.

---

<sup>55</sup> Juan Pablo II, *Exhortación apostólica “Ecclesia in América”, la Iglesia en América, sobre el encuentro con Jesucristo vivo camino para la conversión, la comunión y la solidaridad*, No. 32.

<sup>56</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática Lumen gentium sobre la Iglesia*, 1.

En la fracción del pan eucarístico compartimos realmente el cuerpo del Señor, que nos eleva hasta la comunión con él y entre nosotros. Puesto que el pan es uno, aunque muchos, somos un solo cuerpo todos los que participamos de un mismo pan (1Co 12,27) y cada uno miembro del otro (Rm 12,5).<sup>57</sup>

Sin embargo, como todos los miembros del cuerpo humano, aun siendo varios, forman un solo cuerpo, así mismo lo hacen los fieles en Cristo (1Co 12,12). Cristo es la cabeza de este cuerpo. Todos los miembros tienen que transformarse en él hasta que Cristo se forme en ellos (cfr. Ga 4,19).

“El Sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo (1Co 10,17).”<sup>58</sup> Dios quiere esta unión en Jesucristo porque de él venimos, por él vivimos y hacia él caminamos.

Este sacramento nos ayuda a entrar en una experiencia permanente de comunión entre la fe y la vida, lo humano y lo divino, lo corporal y lo espiritual, la celebración y la misión, de tal manera que podemos afirmar: “La eucaristía crea comunión y educa a la comunión.”<sup>59</sup>

En este sentido, también la Iglesia invita a dar relevancia particular a la eucaristía dominical, pues en las parroquias es precisamente el día en el que el pueblo de Dios tiene hambre de este pan de vida; es el día en el que –desde diferentes rincones de la Tierra– se celebra el único sacrificio de Cristo:

Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística, el Día del Señor se convierte en el día de la Iglesia, que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad.<sup>60</sup>

Esta es la gran tarea de las parroquias: dar más fuerza al domingo, para que sea espacio creador de comunión, desde la verdad, con un mismo corazón.

---

<sup>57</sup> Ibid. No. 7.

<sup>58</sup> Ibid., No. 3.

<sup>59</sup> Juan Pablo II, *Carta encíclica “Ecclesia de eucharistia”*, 40.

<sup>60</sup> Juan Pablo II, *Carta apostólica “Novo millennio ineunte”*, No. 36.

En la segunda plegaria eucarística se formula la oración por la unidad de la Iglesia: “...que el Espíritu Santo congrege en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y de la sangre de Cristo.” El memorial de Cristo es la suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia. Ésta se revela en las comunidades cristianas y se renueva en el acto eucarístico que las une. Hay una unicidad e indivisibilidad del cuerpo eucarístico del Señor, la cual señala también que la Iglesia es una e indivisible.

## **2.2 La Iglesia vive de la eucaristía**

Tal es el núcleo fundamental de la Iglesia. La eucaristía siempre ha estado presente en el pueblo de la nueva alianza, y esta presencia le da vida y la alegría: “La sagrada eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia; es decir, Cristo mismo, nuestra pascua y pan de vida, que da vida a los hombres por medio del Espíritu Santo.”<sup>61</sup>

La Iglesia está íntimamente unida a la eucaristía. Una profunda comunión se manifiesta y la identifica con el sacrificio eucarístico, el cual contiene todo el bien espiritual de la Iglesia. Es Jesucristo, pan de vida, quien da vida a la humanidad peregrina reunida en el banquete pascual. No se puede entender la Iglesia sin la eucaristía, pues de ella recibe toda su fuerza: “Del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, está en el centro de la vida eclesial.”<sup>62</sup>

Cristo eucarístico es el alimento de la Iglesia. Ella vive continuamente del sacrificio redentor. Cristo ha entregado este sacrificio a su Iglesia, y por eso, no hay nada más precioso en la centralidad de la Iglesia que este misterio de fe y de luz, que inspira todos los momentos de su existencia.

---

<sup>61</sup> Concilio Vaticano II, Decreto “*Presbyterorum ordinis*”, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, No. 5, citado por Juan Pablo II, *Carta encíclica “Ecclesia de eucharistia”*, en la Introducción, No. 1.

<sup>62</sup> *Ibid.*, No. 5.



Mientras peregrina en la Tierra, la Iglesia cuenta con la eucaristía, de la cual “vive y se desarrolla”<sup>63</sup>; se podría afirmar que no sólo es misterio de luz y misterio de fe, sino también “misterio de vida”:

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado.<sup>64</sup>

De esta manera, Cristo continúa ofreciendo y dando la salvación, en todas las épocas de la historia, a la totalidad de hombres y mujeres de los diferentes lugares de la Tierra; y este dinamismo de vida salvífico sigue presente en la mesa por todos los siglos.

Por el sacramento eucarístico, Jesús incorpora a los fieles a su propia hora; de este modo, nos muestra la unión que ha querido establecer entre él y nosotros, entre su persona y la Iglesia.

### **2.3 El banquete fraternal, sacramento de comunión**

Cristo confió a su esposa amada: “La Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura.”<sup>65</sup>

En este banquete, en el que Cristo nos comunica su Espíritu, para ser verdadera comunidad, él se ofrece como verdadero alimento; esto es, no es un alimento metafórico : “Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.”(Jn 6,55)

La muerte de Cristo se hace banquete para nosotros, y Cristo se hace alimento; en cuanto la conversión eucarística se realiza en el plano de la relación, en el contexto de banquete

---

<sup>63</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática “Lumen gentium” sobre la Iglesia*, No. 26.

<sup>64</sup> Juan Pablo II, *Carta encíclica “Ecclesia de eucharistia”*, No. 12.

<sup>65</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución conciliar “Sacrosanctum Concilium” sobre la sagrada liturgia*, No. 47.

sacramental, el “para nosotros” es asumido por Cristo para expresar su nueva relación salvífica con nosotros, establecida definitivamente en su vida y en su muerte.<sup>66</sup>

La eucaristía es presentada como banquete de unidad y cena de comunión, en la que viene a ponerse de relieve el sentido eclesiológico. Al ser la eucaristía el anuncio de la muerte y resurrección de Cristo, este carácter de su glorificación la manifiesta como banquete del Reino. Se resalta nuestra participación en la resurrección de Cristo. La reflexión teológica viene a centrarse ante todo en la eucaristía-glorificación de la Trinidad, revelación del misterio de la parusía y camino hacia la vida divina. Si en la eucaristía-Cristo se nos presenta bajo la forma de alimento, es don que se da a los hombres, don que nos incorpora a él y don que nutre.<sup>67</sup>

El banquete no tiene como objetivo primordial el sustento o la alimentación del hombre, sino la comensalidad, comer y beber humanamente, es decir, conjuntamente. El acto de nutrirse sólo es verdaderamente humano cuando se inserta en una acción simbólica, que es el convite fraternal o el banquete-comunión. La comida se humaniza cuando el hombre es capaz de compartir su mesa y su alimento con los demás.

El símbolo eucarístico tiene que ser uno de comunión, más que de mera alimentación o nutrición. Por ello, no podrá ser símbolo individualista sino eclesial. El sacramento no radica exclusivamente en el pan y el vino aislados, en sí mismos, sino en el pan y el vino en cuanto asumidos y utilizados por una comunidad que se sirve de ellos como dones y vehículo de interrelación, de comunión de santos.

La eucaristía es la mesa del Señor, la cena del Señor, el pan repartido, la fracción del pan; se celebra como presencia y como sacrificio, bajo la forma de un banquete: “Tomad y comed.” Porque la pascua de Jesús, de la que es sacramento, es un misterio de comunión. La eucaristía es una comunión. Jesús había llamado a doce hombres “para que estuvieran

---

<sup>66</sup> Martínez, *Sentido social de la eucaristía, I: El pan hecho justicia*, 61-62.

<sup>67</sup> *Ibid.*, 66.

con él” (Mc 3,14). Hacía con ellos sus comidas. En la mentalidad de aquella época, toda comida que se hacía en común era un gesto humano solemne, un rito creador de fraternidad. Cuando el padre de familia judío bendecía el pan, lo partía, lo distribuía, se celebraba una comunión: mediante aquel pan cargado de bendición y compartido, los comensales se sentían ligados en una comunión de vida, con Dios y entre ellos.

Jesús abrió el Reino a los excluidos de la comunidad religiosa judía, y anunció una era mesiánica tal como la conocemos nosotros por la eucaristía: un banquete por la salvación de los pecadores (Mt 26,28). Jesús fue el primer convidado de la mesa del Reino. El banquete se inauguró ya en su vida terrena, y el Reino, que es un banquete, se establece en torno de Jesús. Al hablar de Reino como de un banquete del que Cristo es el primer comensal, se utiliza un lenguaje metafórico, ya que la llegada del Reino es el misterio personal de Jesús:

Los hombres se sientan a la mesa del festín cuando entran en comunión con la pascua de Jesús [...] en donde el cuerpo de Cristo es totalmente relacional, ofrecido en alimento vivificante (1Co 15,45). La presencia de Cristo es comunal, es el banquete de la Iglesia. El mismo Cristo es la sala festín: “Los hace poner a la mesa y, yendo de uno a otro, les sirve” (Lc 12,37), alimentándolos de su sustancia. Ese día ellos están en él y él en ellos (Jn 14,20).<sup>68</sup>

La eucaristía es la presencia del sacrificio pascual en su actualidad; la Iglesia se une con su Señor en el acontecimiento salvífico, participando de su muerte (Rm 6,3) y de su resurrección (Col 2,12); comulga del sacrificio celebrándolo junto con Cristo.

Los cristianos llaman a la eucaristía “la mesa del Kyrios”, de aquel que es Señor de la historia. La eucaristía es el sacramento de la venida prometida: “Me voy y vuelvo a vosotros” (Jn 14,18.28). En la eucaristía quedan “escatologizados” el pan y el vino, las palabras que se pronuncian, el banquete y la comunidad entera. Ésta también queda “escatologizada” al convertirse en el cuerpo de Cristo.<sup>69</sup>

---

<sup>68</sup> Durrwell, *La eucaristía, sacramento pascual*, 66.

<sup>69</sup> Cfr. *ibid.*, 67-68.

## 2.4 La eucaristía edifica la Iglesia

El Concilio Vaticano II ha recordado que la celebración eucarística es el centro del proceso de crecimiento de la Iglesia. ¿Cómo crece? “Cuántas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra pascua, fue inmolado (1Co 5,7), se realiza la obra de nuestra redención.”<sup>70</sup>

Los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena fundaron la nueva comunidad, el pueblo de la nueva alianza.

Los Apóstoles, aceptando la invitación de Jesús en el cenáculo –“Tomad, comed [...] Bebed de ella todos...” (Mt 26,26.27)– entraron por vez primera en comunión sacramental con él. Desde aquel momento, y hasta al final de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros.<sup>71</sup>

Al unirse a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el pueblo de la nueva alianza se convierte en “sacramento” para la humanidad, y la Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión de la eucaristía, pues ella es fuente y cumbre de toda evangelización cuyo objetivo sea la comunión de todos los hombres con Cristo, y en él, con el Padre y con el Espíritu Santo.

La comunión es fundamentalmente comunión de personas en la Iglesia. La comunidad eclesial es fruto y consecuencia del misterio eucarístico, porque el cuerpo y la sangre del Señor son la fuente de donde dimana la Iglesia como cuerpo de Cristo. La comunidad eclesial es la matriz de donde brotan los sacramentos.

La relación entre eucaristía e Iglesia es tan profunda e íntima, que ni la eucaristía podría existir sin la Iglesia, ni puede haber Iglesia sin eucaristía.

---

<sup>70</sup> Ibid., 21.

<sup>71</sup> Juan Pablo II, *Carta encíclica “Ecclesia de eucharistia”*, No. 21.

A partir de la encarnación, el “cuerpo de Cristo” es el lugar fundamental donde acontece la salvación, la revelación y la presencia. Cristo y su cuerpo, que es la Iglesia, constituyen la realidad y el contenido más profundo de la eucaristía.

Por eso, la eucaristía es el “sacramento de la unión y el vínculo de la caridad”, en expresión de Agustín, o de la comunión y la mutua relación entre Cristo y la Iglesia. La comunión, pues, no es inicialmente ni únicamente de Cristo con la persona o el fiel individualmente considerados, sino que es primero comunión de Cristo con su Iglesia, a la que vivifica y revitaliza sin cesar en el banquete eucarístico, y sólo en este marco es también comunión con el fiel individual: en la medida en que éste se hace miembro de Cristo al incorporarse a su cuerpo eclesial. Sólo entonces realmente cada uno de nosotros podemos participar del cuerpo y de la sangre del Señor.

La comunión tiene que ser primeramente comunión eclesial, para que pueda ser comunión sacramental eucarística. Además, se puede afirmar que la eucaristía es generadora de Iglesia, que brota y nace cada día del misterio eucarístico como fuente de comunión y de comunidad.<sup>72</sup>

En medio de la diversidad y de la pluralidad de dones que el Señor concede a la Iglesia y a cada uno de sus miembros, con esta gracia Dios edifica su comunidad.

Al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la víctima divina y así mismos con ella. De este modo, tanto por el ofrecimiento como por la sagrada comunión, todos realizan su función propia en la acción litúrgica, pero no todos de la misma manera, sino cada uno en la forma que le es propia. Alimentados en la sagrada eucaristía con el cuerpo de Cristo, muestran de manera concreta la unidad del pueblo de Dios, que este santísimo sacramento significa tan perfectamente.<sup>73</sup>

En la Iglesia, todos los ministerios están ordenados al bien del cuerpo; tanto los obispos como los presbíteros y diáconos recibieron el ministerio de la comunidad unidos al Sucesor de Pedro, principio de la unidad y para el bien de los fieles. Los párrocos, en particular, que tienen la tarea de pastorear, son los animadores de la comunidad eucarística.

---

<sup>72</sup> Gesteira Garza, *La eucaristía, misterio de comunión*, 258-266.

<sup>73</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática “Lumen gentium” sobre la Iglesia*, No. 11.

Su verdadera función sagrada la ejercen sobre todo en el culto o en la *comunidad eucarística*. En ella actuando en la persona de Cristo y proclamando su misterio, unen la ofrenda de los fieles al sacrificio de su cabeza; actualizan y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor (1Co 11,26), el único sacrificio de la nueva alianza: el de Cristo, que se ofrece al padre de una vez para siempre como hostia inmaculada (cfr. Hb 9,11-28).<sup>74</sup>

Las celebraciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es “*sacramento de unidad*”<sup>75</sup>, esto es, pueblo santo, congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos.

El obispo no puede presidir personalmente a toda la grey en su Iglesia, siempre y en toda parte. Por eso, necesariamente debe constituir comunidades de fieles, entre las que se destacan las parroquias, distribuidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo. Estas en cierto modo, representan a la Iglesia visible establecida por todo el mundo.<sup>76</sup>

Aquí está la clave para interpretar la parroquia en representación de la iglesia particular, y no de manera aislada, caso en el que la parroquia se convertiría en una secta o en una congregación cualquiera. El obispo es quien la constituye, y sólo puede existir sujeta a su autoridad y bajo la comunión con él. Por tanto, lo espiritual, lo pastoral, lo social, lo eclesial –entre otros elementos– se realizan bajo la coordinación y presidencia del obispo. Con este indicador se debe entender que la parroquia representa a la diócesis en un lugar determinado.

## **2.5 “Apostolicidad” de la eucaristía y de la Iglesia**

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, al explicar cómo ésta es apostólica, se refiere a un triple sentido. En primer lugar, la Iglesia “fue y permanece edificada sobre ‘el fundamento de los Apóstoles’ (Ef 2,20), testigos llamados, escogidos y enviados en misión por el propio

---

<sup>74</sup> Ibid., No. 28.

<sup>75</sup> Ibid., No. 26.

<sup>76</sup> Ibid., No. 42.

Cristo”.<sup>77</sup> También los apóstoles están en el fundamento de la eucaristía, porque el sacramento ha sido confiado a ellos por Jesús y transmitido por ellos y sus sucesores, hasta nosotros.

El segundo sentido de lo apostólico consiste en que “guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en ella, la enseñanza, el buen depósito las sanas palabras oídas a los apóstoles”.<sup>78</sup> En este sentido, la eucaristía es apostólica, porque se celebra en conformidad con la fe de los apóstoles.

El tercer lugar, la Iglesia es apostólica en el sentido que se señala a continuación:

Sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los Apóstoles hasta la vuelta de Cristo gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: el colegio de los obispos, a los que asisten los presbíteros, juntamente con el Sucesor de Pedro y sumo pastor de la Iglesia.<sup>79</sup>

Eucaristía expresa este sentido, como enseña el Concilio Vaticano II:

El sacerdocio ministerial, por el poder sagrado de que goza, configura y dirige el pueblo sacerdotal, realiza como representante de Cristo el sacrificio de Cristo y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo. Los fieles, en cambio, participan en la celebración de la eucaristía en virtud de su sacerdocio real.<sup>80</sup>

El sacerdote celebra el sacrificio de Cristo en la persona de Cristo, en identificación sacramental con él, quien es autor y sujeto de su propio sacrificio. Este ministerio sacerdotal es un don que supera la potestad de la asamblea y es insustituible para unir válidamente la consagración eucarística al sacrificio de la cruz y a la Última Cena: “La

---

<sup>77</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, No. 857, citado por Juan Pablo II, *Carta encíclica “Ecclesia de eucharistia”*, No. 27.

<sup>78</sup> *Ibid.*

<sup>79</sup> *Ibid.*

<sup>80</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática “Lumen gentium” sobre la Iglesia*, No. 10.

asamblea que se reúne para celebrar la eucaristía necesita absolutamente, para que sea realmente *asamblea eucarística*, un sacerdote ordenado que la presida.”<sup>81</sup>

Eucaristía y sacerdocio siempre estarán en relación profunda. No podrán separarse, pues están entrelazadas por su misma naturaleza y por gracia de Dios, don que redundan en beneficio de todos. Los dos sacramentos nacieron en el mismo momento, para construir la comunidad, la eucaristía: “Es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la eucaristía y a la vez que ella.”<sup>82</sup>

No es posible pretender construir una comunidad eucarística según la voluntad de Dios, sin un proceso de iniciación cristiana y sin una experiencia genuina de la eucaristía: “No se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada eucaristía.”<sup>83</sup>

De ahí que la caridad pastoral propia del párroco que preside la comunidad parroquial deba estar animada por el sacrificio eucarístico, de donde brota toda la fuerza para la vida pastoral de la parroquia y para que los fieles siempre tengan “hambre” de la eucaristía.

## **2.6 La eucaristía y la Iglesia particular**

La *Ekklesia* seguirá destinando a los destinatarios de las cartas (Rm 16,1). Ello se refiere fundamentalmente a la asamblea reunida para la eucaristía, tanto en el ámbito doméstico como en el de la ciudad. En este sentido, se puede decir que la Iglesia local se nos presenta antes que la Iglesia universal. No obstante, se deja entrever que la realidad eclesial no es una magnitud que se agite en cada iglesia, sino una magnitud mayor que se expresa en ella

---

<sup>81</sup> Juan Pablo II, *Carta encíclica “Ecclesia de eucharistia”*, No. 29.

<sup>82</sup> Juan Pablo II, “Carta apostólica *Dominicae cena*, sobre el misterio y el culto de la eucaristía”, No. 2.

<sup>83</sup> Concilio Vaticano II, Concilio, “Decreto *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros”, No. 6.



(1Co 6,4; 10,32; 11,22; 2Co 1,1); por ello, el término se aplicará al conjunto global de los cristianos, más allá de las diferencias del lugar (Ga 1,13; Ef 1,22).

La salvación de Dios se hace experiencia en lo concreto de la existencia humana y en todas las dimensiones de su ser. El hombre es alcanzado por la gracia como ser social, inserto en una cultura y radicado en un lugar.

Los elementos constitutivos de la Iglesia particular son los siguientes:

1. Un grupo humano, que da carne a la realidad eclesial en cuanto incorpora la particularidad sociocultural<sup>84</sup> y protagoniza el proceso intersubjetivo mediante el cual la fe es comunicada, recibida y compartida.
2. El Espíritu Santo, en cuanto sujeto de la iniciativa de Dios que se va abriendo un espacio humano para edificar su templo en medio de los hombres: él actualiza el memorial del Señor y la fuerza del kerygma, reparte los carismas, sella el ministerio del obispo y configura la unidad del nosotros eclesial;
3. El kerigma, que convoca e invita a la conversión, y que por ello congrega a los hombres en torno de un acontecimiento que es relatado y celebrado.
4. La eucaristía, realización máxima de la *ekklesía*, porque en ella se actualiza el misterio pascual como evento escatológico que anticipa la reconciliación y la superación de las divisiones humanas. En la celebración eucarística se conjuga la acción divina y la intervención humana; y esta última se realiza de modo comunitario, porque la eucaristía nunca es un acto individual, sino *communicatio*, comer juntos, en el cual todos se insertan, actúan y participan.

---

<sup>84</sup> Concilio Vaticano II, “Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia”, No. 22.

5. El obispo, que preside la eucaristía expresa plenamente su identidad; aparece como el que garantiza la apostolicidad de la fe celebrada, la apertura a otras iglesias y la unidad en el seno de la propia comunidad.<sup>85</sup>

---

<sup>85</sup> Bueno de la Fuente, *Eclesiología*, 97-99.

### **Capítulo 3**

## **LA ÚLTIMA CENA, BANQUETE DE COMUNIÓN**

Jesús habría utilizado la categoría de banquete sacrificial judío para expresar el sentido sacrificial de la Última Cena, consecuencia de un sacrificio de alianza o de comunión. Es el sacrificio de Jesús como servicio a los hombres –a la vez que como culto y obediencia rendida al Padre– lo que se plasma en el banquete de la cena. Porque el sacrificio de Jesús radica en la donación total de su persona.

En el Nuevo Testamento, las dos características más relevantes que se dan a la eucaristía son “fracción del pan” y “comida del Señor”. A continuación, intentaremos determinar cada una de ellas, y además veremos un análisis de la Última Cena y del banquete celestial: el pan, la copa y la memoria bajo la influencia de las palabras de Jesús.

### **3.1 La comida del Señor**

La eucaristía no sólo presupone el hecho de la reunión, sino la unión de la comunidad inseparable de la exigencia de una fraternidad vivida compartiendo los bienes. Los fieles de todas las condiciones sociales se reúnen para una comida fraterna, que no se reduce a un encuentro de hermanos en la fe sino que se caracteriza por el rito eucarístico: “Esa copa de la bendición que bendecimos, ¿no significa comunión en la sangre de Cristo? Ese pan que partimos, ¿no significa comunión en el cuerpo de Cristo?”(1 Co 10,16).

La comida del Señor es un acto de toda la comunidad. Las reuniones de las comunidades creyentes se hacían en torno de una comida. La comida comunitaria de los corintios tenía ya valor por sí misma: su finalidad era hacer vivir juntos y reforzar así la identidad y la cohesión colectivas. Se trata del pan y de la copa del Señor (1Co 11,27). Es el señor Jesús quien realmente invita; de ahí el nombre que da Pablo a toda la comida. Dice que si no se respeta la fraternidad, no puede tratarse la comida del Señor:

En consecuencia, cuando tenéis una reunión os resulta imposible comer la cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comerse su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho. ¿Será que no tenéis casas para comer y beber? O ¿es que tenéis en poco a la asamblea de Dios y queréis abochornar a los que no tienen? [...]. Y de hecho, cada vez que coméis de ese pan y bebéis de esa copa, proclamáis la muerte del Señor, hasta que él vuelva.

Por consiguiente, el que come del pan o bebe de la copa del Señor sin darles su valor tendrá que responder del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese cada uno a sí mismo antes de comer el pan y beber de la copa, porque el que come y bebe sin apreciar el cuerpo, se come y bebe su propia sentencia (1Co 11, 22-22.26-29).

La asamblea eucarística es otra dimensión que destaca Pablo. La comunidad que celebra en Jesús al salvador se reúne en espera de su vuelta. Entre el pasado de la cruz y el futuro de la venida del Señor tiene lugar el presente culto. Por el alimento que reciben en la mesa del Señor, los creyentes permanecen en unión con aquel que vive por los siglos.<sup>86</sup>

La comida del Señor, que indica ante todo la reunión comunitaria, significa que esa reunión es obra suya, y apunta por tanto a la presencia del propio Dios en el curso de la comida. La eucaristía une íntimamente el culto y existencia.

La comida fraterna evoca el banquete escatológico que debe hacer que todos los hombres se regocijen en una existencia común perfecta. Hablar de eucaristía es hablar de compartir, de manera que ya no hay “mío” o “tuyo”, sino una comunidad perfecta: “Por el alimento, esta comida une con el universo; por la asamblea, une con los demás hombres; por su propia naturaleza, une en Jesucristo con Dios mismo y con su proyecto.”<sup>87</sup>

Compartir una comida no es tan sólo comer juntos un mismo alimento, que procura una misma vida; sirve para expresar comunión de vida. Implica también la comensalidad, porque la primera función de la comida comunitaria es unir a las personas. Si nuestras

---

<sup>86</sup> Leon-Dufour, *La fracción del pan: Culto y existencia en el Nuevo Testamento*, 31-38.

<sup>87</sup> *Ibid.*, 60.

comidas son ambiguas e imperfectas es porque no pueden reunir en la misma mesa a los hombres de todos los tiempos y de todos los países.

La comensalidad con el Resucitado, tal como se presenta en el Nuevo Testamento, no explica, sino presupone en la comunidad la existencia de comidas fraternales, que todo induce a llamar eucarísticas.

### **3.2 La fracción del pan**

En Hechos de los Apóstoles se menciona varias veces una actividad que caracterizó a la comunidad cristiana desde la era apostólica: la fracción del pan (Hch 2,42), con el verbo “partir el pan”. Sólo se precisa que la acción tenía lugar “en las casas” (Hch 2,46). El contexto indica además que la fracción del pan suponía la reunión de la comunidad y que era una práctica frecuente.

La acción de partir el pan era, entre los judíos, el elemento central de un rito doméstico cuya función era inaugurar la comida familiar. Al compartir los trozos, quedaba constituida efectivamente la comunidad de mesa: los comensales formaban ya una sola cosa, y Dios, el donante, se consideraba presente.

La expresión “fracción del pan” subraya el aspecto de compartir en la unidad que caracteriza a la celebración cristiana, máxime cuando la vida cotidiana de la comunidad reflejaba, según Lucas, esa unidad y ese compartir. Continuando el pensamiento heredado de los judíos, los cristianos vieron sin duda en la fracción del pan el símbolo de la unidad que Cristo buscaba al reunir a los fieles.<sup>88</sup>

Es significativo que los primeros cristianos, tal vez al acordarse de que sus antepasados celebraban la cena pascual en la intimidad familiar, no sintieron la necesidad de destinar un lugar reservado exclusivamente para su vida cultural. El velo del templo se desgarró al morir Jesús: en adelante, Dios pudo estar presente y manifestarse en todo lugar.

---

<sup>88</sup>Ibid., 39.

Así, su vida eclesial se organizó en medio de lo cotidiano y se apoyó en realidades y expresiones muy concretas: “Eran constantes en escuchar la enseñanza (*didache*) de los apóstoles y en la comunión fraterna (*koinonía*), en el partir el pan y en las oraciones.” (Hch 2,42)

Se agrupan de dos en dos las actividades que caracterizaron a la comunidad primitiva: la enseñanza de los apóstoles y la comunión fraterna se refieren a las relaciones internas de la joven Iglesia; la fracción del pan y las oraciones aluden a su lazo inmediato con el Señor.

La relación con el Señor se manifiesta de dos modos. La fracción del pan, que implica la bendición divina, pone en relación con Jesús de Nazaret y renueva la unidad de la asamblea con su Salvador.

Esta actividad litúrgica se inscribe en un contexto de oraciones, especialmente por medio de la recitación de salmos, las confesiones de fe y los himnos cristianos, de los que tenemos muestras de fe en las cartas paulinas y en el Padrenuestro. Unidas a la fracción del pan y a las oraciones, muestran una comunidad que vive con Jesús su fe nueva.

Los cristianos se unen a Cristo no sólo por medio de la acción litúrgica, sino también por el contacto asiduo con los apóstoles, testigos autorizados de Jesús, y por la preocupación de vivir fraternalmente.

Con su proclamación de Cristo, Pedro y los demás apóstoles invitaron a creer en el Enviado de Dios. Al comunicar su experiencia de fe, formaron el lado de unión de la comunidad con Jesús de Nazaret. La Palabra de Jesucristo siguió transmitiéndose y garantizó la existencia de una comunidad que vive por Cristo muerto y resucitado.

Lucas unió la *koinonía* a la *didaché* como característica de la comunidad naciente. La comunión hace referencia a la unión mutua de todos los miembros de la comunidad en una misma fe y en una misma salvación, unión que desemboca en compartir de bienes. Lo

confirma la mención de la unanimidad: “En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo.” (Hch 4,32)

En otros textos se enfatiza esta comunión: “Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y repartían el recio entre todos según la necesidad de cada uno” (Hch 2,44-45). “Lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía” (Hch 4,32). Lucas habla explícitamente de lo que pertenece a cada uno, pero recalca que ya no es posible declararlo propio: todo se pone a disposición de todos. La armonía consistía en una comunión de fe, que se traducía en poner los bienes a disposición de todos.

La fracción del pan es la esencia y el secreto del servicio fraterno. La comunidad vive su vida nueva con su Señor, gracias al don que éste ha hecho de sí mismo. “El rito es inseparable de la exigencia del servicio mutuo en la justicia y el amor.”<sup>89</sup> La fracción del pan significa también compartir ese pan, y apunta así a la dimensión social de la eucaristía.

Compartir el pan responde a la situación del cristiano. Expresa además lo que el Resucitado espera de sus discípulos. La fracción del pan corresponde a la iniciativa del Resucitado; él hace adoptar la disposición auténtica de toda criatura: la de ser dialogal, como es todo hombre por naturaleza, en dependencia del Dios vivo y en unidad con todo el género humano.

### **3.3 “Porque el pan es uno, muchos somos un solo cuerpo” (1Co 10,17)**

Es Lucas quien de forma especial alude al cáliz de la nueva alianza, es decir, de la nueva comunión eclesial, en cuyo contexto se sitúa la presencia del cuerpo y la sangre del Señor, así como el ejemplo de su entrega y diaconía (Lc 22,26-28), en el que el propio Jesús –que preside la Última Cena– se pone como modelo a los jefes de las comunidades ya constituidas.

---

<sup>89</sup> Ibid., 48.

No en vano es Lucas quien más insiste en las comidas comunitarias de Jesús en su existencia terrena, en los convites festivos de los discípulos con el Resucitado y en la importancia de la fracción del pan en la vida y en la Iglesia naciente.

Pablo también resalta la íntima vinculación entre el cuerpo eclesial y el cuerpo eucarístico de Cristo (1Co 10,16-17 y 11,27-29); y además de afirmar la presencia de los dones, en el v. 17, presenta una concepción del cuerpo de Cristo entendido no sólo como algo en lo que participamos, sino como algo que nosotros mismos somos; y esto significa que la participación en el cuerpo de Cristo nos hace también cuerpo de Cristo.<sup>90</sup>

### **3.4 La Última Cena de Jesús**

Los diferentes elementos, situaciones, personajes, acciones y palabras que se desarrollan en el relato de la Última Cena se pueden organizar en tres ejes fundamentales, como indica Víctor Martínez<sup>91</sup>: unidad de Jesús con la creación y con Dios, unidad de Jesús con sus discípulos y unidad del presente con el pasado y con el futuro.

#### **3.4.1 Unidad de Jesús con la creación y con Dios**

Un eje vertical que indica la unidad de Jesús, por una parte, con la creación (pan-copa), y por otra, con Dios (bendición). El pan es la presencia constante de Dios, evoca la providencia de Dios por su pueblo elegido.

El pan está destinado a ser compartido, sobre todo, con el necesitado; tal es el gesto primordial del hombre justo. Un comensal de Jesús, para expresar la dicha que se experimentaría al participar en el banquete celestial, exclama: “¡Dichoso el que coma en el banquete del Reino de Dios!” (Lc 14,15)

---

<sup>90</sup> Gesteira, Garza, *La eucaristía, misterio de comunión*, 229-234.

<sup>91</sup> Martínez, *Sentido social de la eucaristía, II: La justicia hecha pan*, 30-33.



El vino es plenitud de vida. Simboliza la fiesta, la alegría, la amistad, la fraternidad. El vino es llamado fruto de la vid. Al tomar en sus manos el pan y la copa, Jesús entra en relación con el alimento cotidiano y festivo a la vez. Asume la creación como fuente de vida y de comunión entre los hombres.

### **3.4.2 Unidad de Jesús con sus discípulos**

Cuando Jesús actúa o habla, lo hace siempre en función de los comensales, destinatarios de sus gestos y palabras. El relato se caracteriza por un movimiento de tipo dialogal, y toda la comida tiene un carácter relacional. La acción, en su conjunto, está orientada a los discípulos. Se los manda a tomar (Marcos, Mateo) o se declara que *mi cuerpo es dado y mi sangre derramada por vosotros* (Lucas, Pablo), expresiones en las que se encuentran inseparablemente unidos el *yo* y el *vosotros*. Jesús está movido por un profundo deseo hacer de este grupo “su comunidad”.

Puede considerarse el cuerpo como lo que da unidad a la diversidad de los miembros que lo componen (1Co 12). Los discípulos, al apropiarse, bajo la forma de pan, del cuerpo que se entrega, son unificados en este cuerpo de pan, entran en comunión de vida con Jesús.

Jesús vendría a decir: “Hasta ahora yo estaba presente entre ustedes, en el espacio, y la comunidad se congrega en torno de mí. Ahora, por medio de ustedes, unidos a mí, al darles este pan, como en adelante estaré en relación con todos y me manifestaré al mundo.” El cuerpo de Cristo será entonces la comunidad nueva.

La sangre derramada indica el carácter violento de la muerte, su alianza; se trata de la alianza que Dios ha propuesto desde siempre a Israel. Jesús quiere establecer con sus discípulos una relación nueva y duradera. Su vida entregada y su muerte tienen un carácter de acontecimiento, pero los discípulos son invitados a entrar en un contacto personal cuando hagan “memoria”.

El pan y la copa adquieren un nuevo significado y pasan a simbolizar el don que Jesús hace de sí mismo, de manera que al recibirlos los discípulos se apropian de su fruto: por Jesús, su existencia queda reconciliada con Dios Padre de manera definitiva.

La comida futura de la comunidad no tiene por finalidad hacer asistir a los fieles a la muerte salvífica de Cristo, sino celebrar su vida nueva con Dios en cuanto comunicada a sus discípulos. Jesús va a mantener viva a la comunidad; además, él y los discípulos van a convertirse misteriosamente en uno. El cuerpo y la sangre expresan bíblicamente la comunión de las personas.<sup>92</sup>

### **3.4.3 Unidad del presente con el pasado y con el futuro**

El eje temporal une el presente del relato y el pasado de Jesús con el futuro: la muerte cercana, la comunidad operante de los discípulos y el banquete final.

Todo el pasado de Israel, marcado por la intervención de Dios y por los fracasos y las pruebas de unos hombres de dura cerviz, desemboca en el presente del relato. La presencia real de Jesús, mediante la memoria que hagan de él los discípulos, esclarecerá desde dentro la noche de la pasión que perdura a través de los siglos, en el sufrimiento incontable de los hombres y en la muerte de estos.

En conclusión, la mirada y la Palabra de Jesús llegan hasta el infinito del tiempo. Esta comunidad nueva que acaba de fundar, y que será inseparable de él, deberá repetir sus mismos gestos y palabras. Así, el presente vivido en esta comida está cargado de futuro.

La transformación eucarística tiene dos características y se deja sentir en el orden de lo sensible: (1) Una existencia de caridad y servicio, hasta el don de sí mismo, y (2) la

---

<sup>92</sup> Ibid.

universalidad. La palabra eucarística concierne a todos los creyentes de todos los tiempos, y exige fe. La comida de Jesús está orientada a la comunión perfecta de los comensales.<sup>93</sup>

### **3.5 Cena y banquete celestial**

El texto de la institución de la eucaristía tiene algunas particularidades notables, sobre todo, la de situar el acontecimiento en relación con la escatología.

Las acciones de Jesús no terminan en el pan y en la copa: implican, por parte de los destinatarios, una verdadera recepción, sin la cual no existirían. El evangelista Marcos reitera la observación “les dio” (14,22.23), y en los dos casos la acompaña con una mención de la actividad de los comensales.

Lo esencial de la escena no es la transformación del pan y la copa, ni el significado que se les atribuye, sino la fundación de una comunidad unida a Jesús. La situación dialogal permite captar mejor el sentido de las palabras eucarísticas: la comunidad nueva que ha sido fundada por Jesús y vive de su don.

La sangre que se derrama es la de la alianza, y designa la fidelidad perfecta de Jesús: fiel hasta el derramamiento de la sangre, él sella, en primer lugar, para sí mismo, la alianza definitiva con Dios; y por el hecho de cumplir así la profecía del siervo, esta alianza vale “para la multitud”. Jesús abre para los Doce y para todos los hombres la comunión con Dios que él mismo ha vivido hasta el don supremo de sí.

El cuerpo, para la mentalidad semítica, no significa propiamente el organismo físico, sino la persona en cuanto capaz de expresarse en relación con otro y con el mundo.

Jesús estará presente, ya no por su cuerpo de carne, sino en tanto sus discípulos –reunidos en su nombre– reciben el pan que continúa dándoles de parte de Dios. A través de la

---

<sup>93</sup> Ibid.

comida eucarística, llega hasta sus discípulos y estará presente entre ellos a lo largo de los siglos.

Tal deducción llevaría a un punto de vista paulino: por su participación en la eucaristía, la comunidad es en definitiva el cuerpo de Cristo, el cuerpo del Resucitado. Jesús da su vida no sólo por obediencia a Dios, sino también por la fidelidad a la auténtica tradición de su pueblo. Con ello, inaugura un orden nuevo de cosas, el del amor, que supera el plano del rito y de la Ley. Los creyentes, al repetir su gesto y recibir así la vida según el Espíritu, deberán a su vez impugnar el orden que les lleva siempre a correr el peligro de anquilosar el dinamismo inagotable del amor de Dios, que hace nuevas todas las cosas.<sup>94</sup>

### **3.6 El pan, la copa y la memoria bajo la influencia de las palabras de Jesús**

#### **3.6.1 “Esto es mi cuerpo”**

Hemos de situar las palabras sobre el pan (Mc 14,22; Mt 26,26; Lc 22,19; 1Co 11,23-24) en todo el contexto: ellas aparecen en paralelismo con las de la copa, están íntimamente unidas a los gestos (bendición, fracción del pan, distribución), siempre en referencia a los comensales. Este pan se da a los discípulos expresando la relación que establece Jesús, presidente de la comida, con sus invitados.

En el mundo bíblico, el término “cuerpo” designa a la persona en cuanto es capaz de expresarse y manifestarse. La yuxtaposición pan-cuerpo tiene varios elementos:

- En primer lugar, las palabras y acciones de Jesús sobre el pan y sobre la copa responden a un comportamiento análogo al de los profetas: realizan sus anuncios por medio de acciones que producen lo que significan, es decir, sus acciones son eficaces.

---

<sup>94</sup> Leon-Dufour, *La fracción del pan: Culto y existencia en el Nuevo Testamento*, 249-253.

- En segundo lugar, Jesús va más allá de las habituales profecías bíblicas, al invitar a recibir ese pan y por tanto a ser actores en la realización del signo a los comensales. Las palabras “tomad” o “por vosotros” son explícitas en expresar no sólo un nuevo estado del pan, que los discípulos han de admitir, sino en la invitación que les hace a tomar y a recibir.
- En tercer lugar, el pan que continua siendo alimento terreno dado por Dios es, además, alimento de otro orden, en cuanto es llamado cuerpo de Jesús.<sup>95</sup>

### **3.6.2 Las palabras sobre la copa**

En las palabras sobre la copa, se recapitula el sentido y el alcance de la existencia de Jesús de Nazaret. Jesús sitúa, en este último momento con los suyos, el presente y el futuro, dentro del proyecto de amor de Dios: al final de su vida proclama que “la alianza” con Dios queda establecida de manera definitiva. Es necesario “derramar la sangre”, perder la vida, para asegurarla definitivamente.

Igual que las palabras sobre el pan, las palabras sobre la copa están en un contexto dialogal, dirigidas a sus discípulos; Jesús los invita a ser partícipes, personalmente, de su acción, y a recibir sus efectos.

La copa no puede partirse, es la misma copa, que sigue siendo una mientras es distribuida y de ella beben los comensales; simboliza la unidad final entre Dios y los hombres. La copa es copa de comunión con Jesús y entre los discípulos.<sup>96</sup>

### **3.6.3 La sangre**

En cuanto a la “sangre”, ella pertenece sólo a Dios al ser considerada “el alma de la vida”. En las palabras de Jesús sobre la copa, se trata de su sangre. La alianza nueva se realizará

---

<sup>95</sup> Martínez, *Sentido social de la eucaristía, II: La justicia hecha pan*, 59-60.

<sup>96</sup> *Ibid.*, 61-62.

con el acontecimiento de su muerte en la cruz. “Esta es mi sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados” (Mt 26,28). En la sangre derramada por Jesús queda establecida la alianza con Dios.

La sangre no es rociada sobre unos sujetos que la reciben pasivamente; la copa debe ser bebida según el mandato de Jesús; ella exige la cooperación activa de los discípulos. La tradición marcana se ha inspirado en Isaías, al precisar que la sangre se derrama “por la multitud”, es decir, por todos los hombres. Igualmente, Mateo, al agregar “para el perdón de los pecados”, se ciñe a Isaías, para quien la alianza supone el perdón de los pecados.

La tradición antioquena orienta directamente hacia la alianza, una alianza llamada “nueva” según la expresión de Jeremías (Jr 31,31-34).<sup>97</sup>

#### **3.6.4 “Haced esto en memoria mía”**

El “haced esto en memoria mía” (Lc 22, 19; 1Co 11,24.25) tiene la siguiente lectura: el “hacer” está caracterizando en el contexto una acción cultural; el “esto” se refiere exactamente a los hechos y palabras sobre el pan y sobre la copa.

La expresión “en memoria mía” puede tener su origen en el mandamiento de la anamnesis pascual (Ex 12,14), con el cual no sólo se establece una relación a nivel de los términos “hacer memoria”, sino con toda la estructura subyacente a los dos relatos. Sin embargo, aunque el relato de la Cena y el del éxodo presentan la misma estructura, difieren radicalmente en razón de que los cristianos deben hacer memoria de Jesús.

---

<sup>97</sup> Ibid., 63-65.

**TERCERA PARTE**  
**LA PARROQUIA COMO SACRAMENTO DE COMUNIÓN**  
**EN LA IGLESIA PARTICULAR Y UNIVERSAL**

Una Iglesia particular que se desgajara voluntariamente de la Iglesia universal perdería su referencia al designio de Dios y se empobrecería en su dimensión eclesial: “La Iglesia difundida por todo el orbe se convertiría en una abstracción, si no tomase cuerpo y vida precisamente a través de las Iglesias particulares.”<sup>98</sup>

La Iglesia local no puede entenderse sin el reconocimiento y la apertura a otras iglesias particulares. Por eso, cada iglesia existe en la comunión de las iglesias, en el cuerpo de las iglesias<sup>99</sup> como comunión de comuniones. La Iglesia universal y las iglesias particulares no pueden ser entendidas como realidades materiales distintas o como magnitudes independientes. Son dos dimensiones de la misma realidad: la iglesia una de Jesucristo. Ésta no es suma de partes, sino comunión de totalidades: no es simplemente la congregación de fieles que –como un todo unitario– está presidida por el obispo de Roma; es también esa congregación universal de fieles agrupada en iglesias locales presididas por los obispos; cada una de éstas tampoco existe previamente, sino es la actuación de la Iglesia Católica en un lugar.

La Iglesia universal consiste en la comunión de iglesias particulares: ella es comunión de iglesias. En esa comunión de Iglesias existe la Iglesia única de Jesucristo. El valor de la eucaristía permite comprenderlo: cada asamblea eucarística reconoce su identidad con las otras porque todas, con la misma fe, celebran el mismo memorial, comiendo el mismo cuerpo y participando en el mismo cáliz devienen el mismo y único cuerpo de Cristo en el que están insertas con el mismo bautismo; no hay más que un sólo y único misterio que se celebra y en el que se participa. La multiplicidad de las sinapsis locales no divide la iglesia, sino que manifiesta y realiza de modo sacramental su unidad.

---

<sup>98</sup> Pablo VI. *Exhortación apostólica “Evangelii nuntiandi”, sobre el anuncio del Evangelio hoy*, No. 62

<sup>99</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia”, No. 23.

El modelo paradigmático ha de ser la propia comunión trinitaria y la eucaristía. Por ello es tan esencial el ejercicio de la comunión: Pablo sentía la angustia de haber corrido en vano (Ga 2,2) si las comunidades fundadas por él se separaban de Jerusalén, porque en tal caso no se trataría de una separación de iglesias, sino de la ruptura de la Iglesia única de Cristo. La unidad es un dato previo y fundante, don del Dios que se revela.<sup>100</sup>

La parroquia no es toda la Iglesia. Porque no tiene toda la riqueza de los ministerios y carismas con que el Espíritu dota al pueblo de Dios, ni es capaz por sí sola de realizar la misión evangelizadora:

La diócesis es una porción del pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que, unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la eucaristía, constituye una Iglesia particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica.<sup>101</sup>

En la Iglesia particular está toda la Iglesia universal que se hace presente en un lugar. Cada Iglesia particular tiene su propio rostro, por el cual se manifiesta la identidad de la única Iglesia. Es decir, es una comunidad eclesial completa, porque tiene todos los elementos sacramentales, ministeriales y laicales que integran la Iglesia: es una comunidad de fe convocada y reunida por la fuerza del Espíritu, y nace de la proclamación de la Palabra, hecha con autoridad apostólica.

En ella –junto al único altar presidido por el obispo– se celebra la eucaristía de todo el pueblo de Dios, que es la manifestación principal de la Iglesia y el centro de toda su vida y su misión<sup>102</sup>; está presidida por el obispo, está integrada por una porción del pueblo de Dios, en la que el espíritu suscita toda clase de dones, carismas y servicios; y está unida a la

---

<sup>100</sup> Cfr. Bueno de la Fuente, *Eclesiología*.

<sup>101</sup> Concilio Vaticano II, “Decreto *Christus Dominus*, sobre el ministerio pastoral de los obispos”, No. 11.

<sup>102</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia”, No. 42.



única Iglesia de Cristo, que es también un cuerpo de Iglesias, por los vínculos de la fe, la caridad y la apertura al magisterio de Pedro.

Todo lo que se ha descrito demuestra que la parroquia sólo se puede entender en referencia permanente a la Iglesia particular, que es la unidad eclesial completa:

...la parroquia es como una célula viva de la Iglesia particular, en donde los cristianos de un pueblo o de un barrio viven la comunión de fe, de culto y de misión con la misma Iglesia diocesana y, a través de ésta, con todo el cuerpo de las iglesias. Para participar en la misión de la Iglesia diocesana, las parroquias deben, ante todo, aceptar y cooperar en las directrices y planes pastorales sancionados por el obispo. Una pastoral, pretendidamente evangelizadora, que nace y muere en una parroquia cerrada a otros horizontes, es una pastoral deficitaria y pobre. La parroquia adquiere y demuestra su eclesialidad plena cuando actúa en comunión con la diócesis.<sup>103</sup>

Influye además el factor de la fraternidad sacerdotal en el seno del presbiterio. Esta creciente unidad de los pastores actuará como testimonio para la cooperación de las comunidades. En la vertebración de la Iglesia particular las vicarías foráneas o arciprestazgos se van configurando como unidad básica de una pastoral de conjunto planificada, con intencionalidad preferentemente misionera, por ser ámbitos cercanos a las parroquias. En estas vicarías foráneas también se manifiesta la parroquia como sacramento de comunión, para aunar esfuerzos bajo la guía de la Iglesia particular. Más aún, el Concilio Vaticano II, al ahondar sobre la riqueza de la comunión de la parroquia con la Iglesia particular, señala:

Ya que en su Iglesia el obispo no puede presidir siempre y en todas partes personalmente a toda su grey, debe constituir necesariamente asambleas de fieles, entre las cuales tienen un lugar preeminente las parroquias constituidas localmente bajo la guía de un pastor que hace las veces del obispo; ellas, en efecto, representan en cierto modo la Iglesia visible establecida en toda la tierra.<sup>104</sup>

La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su dimensión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la última localización de la

---

<sup>103</sup> Payá, *La parroquia comunidad evangelizadora*, 47-48.

<sup>104</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia”, No. 42.

Iglesia: es, en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas. Es necesario que todos volvamos a descubrir, por la fe, el verdadero rostro de la parroquia: o sea, el “misterio” mismo de la Iglesia presente y operante en ella.<sup>105</sup>

La Iglesia realiza una función en cierto modo integral, ya que acompaña a las personas y familias a lo largo de su existencia, en la educación y crecimiento de su fe. Es centro de coordinación y de animación de comunidades, de grupos y movimientos. Aquí se abre el horizonte de comunión y participación.

La celebración de la eucaristía y demás sacramentos hace presente, de modo más claro, la globalidad de la Iglesia, y su vínculo con la comunidad diocesana está asegurado por la unión con el obispo, que confía a su representante (normalmente el párroco) la atención pastoral de la comunidad.

La parroquia viene a ser para el cristiano el lugar de encuentro, de fraterna comunicación de personas y de bienes, superando las limitaciones propias de las pequeñas comunidades. En la parroquia se asumen, de hecho, servicios que no están al alcance de las comunidades menores, sobre todo, en la dimensión misionera y en la promoción de la dignidad de la persona humana, que llegan así a los emigrantes más o menos estables, a los marginados, a los alejados, a los no creyentes, y en general, a los más necesitados.<sup>106</sup>

La parroquia es, pues, la misma Iglesia diocesana que se hace presente junto a nuestros hogares, con todas sus riquezas y responsabilidades, con su misterio y su misión. En la parroquia podemos y debemos vivir la comunión de fe, de culto y de misión con la Iglesia diocesana y a través de ella, con toda la Iglesia. A semejanza de lo que ocurría en la comunidad de Antioquía (Hch 13,1-6,23-21), de la parroquia salen todos los misioneros enviados por ella y a la parroquia vuelven, para dar cuenta de los resultados y celebrar las

---

<sup>105</sup> Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal “Cristifideles laici”, los fieles laicos*, No. 26.

<sup>106</sup> Celam, *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla*, No. 653.

maravillas de Dios. Así, por medio de la oración y del envío, la parroquia alarga sus brazos más allá de sus límites y posibilidades.

Lo que importa es destacar en la parroquia, dice A. Marzoa, es su carácter dinámico, es decir, lo que se hace, ya que al ser una estructura pastoral de servicio se justifica por su funcionalidad. Esto indica que la parroquia está abierta a diversidad de configuraciones pastorales. Con esta particularidad, señalada por Juan Pablo II, la parroquia es insustituible e insuficiente.<sup>107</sup>

“Como el pueblo de Dios vive en comunidades, sobre todo diocesanas y parroquiales, en las que en cierto modo se hace visible, a ellas corresponde también el dar testimonio de cristo delante de las gentes”.<sup>108</sup> En la parroquia aparece la dimensión local, concreta y cercana de la eclesialidad. Presidida por un presbítero que asiste al obispo como colaborador, es una realización legítima de la Iglesia.

Hacer visible a la Iglesia universal significa ser sacramento de la misma, a saber, signo e instrumento. Esto debe hacer la parroquia mediante la unidad en su vocación, la pluralidad de los ministerios, la complementariedad de los mismos y la participación de todos sus agentes responsables. Sin embargo, “la pretensión de la parroquia de ser la imagen de la Iglesia universal en su visibilidad local, su pretensión de ser para todos los cristianos la comunidad de referencia es hoy contestada por muchos”.<sup>109</sup>

La renovación comunitaria ha traído consigo una nueva intelección de la comunión eclesial. La coherencia entre Iglesia y comunidad es afirmada por todos los eclesiólogos actuales. A nivel de eclesiología formal, se acentúa lo comunional. *La Iglesia es koinonía*, comunión o comunidad. Las consecuencias de tal afirmación son evidentes. Para que la Iglesia responda a su vocación histórica y sea realmente comunidad, con su encargo o vocación de cara a la humanidad, es necesario que se manifieste como comunión y como signo o sacramento que signifique la fuerza del Espíritu profético, no el poder de este mundo.

---

<sup>107</sup> Floristán, *Para comprender la parroquia*, 54.

<sup>108</sup> “Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, No. 37.

<sup>109</sup> Floristán, *Para comprender la parroquia*, 51-52.

El retorno a las fuentes de la Biblia y de la tradición ha puesto de relieve la importancia del término griego *koinonía*, frecuente en los escritos paulinos, que equivale a la comunión-comunidad de los cristianos, con Cristo y entre sí. Aunque el término latino *communio* (comunión) traduce dicho vocablo, se utiliza hoy la palabra *koinonía* en griego, como proyecto esencial de vida cristiana. Etimológicamente, equivale a la participación con otros en una misma realidad.

Teológicamente, expresa la unión íntima o la comunión con Dios y de los creyentes entre sí. La *koinonía*, en perfecta simbiosis con los vocablos *diakonía* y *leitourgía*, equivale al fundamento de la comunidad cristiana, que comparte no sólo intereses y necesidades, sino que se centra en una relación de intimidad con Dios, realizada por Dios en el Espíritu. Para el pensamiento bíblico –tal como los primeros siglos lo han entendido–, la salvación se llama comunión. La *koinonía* neotestamentaria designa la entrada de todo bautizado y de cada comunidad creyente en el espacio de reconciliación abierta por Cristo sobre la cruz y que el Espíritu hace aparecer a través del don de pentecostés.

Israel nació con la alianza, sellada en su sangre y en un banquete (Ex 24,1-11). Todo el pueblo (y no sólo los levitas) comerá el banquete del sacrificio en presencia de Yahvé (Dt 12,1-2). Esta comida sacrificial conservará cierto sentido de comunión con la presencia divina.

Por influencias judías y helenísticas, la eucaristía es para San Pablo plena *koinonía* en la cual los comensales comulgan en el cuerpo y la sangre de Cristo. Es comunión en algo (el pan y la copa) y con alguien (el Señor que se da). *Koinonía* entonces expresa la comunión total de los creyentes con Cristo, en y por el signo sacramental. De este modo, es entendida la realidad de la Iglesia y de la parroquia, a partir del banquete del Señor, como cuerpo de Cristo inmolado y eclesial.

En Cristo, plena encarnación del Padre, puede ser realidad la comunión con Dios. Al participar Jesús de la debilidad humana, hace posible que los hombres tengamos ya parte, aunque todavía no plenamente, en la divinidad de Dios. Naturalmente, antes de que los cristianos podamos comulgar con Dios en Cristo, por la fuerza del Espíritu, Jesucristo comulgó con los hombres; comulgó con el cosmos y con la humanidad cuando el Verbo se hizo carne.<sup>110</sup>

A partir de la interpretación eclesiológica que nos ofrece el Vaticano II, es evidente que la Iglesia es o intenta ser comunidad y comunión. La parroquia partícipe de esta gracia es comunión de bautizados congregados en comunidad por el Espíritu Santo.

El Vaticano II dio a la parroquia un marco eclesiológico imprescindible. De acuerdo con la eclesiología de la comunión, la parroquia es congregación de fieles<sup>111</sup>, confiada a un presbítero que representa al obispo.<sup>112</sup> Es comunidad de fieles, aunque no única<sup>113</sup>, pero inserta en la base del pueblo, que tiene por finalidad formar cristianos por medio de la iniciación catecumenal y sacramental. Dentro del pueblo de Dios, la parroquia es además signo visible de la Iglesia universal<sup>114</sup>, en medio del pueblo. La parroquia es Iglesia local en estado de comunidad básica: es célula de la diócesis<sup>115</sup>, por lo cual no se entiende desde sí misma sino desde la Iglesia particular presidida por el ministerio episcopal.

La parroquia-Iglesia de Dios es “signo visible de la Iglesia universal” que “reduce a unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran y las inserta en la universalidad de la Iglesia”.<sup>116</sup>

---

<sup>110</sup> Cfr. Floristán, *Teología práctica, teoría y praxis de la acción pastoral*, 565-570.

<sup>111</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia”, No. 28.

<sup>112</sup> Idem, “Decreto *Presbyterorum ordinis* sobre el ministerio y la vida de los presbíteros”, No. 5.

<sup>113</sup> Idem, “Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia”, No. 42.

<sup>114</sup> Idem, “Decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los laicos”, No. 10.

<sup>115</sup> Ibid.

<sup>116</sup> Ibid.

Una parroquia como sacramento de comunión pasa a una experiencia pastoral misionera. Esto requiere una profunda conversión pastoral para llegar a hacer de las parroquias sacramentos de comunión en torno de Jesucristo. Requiere actitud de apertura, de diálogo y corresponsabilidad y participación de todos en búsqueda de una auténtica comunidad cristiana.

Encontramos el modelo paradigmático de esta renovación de la parroquia en las primitivas comunidades cristianas (Hch 2,24-47), que se aventuraron a crear nuevas formas para llegar a todos, de acuerdo con las situaciones y circunstancias. Para abrir este camino hacia una parroquia como sacramento de comunión nos motiva la eclesiología de comunión del Concilio Vaticano II, pero sobre todo, la enseñanza de Jesús en la Última Cena, el banquete eucarístico de la comunión, origen e inspiración de la genuina vida parroquial.

...la conversión pastoral de nuestras comunidades exige que pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Así será posible que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera.<sup>117</sup>

La pastoral de la parroquia debe tener en cuenta el contexto histórico en el cual viven sus miembros: en él se producen transformaciones sociales y culturales para las que es necesario proponer como principio educativo la comunión en fidelidad al Espíritu Santo que conduce la Iglesia, la guía y la renueva. Hacer de la parroquia sacramento de comunión es una urgencia pastoral para darle vitalidad hoy.

Los diferentes apartados de los dos capítulos en la Tercera Parte del presente trabajo ayudarán a caracterizar a *la parroquia como sacramento de comunión a partir de una lectura eclesial del banquete eucarístico en la teología posconciliar*. La Pascua es la fiesta

---

<sup>117</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, No. 370.

de la comunión, la de Cristo con su Padre y la de los fieles con Cristo. El banquete eucarístico es la celebración sacramental de esa pascua, su gracia sustancial.

El nuevo rostro de la parroquia a la luz del banquete eucarístico tiene rasgos muy determinantes. Es ante todo *una comunidad de Cristo, una comunidad unida en el banquete eucarístico, mediadora de una presencia, que es presencia de comunión*. La comida del Señor y la fracción del pan con los cuales se designa la asamblea eucarística practicada por las comunidades cristianas en sus orígenes y testimoniadas y exigidas por la Última Cena, muestran de manera clara como la eucaristía une íntimamente culto y existencia.<sup>118</sup>

La eucaristía, y si lo pudiéramos expresar, la parroquia, están unidas de manera radical. Parece que fue a partir de la eucaristía como Pablo comprendió a la Iglesia como cuerpo de Cristo: “Porque aún siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1Co 10,17).

La asamblea se hace a sí misma eucaristía, se convierte en cuerpo de Cristo cuando celebra el sacramento eucarístico. La teología patristica aceptaba sin vacilación alguna el realismo entero del lenguaje paulino:

Cuando todos nos hemos alimentado del mismo cuerpo de nuestro Señor [...], todos nos convertimos en el único cuerpo de Cristo. Su unanimidad es impresionante: por medio de un solo cuerpo, el suyo propio, santifica a los fieles en la comunión misteriosa, haciendo de ellos un mismo cuerpo con él y entre ellos mismos.<sup>119</sup>

Un banquete celebrado en común es por naturaleza *creador de vínculos fraternales*; el banquete eucarístico posee esta virtud en un grado inaudito: es un solo pan y un solo cuerpo, porque ese pan es el cuerpo de Cristo en el poder del Espíritu de la resurrección, ese Espíritu que incorpora a todo y a todos en Cristo. Tal incorporación es posible por el

---

<sup>118</sup> Cfr. Leon-Dufour, *La fracción del pan*, 48.

<sup>119</sup> Durrwell, *La eucaristía, sacramento pascual*, 135.

sacramento del bautismo: de ahí que la *parroquia sea comunidad de fieles, comunidad de comunidades y movimientos, familia de Dios animada por el Espíritu.*

El Espíritu de la resurrección es una fuerza de incorporación a Cristo. Tras haber transformado el alimento terreno en “pan espiritual”, tras haberlo como incorporado al Cristo resucitado, he aquí que por ese pan incorpora a los hombres a Cristo y hace de ellos un único cuerpo espiritual.<sup>120</sup>

Cristo no se apropia de los fieles como si fueran cosas. El Espíritu les impone su poder. Respecto de la Iglesia, Cristo invita y atrae, ofreciéndose a ella. Cristo asimila a la Iglesia dejándose comer por ella. El amor es comerse mutuamente, en un don recíproco de sí mismo. Puede realizarse ese sueño imposible de una unión total, ya que el Espíritu Santo es el amor que comparten Cristo y la Iglesia. Cristo da la vida mediante la comunión de todos en su cuerpo. La eucaristía prepara esa unidad que Dios ha buscado desde el principio (Ef 1,10).

La comunión de Cristo crea la comunión de todos entre sí. Su sangre es una sangre de alianza (Mc 14,24), semejante a aquella con la que se asperjó al pueblo en el Sinaí (Ex 12,4-8), que no sólo santificaba, sino que cimentaba en la unidad. “El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?” (1Co 10,16). Esta fórmula está desbordando sentido; habla de participación en el cuerpo y en la sangre de Cristo, pero también de una comunión de todos entre sí en la participación común de Cristo, de manera que el apóstol puede concluir: “Un solo cuerpo somos” (1Co 10,17).<sup>121</sup>

De esta interpretación surge el concepto de parroquia como “una comunidad”, con sus diferentes connotaciones de fieles, familia, solidaria, inserta en la realidad, con diversidad de movimientos y comunidades, profética, sacerdotal y real.

Por otra parte, *la parroquia es signo, es instrumento de salvación.* La eucaristía es la comunión del “cuerpo entregado”, de la sangre derramada. Incorpora a Cristo a la Iglesia,

---

<sup>120</sup> Ibid., 136.

<sup>121</sup> Ibid., 138.



en la unión con su muerte y con su nacimiento eterno; hace de ella un solo cuerpo en el acontecimiento de la salvación, en la celebración de la única pascua.

La Iglesia se convierte de este modo en el mundo y para el mundo en lo que la eucaristía es en la Iglesia y para la Iglesia: el sacramento del misterio de salvación. De este modo la Iglesia es salvada y salvadora [...]. La eucaristía se celebra en todo lugar del mundo y en todo tiempo de la historia, para congregarse a la Iglesia de su dispersión a través del espacio y del tiempo y reunirla en un espacio único y en un único instante: en Cristo y en el acontecimiento pascual. Así es como Cristo se despliega a sí mismo y despliega su salvación por todo el mundo: reuniendo a los hombres en él y en su pascua.<sup>122</sup>

*La parroquia es sacramento de comunión y de solidaridad con la realidad. Las afirmaciones sobre la sacramentalidad de la Iglesia muestran que el sacramento se toma en un sentido nuevo respecto de los siete sacramentos particulares de la misma Iglesia. Como de cada uno de ellos, también de la Iglesia hay que decir que es signo de Cristo en este mundo. Es necesario distinguir que Cristo es el sacramento fundamental, y que los sacramentos particulares y la Iglesia son sacramento universal de salvación. Cristo es la única fuente originaria, la raíz y el fundamento de todo cuanto el sacramento es y otorga.*

La teología de los sacramentos muestra que cada uno, por su parte, ha de servir a la salvación del hombre. *Sacramentum salutis* sólo se puede llamar la Iglesia en su totalidad, porque en ella están compendiadas todas las realidades a las que nos referimos cuando hablamos de salvación. El carácter universal debe expresar sobre todo el hecho de que la Iglesia no sólo es sacramento para quienes ya se confiesan miembros de la misma. Su contribución salvífica se extiende también y esencialmente a todos los hombres de todos los tiempos y de todas las zonas. Por eso, la parroquia es sacramento: está inserta en esta realidad, todo lo que ella es, tiene y obra lleva ese carácter sacramental y es por lo mismo signo, instrumento y lugar de salvación para todos.

---

<sup>122</sup> Ibid., 139-140.

Otro de los elementos que se expresa es la Iglesia como *sacramentum unitatis*; la afirmación apunta al fundamento último de la Iglesia en el mismo Dios trino y uno: la unidad –que no sólo se otorga a los hombres de todos los tiempos y lugares, y en definitiva también al universo, al cosmos en la Iglesia– tiene su fundamento en Dios, creador del universo (1Tm 2,5), en Cristo, el único mediador entre Dios y los hombres (Col 1,13-20), y en el Espíritu de Dios, como Espíritu de amor y de unidad.<sup>123</sup>

Cristo resucita en el Espíritu Santo, que es una fuerza inmensa de amor. Al conceder la facultad de amar, la eucaristía regula ese mismo amor: los comulgantes quedan unidos en una caridad que nace de la pascua de Cristo, en su muerte a ellos y en el Espíritu de santidad. El amor es constitutivo de la comunión.

La presencia de Dios en la persona de Jesucristo irrumpe de manera real en la celebración del misterio eucarístico y nos hace partícipes de su amor desbordante, apasionado, generoso y gratuito.

El banquete exige que todos los comensales hayan saciado su hambre material en la justicia histórica. La eucaristía celebra la justicia y anticipa la justicia del Reino. La eucaristía es así el horizonte radical de crítica de todo sistema histórico de injusticia económica. La parroquia se convierte en presencia de amor y de justicia en un mundo de opresión y esclavitud.

Es así como la mesa de la celebración de la fracción del pan es acción real de amor que desborda toda justicia haciéndola efectiva y afectiva en la cotidianidad; amor de reconciliación que desborda toda conversión, penitencia y perdón; amor de solidaridad que sobrepasa todo límite étnico, religioso y cultural. La mesa de sentido multicultural, donde el diálogo interreligioso, el ecumenismo, la acción de unidad se hace comunión, abanico pluricultural donde se expresa el amor de Dios.<sup>124</sup>

---

<sup>123</sup><sup>123</sup> Cfr. Auer, *La Iglesia sacramento universal de salvación: Curso de teología dogmática*, VIII, 107-113.

<sup>124</sup> Martínez, “Eucaristía: la mesa del sentido”, 57-58.

Estos son algunos de los rasgos que nos ayudan hacer –en los siguientes capítulos– una aproximación a la parroquia como sacramento de comunión, manifestando así lo que hemos de creer, lo que hemos de celebrar y lo que hemos de vivir.

## Capítulo 1

### LA PARROQUIA, UNA REALIDAD DIOCESANA

El término “parroquia” procede del sustantivo *paroikia* y del verbo *paroikein*, que en la traducción griega de los Setenta equivale a ser extranjero o emigrante, vivir como forastero o peregrinar. La *paroikia* es –en el Antiguo Testamento– la comunidad del pueblo de Dios que vive en el extranjero, sin derecho de ciudadanía. En el Nuevo Testamento, se concentra en el vocablo *paroikos*. La Iglesia es comunidad de creyentes que se consideran extranjeros (Ef 2,19), de paso (1P 1,17) y emigrantes (1P 2,11). A partir del siglo II, el vocablo *paroikia* designa una comunidad cristiana particular, es decir, a la Iglesia en un lugar concreto. Del siglo V al VIII se configura el sistema parroquia desde el punto de vista financiero, administrativo y cultural.

De los modernos intentos por transformar la parroquia han surgido diversos esfuerzos de renovación de tipo litúrgico, misionero, eclesiológico, pastoral, comunitario, entre otros, que se han llevado a cabo en los últimos cincuenta años. A pesar de tales esfuerzos, la parroquia posee unos rasgos comunes que permanecen inalterables y vigentes para aproximarnos a ella como sacramento de comunión.

El hombre bíblico reconoce que por su propio esfuerzo no puede alcanzar la comunión con Dios. En Cristo, toda realidad eclesiológica –de manera particular, la parroquia– alcanza su identidad como sacramento de comunión. Jesús, al participar de la debilidad humana, hace posible que los hombres tengamos ya parte, aunque todavía no plenamente, en la divinidad de Dios. Naturalmente, antes de que los cristianos podamos comulgar con Dios en Cristo por la fuerza del Espíritu, Jesucristo comulgó con los hombres; comulgó con el cosmos y con la humanidad, cuando el Verbo se hizo carne.<sup>125</sup>

---

<sup>125</sup> Cfr. Floristán, *Teología práctica, teoría y praxis de la acción pastoral*, 566-621.

## 1.1 La parroquia es comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular

El derecho canónico define la parroquia así: “Es una determinada *comunidad de fieles* constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio.”<sup>126</sup> No es masa de fieles sino *comunidad*. Esto implica unos valores conjuntamente compartidos, un sistema de relaciones que vincula a unos con los otros, una participación de todos; no es parroquia comunidad *para* los fieles sino *de* los fieles, en la que ellos son protagonistas, cada uno a su modo, de la acción pastoral.

El Concilio Vaticano II también señala lo siguiente: “El obispo no puede presidir personalmente a toda la grey en su Iglesia, siempre y en todas partes. Por eso, necesariamente debe constituir *comunidades de fieles*, entre las que destacan las parroquias...”<sup>127</sup>

No nos referimos a una estructura tanto como a personas comprometidas en las distintas manifestaciones de la vida parroquial, en la implantación de los consejos parroquiales de pastoral, en el fomento de la corresponsabilidad y en la participación en la vida litúrgica, tal como insiste el Concilio, lo cual es característica fundamental de los fieles laicos en la misión de la Iglesia.

Las características más significativas de la naturaleza teológica de la parroquia han sido concebidas por el Concilio Vaticano II a la luz de la tradición, y de una eclesiología de comunión. Por tanto, la parroquia es definida así:

...una comunidad de fieles, constituida establemente en el ámbito de una Iglesia particular, y cuya cura pastoral es confiada a un párroco como pastor propio, bajo la autoridad del obispo diocesano. Toda la vida de la parroquia, así como el significado

---

<sup>126</sup> Echeverría, *Código de derecho canónico*, c.515,1.

<sup>127</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución *“Sacrosanctum Concilium”*, sobre la sagrada liturgia”, No. 42.

de sus tareas apostólicas ante la sociedad, deben ser entendidos y vividos con un sentido de comunión orgánica entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial, y por tanto, de colaboración fraterna y dinámica entre pastores y fieles en el más absoluto respeto de los derechos, deberes y funciones ajenos donde cada uno tiene sus propias competencias y su propia responsabilidad.<sup>128</sup>

El vínculo intrínseco con la comunidad diocesana y con su obispo, en comunión con el Sucesor de Pedro, asegura a la comunidad parroquial la pertenencia a la Iglesia universal. Se trata de una porción de la diócesis animada por un mismo espíritu de comunión, por una ordenada corresponsabilidad bautismal, por una misma vida litúrgica centrada en la celebración de la eucaristía, y por un mismo espíritu de misión, que caracteriza a toda la comunidad parroquial.

La parroquia representa hoy un elemento básico de la ordenación constitucional de la Iglesia particular. La Iglesia se organiza de forma ordinaria, local y territorialmente, por medio de una red parroquial.

La parroquia –decía la tercera ponencia del Congreso de Evangelización– es una unidad pastoral de primer orden. En ella aparece eminentemente la dimensión local, concreta y cercana de la eclesialidad. Presidida por un presbítero que asiste al obispo como colaborador, es una realización legítima de la Iglesia.<sup>129</sup>

La Iglesia es fundamentalmente comunidad, comunión, fraternidad universal vivida. No puede, por tanto, aparecer ante el mundo como una simple masa de bautizados que se ignoran mutuamente y viven encerrados en una religiosidad individualista y rutinaria. El auténtico cristiano no puede aislarse, no puede vivir al margen de la comunión con los demás. No se puede ser cristiano auténtico si se vive encerrado en el aislamiento egoísta o perdido en la masa amorfa y despersonalizada.

El verdadero cristiano sólo existe hacia los otros, sólo se conoce por los otros, sólo se encuentra en los otros. Uno que se aísla, que rompe la comunión con los demás, empieza a

---

<sup>128</sup> Congregación para el Clero, Pontificio Consejo para los Laicos. “El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial”, No. 18.

<sup>129</sup> Congreso “Evangelización y hombre de hoy”, 182.

morir como persona y como creyente. El cristiano no puede vivir su fe en profundidad fuera de la comunidad, de la comunión con los demás. Esto mismo se puede aplicar a la parroquia: ella sólo se entiende en relación a la Iglesia particular.

Y esta misma Iglesia reunida, convocada, realidad profunda de comunión, está llamada a diseminarse, para testimoniar ante el mundo la bondad y la salvación de Dios que ella misma ha vivido intensamente en el decurso de la celebración eucarística; porque la esencia de la Iglesia no consiste primordialmente en agruparse, sino en dispersarse para misionar, para evangelizar.

Los cristianos que se han reunido para responder a una llamada, para reconocer a Dios en la Palabra que él les dirige, para celebrar a Cristo y su misterio pascual en los sacramentos, son enviados para anunciar a todos los hombres la Buena Nueva del Reino, para ser testigos –ante el mundo– de su fe y de su esperanza en Cristo resucitado y para ayudar en la transformación del hombre y de la sociedad, viviendo la fraternidad evangélica.

Comunión y misión constituyen los dos aspectos fundamentales de la Iglesia. Los dos van inseparables.<sup>130</sup>

En definitiva, la parroquia no se entiende desde sí misma, sino desde la Iglesia particular presidida por el ministerio episcopal.

No son las parroquias las que hacen la diócesis, sino al revés: la diócesis hace las parroquias. La parroquia es Iglesia de Dios en un lugar concreto como signo visible de la Iglesia universal que reduce a unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran y las inserta en la universalidad de la Iglesia (AA 10). Pero no es estructura esencial de la Iglesia, ya que es Iglesia local derivada, que lleva a cabo y concreta la misión cristiana en los diversos agrupamientos humanos que, a su vez, dependen de la organización cambiante del espacio y de la evolución demográfica.<sup>131</sup>

---

<sup>130</sup> Bestard, *Corresponsabilidad y participación en la parroquia*, 53-59.

<sup>131</sup> Floristán, *Para comprender la parroquia*, 52.

La parroquia es una comunidad de fieles, no la única, pero la que está enraizada en la base del pueblo. En virtud del bautismo, todos son hermanos. Al ser comunidad parroquial, tiene estabilidad. Su deber es brotar de trabajar para que florezca el sentido de comunión en y desde la diversidad de los ministerios y carismas, de los oficios y funciones a su interior. La parroquia es la comunidad de fieles, fundada sobre una realidad teológica, porque es una comunidad eucarística. De modo contundente e idealizado lo ha expresado Juan Pablo II: la parroquia es, en cierto sentido, el modelo de comunidad de base de la Iglesia.<sup>132</sup>

En la parroquia, la Iglesia entra en el lugar de lo cotidiano, en el espacio intersubjetivo de las relaciones sociales, y toma cuerpo en lo territorial, el elemento más objetivo de la existencia cotidiana.

## **1.2 La parroquia, comunidad de comunidades y movimientos**

Una clave de renovación parroquial especialmente urgente en las parroquias de las grandes ciudades puede encontrarse considerando a la parroquia como comunidad de comunidades y movimientos.

Por tanto, parece oportuna la formación de comunidades y de grupos eclesiales de tales dimensiones que favorezcan verdaderas relaciones humanas. Esto permitirá vivir más intensamente la comunión, para procurar cultivarla tanto *ad intra*, como con la comunidad parroquial a la que pertenecen estos grupos y con toda la Iglesia diocesana y universal.

La parroquia puede formar a la gente en comunidades, ofrecer auxilio a la vida de la familia, superar el estado de anonimato, acoger y ayudar a que las personas se inserten en la vida de sus vecinos y en la sociedad. De este modo, cada parroquia hoy –particularmente, las de ámbito urbano– podrá fomentar una evangelización más personal y al mismo tiempo acrecentar las relaciones positivas con los otros agentes sociales, educativos y comunitarios.

---

<sup>132</sup> Ibid., 55.



Además, este tipo de parroquia renovada supone la figura de un pastor que en primer lugar tenga una profunda experiencia de Cristo vivo, espíritu misional, corazón paterno, que sea animador de la vida espiritual y evangelizador capaz de promover la participación.

La parroquia renovada requiere la cooperación de los laicos, un animador de la acción pastoral que se extienda hasta los alejados y la capacidad del pastor para trabajar con otros.<sup>133</sup>

La renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella. La primera exigencia es que el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo, porque sólo un sacerdote enamorado del señor puede renovar una parroquia, pero al mismo tiempo un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración.<sup>134</sup>

Se requiere que todos los laicos se sientan corresponsables en la formación de los discípulos y en la misión. Una parroquia renovada multiplica las personas que prestan los servicios y acrecienta los ministerios. En este campo, se requiere imaginación para encontrar respuesta a los muchos y siempre cambiantes desafíos que plantea la realidad exigiendo nuevos servicios y ministerios. La integración de todos ellos en la unidad de un único proyecto evangelizador es esencial para asegurar una comunión misionera.

La parroquia, comunidad de comunidades y movimientos, acoge las angustias y esperanzas de los hombres, anima y orienta la comunión, participación y misión. No es principalmente una estructura, un territorio, un edificio, ella es “la familia de Dios”, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad.<sup>135</sup>

---

<sup>133</sup> Juan Pablo II, *Exhortación apostólica “La Iglesia en América”, sobre el encuentro con Jesucristo vivo camino para la conversión, la comunión y la solidaridad*, No. 41.

<sup>134</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, No. 201.

<sup>135</sup> Celam, *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Conclusiones, Santo Domingo, República Dominicana*, No. 58.

### 1.3 En la parroquia está y opera la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica

La parroquia sólo se puede entender en referencia permanente a la Iglesia particular, que es la unidad eclesial completa y la comunidad evangelizadora:

La diócesis es una porción del pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que, unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo, por el Evangelio y la eucaristía, constituye una Iglesia particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica.<sup>136</sup>

La parroquia es célula viva de la Iglesia particular, donde los cristianos de un pueblo, de una ciudad o un sector viven la comunión de fe, de culto y de misión con la misma Iglesia diocesana. La Iglesia se organiza de forma ordinaria, local y territorialmente, a través de una red parroquial. La Iglesia particular se vertebra constitucionalmente a través de la organización parroquial. La parroquia es unidad pastoral de primer orden. En ella aparece eminentemente la dimensión local, concreta y cercana de la eclesialidad: presidida por el párroco –pastor propio, como colaborador del obispo– es una realización legítima de la Iglesia.

Además, la territorialidad favorece la visibilidad de la Iglesia, su carácter público, su continuidad, y la apertura a todos y a todas las situaciones humano-religiosas. El núcleo de la parroquia es “el común del pueblo cristiano”, el que debe ser evangelizado.

La parroquia es la misma Iglesia diocesana que se hace presente junto a nuestros hogares, como realidad de profunda comunión y misión. En la parroquia podemos y debemos vivir la comunión de fe, de culto y de misión con la Iglesia diocesana, y por medio de ella, con toda la Iglesia universal.

La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la última localización de la

---

<sup>136</sup> Concilio Vaticano II, “Decreto *Christus Dominus*, sobre el ministerio pastoral de los obispos”, No. 11.

Iglesia; es –en cierto sentido– la misma Iglesia, que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas. Es necesario que todos volvamos a descubrir por la fe el verdadero rostro de la parroquia; o sea, el misterio mismo de la Iglesia presente y operante en ella.

Esta incorporación de la parroquia a la diócesis es una manifestación de la comunión y de pertenencia, y le ocurre como a la célula, que fuera del organismo no puede vivir ni expresar su finalidad:

La parroquia ofrece un modelo preclaro de apostolado comunitario al congregar en unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran, insertándolas en la universalidad de la Iglesia [...] acostúmbrense los laicos a trabajar en la parroquia íntimamente unidos con sus sacerdotes [...] deben cultivar sin cesar la conciencia de pertenecer a la diócesis, de la que *la parroquia es una célula*, estando siempre dispuestos a aportar su contribución a los proyectos diocesanos, siguiendo la invitación de su pastor.<sup>137</sup>

Los laicos partícipes de la misión de Cristo sacerdote, profeta y rey tienen una tarea activa en la vida y en la acción de la Iglesia. Su acción es tan necesaria en la vida de las parroquias, que sin ella el apostolado de los pastores no podría conseguir su efecto. Los laicos alimentados por la eucaristía –de donde brota toda la vitalidad para evangelizar– colaboran solícitamente en todas las obras apostólicas que se desarrollan en la parroquia. Su participación ha de ser efectiva, de tal manera, que ayudan a transformar la realidad y a anunciar a Jesucristo como camino de salvación.

En aquella triple misión de Cristo se pide que los fieles y las comunidades parroquiales “se sientan verdaderamente miembros tanto de la diócesis como de toda la Iglesia universal”.<sup>138</sup> Este énfasis del Concilio Vaticano II indica el carácter de unidad como elemento central de la existencia parroquial.

---

<sup>137</sup> Concilio Vaticano II, “Decreto *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos”, No. 10.

<sup>138</sup> Concilio Vaticano II, “Decreto *Christus Dominus*, sobre el ministerio pastoral de los obispos”, 30.

La dimensión comunitaria es intrínseca al misterio y a la realidad de la Iglesia, que debe reflejar la Santísima Trinidad. Las parroquias son lugares privilegiados en los que la mayoría de fieles tiene una experiencia concreta de Cristo y de su Iglesia.

#### **1.4 La parroquia es familia de Dios, animada por el Espíritu Santo en una comunión**

La Iglesia no alcanza su plena manifestación hasta Pentecostés, cuando Cristo resucitado le comunica el Espíritu Santo prometido. La misión del Espíritu inicia y caracteriza el llamado *tiempo de la Iglesia*, en el cual Cristo está operante en la comunidad a través de su Espíritu. Cuando es enviado, el Espíritu se manifiesta, creando la unión con Dios y entre los creyentes; de este modo, la unifica y constituye en una comunión, pues es “para toda la Iglesia y para todos y cada uno de los creyentes principio de unión y de unidad”.<sup>139</sup>

La parroquia está animada por el Espíritu Santo y a la vez constituye a los cristianos en “una comunión”. En consecuencia, sin la acción del Espíritu Santo, no habría Iglesia: su ser y su misión son posibles porque el Espíritu ha sido enviado a realizar la obra de salvación de Jesús y en cumplimiento de esa misión constituye a la Iglesia en sacramento de salvación, la conduce a la verdad total, la une en la comunión y en el servicio, la construye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la adorna con sus frutos.<sup>140</sup> De este modo, él es el protagonista principal en la misión de la Iglesia.<sup>141</sup> Por ello,

...sin el Espíritu Santo, Dios está siempre lejos, Cristo queda en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad se convierte en dominio, la misión es propaganda, el culto una evocación, el actuar cristiano una moral de esclavo. Con el Espíritu Santo, el cosmos es elevado y gime con dolores de parto propios del Reino. Cristo resucitado se hace presente, el Evangelio es potencia de vida, la Iglesia significa comunión, la autoridad es servicio,

---

<sup>139</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia”, No. 13.

<sup>140</sup> *Ibid.* No. 4.

<sup>141</sup> Pablo VI, *Exhortación apostólica “Evangelii nuntiandi, sobre el anuncio del Evangelio hoy*, No. 75; y Juan Pablo II, “Carta apostólica *Redemptoris missio* sobre la permanente validez del mandato misionero”, No. 30.

la misión es un nuevo pentecostés, la liturgia es un memorial y una anticipación, el obrar humano queda divinizado.<sup>142</sup>

Ella *es la familia de Dios*, animada por el Espíritu Santo, en esa gran diversidad que encierra una inagotable riqueza comunitaria, porque se encuentra una gama de situaciones, de edades, de tareas... La parroquia brinda un espacio fundamental con la gracia del Espíritu Santo, en el espíritu de la unidad, para que hombres y mujeres puedan crecer en la fe y crecer en el espíritu de comunión. Por tanto, este dinamismo de comunión se debe cultivar:

Con diversas celebraciones e iniciativas, pero principalmente con la eucaristía dominical, que es “momento privilegiado del encuentro de las comunidades con el Señor resucitado”, los fieles deben experimentar la parroquia como *una familia en la fe y la caridad*, en la que mutuamente se acompañan y ayudan en el seguimiento de Cristo.<sup>143</sup>

Si la parroquia es familia de Dios, todos y cada uno de sus miembros deben trabajar por hacer realidad un espíritu de fraternidad, que sólo es posible realizar con la fuerza vivificante del Espíritu Santo. Como hijos de Dios que nos hemos incorporado en el bautismo, tenemos la tarea de trabajar en la fraternidad, para que nuestro amor a Dios Padre se refleje en el hermano.

Los presbíteros “reúnen a la familia de Dios como fraternidad animada por los mismos ideales y la conducen hacia Dios Padre por Cristo en el Espíritu”.<sup>144</sup> La parroquia es la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres animada por el Espíritu; ella vive y obra inserta en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dramas.

A menudo, el contexto social está sacudido por fuerzas de disgregación y deshumanización en medio de las cuales el hombre se encuentra perdido y desorientado. Sin embargo, en su

---

<sup>142</sup> Álvarez, *La Iglesia diocesana*, 82.

<sup>143</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, No. 305.

<sup>144</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia”, No. 28.

corazón permanece siempre el deseo de poder experimentar y cultivar unas relaciones más fraternas y humanas. La respuesta a este deseo puede encontrarse en la parroquia:

Cuando ésta, con la participación viva de los fieles laicos, permanece fiel a su originaria vocación y misión: ser en el mundo el “lugar” de la comunión de los creyentes y a la vez, “signo e instrumento” de la común vocación de la comunión; en una palabra, ser casa abierta a todos y al servicio de todos, o como prefería llamarla el papa Juan XXIII, ser la fuente de la aldea, a la que todos acuden para calmar su sed.<sup>145</sup>

Es significativo que en la segunda plegaria eucarística, al invocar al Paráclito, se formule de este modo la oración por la unidad de la Iglesia: “Que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y sangre de Cristo.” Este pasaje permite comprender bien que la res del sacramento eucarístico incluye la unidad de los fieles en la comunión eclesial. La unidad de la comunión eclesial se muestra en las comunidades cristianas y se renueva en el acto eucarístico que las une.

Subrayar esta raíz eucarística de la comunión eclesial puede contribuir a determinar la parroquia como sacramento de comunión, igual que el memorial de Cristo es la suprema manifestación de la comunión en la Iglesia.

La relación íntima de la eucaristía con los otros sacramentos y con la existencia cristiana se comprende en su raíz cuando se contempla el misterio de la Iglesia como sacramento.

### **1.5 La parroquia es comunidad eucarística en la que el párroco es el vínculo jerárquico con toda la Iglesia particular**

La fuerza y el sentido de la comunidad parroquial se expresa fundamentalmente a través de la eucaristía, y es en la gracia de la parroquia donde se hace visible la Iglesia:

---

<sup>145</sup> Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal “Cristifideles laici”, los fieles laicos*, No. 27.

El obispo no puede presidir personalmente a toda la grey en su Iglesia, siempre y en todas partes. Por eso, necesariamente debe constituir comunidades de fieles, entre las que destacan las parroquias, distribuidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo. Éstas, en cierto modo, representan a la Iglesia visible por todo el mundo. Por tanto, se ha de fomentar teórica y prácticamente entre fieles y el clero la vida litúrgica parroquial y su relación con el obispo, y hay que trabajar para que florezca el sentido de comunidad parroquial, sobre todo en la celebración común de la misa dominical.<sup>146</sup>

Ello significa que la parroquia es una comunidad eucarística, realidad teológica sobre la que se funda. En la eucaristía se encuentra la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia. Guiada por el Espíritu Santo, por la corresponsabilidad bautismal, por el fomento de la vida litúrgica, sobre todo, en la eucaristía, manifiesta su más alta vocación: ser sacramento de comunión. “Una comunidad concreta nunca es una entidad que exista por sí misma y para sí misma. Vive en y de la comunión con las demás comunidades, con la correspondiente Iglesia local (diócesis) y con la Iglesia universal.”<sup>147</sup>

Según una antigua costumbre cristiana que todavía está en vigor en la Iglesia Oriental y que entre nosotros se mantuvo hasta bien entrado el siglo XIX, en cada comunidad o templo sólo debe celebrarse en domingo “una” eucaristía, que así viene a ser “la” asamblea de esa comunidad. El objetivo pastoral debería indicar siempre este espíritu de comunión, para facilitar el mayor número posible de comunidades en la eucaristía dominical. Tal eucaristía:

Se celebra el día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal, subraya con nuevo énfasis la propia dimensión eclesial, quedando como paradigma para las otras celebraciones eucarísticas. Cada comunidad, al reunir a todos sus miembros para la fracción del pan, se siente como el lugar en el que se realiza concretamente el misterio de la Iglesia. En la celebración misma la comunidad se abre a la comunión con la Iglesia universal, implorando al Padre que se acuerde de la Iglesia extendida por toda la Tierra, y la haga crecer en la unidad de todos los fieles con el Papa y con los pastores de cada una de las Iglesias, hasta su perfección en el amor.<sup>148</sup>

---

<sup>146</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia”, No. 42.

<sup>147</sup> Kasper, *Sacramento de la unidad*, 21.

<sup>148</sup> Juan Pablo II, “Carta apostólica *Dies Domine*, el Día del Señor”, No. 34.

Este día es inseparable del Día de la Iglesia: “La asamblea dominical es un lugar privilegiado de unidad. En efecto, se celebra el *sacramentum unitatis* que caracteriza profundamente a la Iglesia.”<sup>149</sup>

En las misas dominicales de la parroquia como comunidad eucarística encontramos los diversos campos pastorales: equipos de pastoral: social, familiar, profética, litúrgica, urbana, infantil; y además, movimientos, asociaciones y comunidades religiosas presentes en ella. Por eso, se ha de promover plenamente la unidad de la comunidad eclesial y evitar fomentar celebraciones aparte, para grupos exclusivos, y sólo buscan el bien de toda la comunidad.

De otra parte, de domingo a domingo, la Iglesia se encamina hacia el “último día del Señor”:

Esto hace del domingo el día en el que la Iglesia, manifestando más claramente su carácter sponsal, anticipa de algún modo la realidad escatológica de la Jerusalén celestial. Al reunir a sus hijos en la asamblea eucarística y educarlos para la espera del divino esposo.<sup>150</sup>

Hay una esencia fundamental de la parroquia: ser comunidad. Ella es la Iglesia que se encuentra en medio de los barrios y veredas, conjuntos residenciales y centros comerciales, inserta en la historia de la sociedad; pero es una comunidad que se expresa mediante diversidad de carismas del Espíritu, por el cual se celebra, se evangeliza, se incultura el Evangelio y se participa de manera eficaz en la construcción de la unidad.

Es precisamente el bautismo lo que nos constituye pueblo de Dios, miembros vivos de la Iglesia. Por la acción del Espíritu Santo participamos de todas las riquezas que nos concede Jesucristo. En la esencia íntima de ser cristianos y de ser Iglesia se halla inextricablemente nuestro compromiso de la misa dominical.

---

<sup>149</sup> Ibid., No. 36.

<sup>150</sup> Ibid., No. 37.



Es el Espíritu el que nos da la posibilidad de reconocer a Jesús y nos lleva a construir la unidad de la Iglesia desde los diferentes dones, para provecho común (cfr. 1Co 12,3-11). Así, el ministerio salvífico de Cristo (cfr. Mt 20,28; Jn 10,10) se actualiza a través del servicio de cada uno de nosotros. Todos hemos recibido la fuerza del Espíritu Santo (Hch 1,8) para ser testigos de Cristo e instrumentos de vida nueva.

Todos los que integran la vida parroquial deben caracterizarse por su proyección de comunión y misión. Sólo así podrán ser signos de vitalidad en la Iglesia, instrumentos válidos de evangelización, en la búsqueda de una sincera comunión con la diócesis y con toda la Iglesia universal.

La parroquia es comunidad eucarística:

...esto significa que es una comunidad idónea para celebrar la eucaristía, en la que se encuentran la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia. Tal idoneidad radica en el hecho de ser la parroquia una comunidad de fe y una comunidad orgánica, es decir, constituida por los ministros ordenados y por los demás cristianos, en la que el párroco –que representa al obispo diocesano– es el vínculo jerárquico con toda la Iglesia particular.<sup>151</sup>

La comunidad cristiana es ontológicamente eucarística y debe restituirse a la parroquia la figura de Iglesia eucarística que desvela el misterio de su naturaleza de comunión. Y si es verdad que la eucaristía está en el centro de la vida eclesial, es igualmente cierto que la irradiación de sus energías no conoce confines, ni siquiera los de la comunidad, pues las energías eucarísticas de salvación alcanzan a toda la humanidad e incluso al cosmos entero.

El párroco no sólo preside la comunidad, sino precisamente –en virtud de su comunión con el presbiterio de la Iglesia local y con el obispo– preserva la parroquia de la autosuficiencia

---

<sup>151</sup> Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal “Cristifideles laici”, los fieles laicos.*

y del aislamiento; él garantiza la *traditio* apostólica y la comunión con la Iglesia Católica universal.

Parroquia y día del señor unidos permiten la epifanía de la Iglesia, porque no pueden existir domingo sin parroquia, ni parroquia sin domingo. Para la renovación de la parroquia es necesario releer los rasgos fundamentales que definen la comunidad cristiana y repensarlos con inteligencia creativa: *leitourgía, koinonía, martyría, diakonía*.

*Leitourgía*. La parroquia es ante todo una realidad que engendra la fe, pero a su vez es generada por la liturgia, “cumbre y fuente de la vida de la Iglesia”<sup>152</sup>. La liturgia eucarística, vista en toda su profundidad, constituye la verdadera clave, el punto de apoyo, la raíz, el centro de la vida de la parroquia, pues en ella la Iglesia nace y crece, en ella es plasmada la comunidad y confirmada en la comunión, de ella recibe la fuerza para ser misionera en el mundo. “La fe nace de la escucha” (Rm 10,17). Si la Palabra de Dios resuena en la parroquia, si es Palabra viva y eficaz (Hb 4,12), se hace presente en cada asamblea parroquial y podrá desarrollarse una fe adulta y madura que, vivida entre los hombres y en la historia, se convertirá en una fe lúcida, capaz de conservar juntos los múltiples aspectos de la vida realizando la unidad de todo en Cristo.

*Koinonía*. Basilio de Cesarea dejó clara la sinergia divina constitutiva de la koinonía de Dios, Padre, Hijo y Espíritu santo. La unidad que se atribuye Dios no es contraria a la pluralidad, porque es siempre y simultáneamente comunión y diversidad. Por tanto, la Iglesia que es generada por la Trinidad debe asumir la forma de koinonía; de lo contrario no sería conforme al Dios que la ha querido y generado.

Otra expresión es “*ecclesia de eucharistia*”. Indica que la Iglesia recibe vida de la eucaristía, que siempre es vínculo de comunión, signo de unidad. Los cristianos no son simplemente llamados, son llamados juntos, convocados a la unidad desde la dispersión y desde la separación para formar un cuerpo (1Co 12,12-13), un edificio espiritual, un

---

<sup>152</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia”, No. 10.

pueblo, una nación santa (1P 2,5-10). “Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1Jn 1,3), y el Espíritu Santo es el que anima esta comunión (2Co 13,13). Por consiguiente, la parroquia debe modelarse a sí misma sobre la forma de la comunión trinitaria.

*Martyría.* indica el testimonio, la tarea confiada por el Resucitado a sus discípulos: “Recibiréis la fuerza de lo alto y seréis mis testigos hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8). Los que han sido hechos testigos de Cristo crucificado, muerto y resucitado son también enviados con la tarea de dar testimonio, de evangelizar. “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Cristo Jesús, que se entregó en rescate por muchos” (1Tm 2,3-6). Por eso, la parroquia debe ser misionera, sentirse enviada entre los hombres y ser capaz de dar testimonio en medio de ellos.

*Diakonía.* Como servicio a los pobres y a los marginados, es absolutamente necesaria para la vida de la Iglesia, en orden a ser conforme a la voluntad del señor: “Id, curad a los enfermos, sanad a los leprosos, expulsad a los demonios...” (Mt 10,8). La diakonía de la Iglesia es más amplia: se inscribe en el cumplimiento de la misión misma de Jesús, quien dijo: “No he venido a ser servido sino a servir” (Mt 10,45). Si los cristianos saben humanizar el ambiente que viven, si actúan siempre en la óptica de la reconciliación y la comunión, si resisten a la barbarie amenazadora en una coyuntura como la actual, entonces despliegan una diakonía como levadura en la masa o como sal en la comida, y la practican en la forma vivida y enseñada por Jesús.<sup>153</sup>

La parroquia continúa conservando la capacidad de ofrecer a los fieles el espacio para un ejercicio real de la vida cristiana, y también un lugar de auténtica humanización y socialización, tanto en un contexto de dispersión y anonimato, propio de las grandes ciudades, como en zonas rurales. A su vez, la *Pastores gregis* recuerda a cada obispo que es “el primer responsable de esta comunidad, eminente entre todas las existentes en una

---

<sup>153</sup> Bianchi y Corti, *La parroquia*, 27-45.

diócesis; y que, por tanto, debe reservar todo su cuidado hacia ella. De hecho, la parroquia es todavía el núcleo fundamental en la vida cotidiana de la diócesis”.<sup>154</sup>

Es necesario convertir la parroquia en casa y escuela de comunión donde todos asumen un estilo de corresponsabilidad, cada uno con su propio don y ministerio. Esto requiere –cada vez con mayor insistencia– una pastoral integrada. La expresión designa el estilo de la parroquia misionera y de la conversión pastoral tantas veces recordada. No existe misión eficaz, caracterizada por el signo evangélico de la *communio* si no es dentro de un estilo de comunión y con la conciencia de la misión común.

La Iglesia se realiza solamente dentro de la unidad de la misión. Esta unidad se hace patente en una pastoral común. Por eso, la propuesta de una pastoral integrada deja claro que la parroquia de hoy y de mañana no deberá concebirse ya con las puertas cerradas, sino dentro de una trama de relaciones estables. La parroquia no existe aislada, sino mantiene su vínculo con la *traditio*, remitiéndose a la apostolicidad de la iglesia, que se hace presente en el obispo con su presbiterio. Vive alimentándose de la apostolicidad de la Iglesia diocesana, a su vez en comunión con la Iglesia universal, bajo la guía del obispo de Roma.

Bajo la guía del obispo, los párrocos con el presbiterio deberán suscitar ministerios nuevos y corresponsabilidades significativas. La acción pastoral de la parroquia debe mantener el sentido de dos momentos esenciales: el doméstico, que vive los gestos constitutivos de la comunidad parroquial; y el exterior, que en interacción con otras parroquias y con la diócesis, imagina todas las intervenciones que puedan servir a las necesidades materiales y culturales de las personas.

La parroquia debe concebirse a sí misma en interacción con las demás realidades eclesiales presentes en el territorio.<sup>155</sup>

---

<sup>154</sup> Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal, “Pastores gregis”*, No. 45.

<sup>155</sup> Bianchi y Corti, *La parroquia*, 83-85.

## **1.6 La parroquia es sacramento de comunión y de solidaridad con la realidad**

Nuestra crisis social, económica, política y de unidad eclesial penetra nuestra realidad en la vida de las parroquias y compromete el corazón de la eucaristía, que nos ha sido dada –en palabras de San Agustín– como sacramento de unidad y vínculo de caridad. Todos los hechos enumerados en la realidad de la parroquia reclaman una reflexión eclesial sobre las potencialidades y exigencias de la eucaristía que celebramos, en orden a actuar como discípulos de Cristo en medio de la crisis que nos agobia.

Partimos del hecho incontrovertible de que la celebración de la eucaristía ha tenido en nuestra historia eclesial un puesto eminente, no sólo por la frecuencia de su recurrencia, sino también en áreas todavía amplias de nuestra población católica, por su irrigación continua en la cotidianidad de la vida, en la misa dominical o en las múltiples expresiones de religiosidad popular.

No resulta menos notorio que ésta, nuestra Iglesia, tan asidua a la celebración de la eucaristía, en la sociedad civil que la acepta como uno de los momentos constitutivos y expresivos de la convivencia ciudadana, viene sufriendo de tiempo atrás un resquebrajamiento recurrente de su unidad, que se manifiesta como inestabilidad conflictiva del cuerpo social, próximo ya al paroxismo de una desarticulación en el presente; además, no pocos actores del conflicto ciudadano de una y otra vertiente se confiesan creyentes en Cristo.

Nos urge el planteamiento responsable de graves preguntas: ¿Acaso la eucaristía, sin desconocer su sentido y valor en otras áreas de nuestra existencia cristiana y humana, poco puede aportar de sí misma al problema que nos ocupa? Y al mirar hacia adelante, ¿cómo potenciar su incidencia eficaz en la sanación y promoción de esa comunión eclesial en solidaridad ciudadana?

Sabemos y creemos que la eucaristía, en Cristo Jesús, es gracia del camino para quienes liberados de la servidumbre raizal del pecado, peregrinamos por el desierto de una historia humana contaminada hacia la humanización progresiva de hijos en fraternidad.

Como tal, es pan de éxodo; antes bien, en la perspectiva del profeta Isaías, es pan renovador, para empeñarnos aquí y ahora en abajar montes de dominación y rellenar abismos de odio, en irrigar arenas de muerte con aguas de vida; para transformar en oasis de paz fraterna nuestras ciudades y pueblos deshumanizados, nuestros campos abandonados y empobrecidos. Y así es pan de esperanza, que sostiene un compromiso eficaz de ir preparando esa aurora de humanidad que anhelamos, cuando nos ocuparemos en hacer de las espadas instrumentos de un progreso material, cultural y social, equitativamente compartido entre todos.

Sabemos y creemos que nuestra eucaristía es vigor y promesa efectiva de comunión de cada uno con todos, por cuanto es mediación cualificada de comunión con Cristo mismo, y en él, encuentro de hermanos en el único Padre que todos confesamos.

Cristo-pan es paradigma de comunión y solidaridad. Si el acto que simboliza comer y beber a Cristo “eucaristizado” es algo más que el remedo de una ilusión, y si es realmente eficaz su promesa de que “el que me come vivirá por mí” (Jn 6), quien así lo hace con honestidad y apertura responsables, ¿no tendrá una esperanza sólida de irse humanizando a lo divino, hasta poder decir –con Pablo– “ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”(Ga 2,20). No vive ya el triste yo de los recelos y las cobardías, de los acaparamientos y las indiferencias, de los distanciamientos y los conflictos, sino vive en mí Cristo, paradigma supremo de la comunión y la solidaridad.

Porque todos somos un solo pan. Nuestra eucaristía es una oferta real de Cristo para irnos transformando a su imagen en personas deseosas y capaces de construir la comunión eclesial y la solidaridad. Porque uno solo es el pan, todos somos un solo pan, un solo cuerpo, pues todos participamos de este único pan.

Si acompañamos a Pablo en su dolorosa sorpresa ante la fragmentación de la comunión eclesial, que corroía la cena de sus queridos corintios, todo apunta hacia una misteriosa identidad sacramental de Cristo, cuerpo y sangre compartidos, con su cuerpo, que es la Iglesia. De atenernos a la amonestación de Pablo, “eso ya no es comer la cena del señor, porque cada uno come su propia cena”. ¿No es manifiesto que el atropello a Cristo eucaristizado se concretiza en la violación de su cuerpo eclesial?<sup>156</sup>

Por y con los hermanos eso, la comunión con Jesús –de la cual deriva la comunión de los cristianos entre sí– es condición absolutamente indispensable para dar fruto y no fracturar ni dividir: “Separados de mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5). Y la comunión con los otros es el fruto más hermoso que los sarmientos pueden dar: es don de Cristo y de su Espíritu.

El modelo de Iglesia sacramento ha sensibilizado la conciencia cristiana acerca de la presencia operante del Señor en la realidad social e histórica llamada Iglesia, que viene a ser en Cristo como un sacramento, es decir, señal significativa e instrumento actuante para el encuentro con Dios.

Si con el Vaticano II la sacramentalidad encontró su eclesiología y la eclesiología encontró su sacramentalidad, no por ello la Iglesia o el sacramento han encontrado aún su antropología real e histórica; una que permita afirmar que la comunidad real llamada Iglesia está históricamente significándose y produciendo una salvación y una comunión fraternal de la que se declara señal e instrumento.

La realización de tal modelo sólo es posible con la condición de que el sacramento y la Iglesia sacramento se sitúen en un renovado contexto lógico que haya encontrado sus profundas raíces antropológicas; es decir, si el símbolo sacramental llamado Iglesia es

---

<sup>156</sup> Cfr. De Roux, “Eucaristía y comunión”, 30-37.

perceptible y significativo, no como ente, sino como comunidad de hermanos, congregación igualitaria de fieles y, sobre todo, comunión operante de los santos.<sup>157</sup>

### **1.7 La parroquia, comunidad profética, sacerdotal y real**

La parroquia, que de alguna manera representa a la Iglesia visible establecida por todo el mundo, tiene por consiguiente la triple misión que ha sido encomendada al pueblo de Dios.

- *Una misión profética*, testimonio de fe eclesial, la evangelización y la catequesis, iluminación de las realidades temporales.

- *Una misión sacerdotal*, consagración del mundo a Dios por la vida de fe, y de manera especial, por la oración comunitaria y personal y por la celebración comunitaria de los sacramentos, particularmente, el de la eucaristía.

- *Una misión real*, construcción de la Iglesia de la caridad sensible ante todos los problemas humanos, servidora de todos, especialmente de los pobres.

Si queremos que las parroquias sean centros de irradiación misionera en sus propios territorios, deben ser también lugares de formación permanente. Esto requiere que se organicen en ellas variadas instancias formativas que aseguren el acompañamiento y la maduración de todos los agentes pastorales y de los laicos insertos en el mundo.<sup>158</sup>

---

<sup>157</sup> Parra, *De la Iglesia misterio a la Iglesia de los pobres*, 102-105.

<sup>158</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, 144.



## 1.8 La parroquia, signo e instrumento de salvación

En la parroquia, el ser humano muere y resucita con Cristo mediante el bautismo, que es precisamente la puerta por la que entra en la Iglesia, nace de nuevo, se incorpora a Cristo y a la Iglesia.

La vida entera de cada uno de los fieles de la parroquia queda elevada, gracias al sacramento pascual, la misa, que se prolonga en la jornada diaria. Los esfuerzos de cada día, los problemas de cada momento, todo lo que se vive en la parroquia, se constituye en ritos de una misa permanente.

La Iglesia de los primeros tiempos vio en la eucaristía el sacramento del testimonio supremo. A sus ojos, el mártir es el cristiano cuyo ejemplo brinda la imagen destacada de la verdadera vida cristiana; es el auténtico celebrante de la eucaristía. El sacramento pascual está en el origen del martirio de la Iglesia: “Te ofrecemos el sacrificio” que da al martirio todo su valor y su fundamento. El martirio es el fruto de quien vive la celebración de la eucaristía. Los testigos de Cristo tienen que prepararse con fortaleza y valentía, pensando que cada día se les da de beber el cáliz de la sangre de Cristo, para que estén dispuestos a derramar su sangre por El. Al mismo tiempo que invita al martirio, la eucaristía ofrece la gracia para cargar la cruz: es una fuerza para todos cuantos la reciben; los que quieren ser discípulos misioneros del Salvador se alimentarán con el banquete de unidad en la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna: la eucaristía diaria y especialmente la eucaristía dominical. Este es el reto para todas las parroquias, beber y comer el banquete de Dios.

Después de haber dado su testimonio, “las víctimas gloriosas ocupan un lugar en donde Cristo se ofrece como víctima”, bajo el altar eucarístico; se les debe esta ubicación, ya que los mártires son la “suprema celebración del misterio de la misa, el memorial en el mundo de Cristo en su pascua”.<sup>159</sup>

---

<sup>159</sup> Durrwell, *La eucaristía, sacramento pascual*, 140-141.

Hacer de la parroquia signo e instrumento de salvación significa proclamar la muerte del señor hasta que vuelva. La eucaristía afina directamente su sentido en el Crucificado. Es memoria realizadora en nuestro presente de esa entrega del señor Jesús hasta la muerte y muerte de cruz (1Co 11,24-25).

## **1.9 La renovación de la parroquia**

En los umbrales del siglo XXI, la renovación de la parroquia es sin duda una gran aventura para la Iglesia universal. Por fidelidad a Dios –que nos llama a ser signo hoy y siempre de la comunión que ofrece a todos los seres humanos, sin excepción– y por fidelidad a las nuevas generaciones para ser testigos del Evangelio, se trata de un redescubrimiento de la dimensión profundamente pascual de la existencia cristiana; se trata de proponer la fe y de vivir firmemente en la esperanza.

Algunos teólogos aplicaron a la parroquia la nueva eclesiología de la Iglesia local. En la línea renovadora eclesial y pastoral, se destacan los aportes de Y. Congar, F. X. Arnold y K. Rahner. En definitiva se trata de aplicar a la parroquia la eclesiología de la Iglesia diocesana (Rahner), al tiempo que influye en ella la concepción de una pastoral orgánica (Arnold), sin olvidar su apertura al mundo (Congar).

Frente a una parroquia equivalente a masa cultural de fieles sin reciprocidad interpersonal y sin compromiso social exterior, el movimiento de renovación eclesial ha puesto de relieve a la comunidad. El Vaticano II, impulsor de la Iglesia local, entiende la parroquia como “*coetus fidelium*” (*Sacrosanctum Concilium*), “*communitas christiana*”, “*paroecialis*” (*Christus Dominus*) o “*ecclesialis*” (*Presbyterorum ordinis*).

Los constitutivos teológicos de la parroquia renovada son expresados en el Concilio Vaticano II: la parroquia representa a la Iglesia universal y es una parte de la Iglesia diocesana. No es *populus* de bautizados ni territorio, sino comunidad de fieles en virtud de la fe personal y de los sacramentos. Lo principal de la parroquia no es el beneficio, sino el

ministerio, ya que la acción pastoral es entendida, desde el ministerio de la Palabra, como servicio primero y fundamental y, a partir de la eucaristía, como centro de reunión de creyentes, con la proyección evangelizadora y social de toda ayuda posible.<sup>160</sup>

Con mirada retrospectiva teológica, y desde la esperanza, el teólogo Ratzinger aventura una serie de características que, a su parecer, tendría aquella Iglesia de Cristo del siglo XXI: Una Iglesia de creyentes con sacerdotes que no fuesen funcionarios de servicios religiosos, activistas, sino hombres que, a partir de Dios, se ponen a disposición de sus hermanos, con formas ministeriales nuevas y favoreciendo la auténtica participación de laicos cualificados que permanezcan en su profesión. Una Iglesia que habría perdido mucho, más pequeña, sin privilegios, comunión de pequeñas comunidades a las que sólo se llega por el kerygma, el anuncio misionero, una Iglesia que deberá empezar completamente de nuevo.

Se trata de descubrir que el Dios revelado por Jesucristo y comunicado por su Espíritu nos invita a reencontrarlo en el mundo de hoy. Es donde él nos llama a vivir la aventura de la fe. El Espíritu Santo nos impulsa, como en todas las épocas, a acoger el Reino de Dios en nuestras condiciones actuales. El párroco ya no es el único agente de proximidad en la parroquia, pues en una parroquia que quiera ser cercana a su entorno humano, el servicio de proximidad debe ser realizado por todos los responsables.

Un punto de renovación de la parroquia es la *catolicidad*; tiene su fuente en la Trinidad y su anclaje en nuestra condición humana y su destino histórico. Se dice que el cuerpo eclesial es católico en función de su cabeza, Cristo, quien recapitula toda la creación. Hablar de catolicidad de la comunidad eclesial es reconocer que ella está llamada a reflejar una diversidad que tiende a la unidad, a vivir una apertura a lo universal abrazando las particularidades.

---

<sup>160</sup> Floristán, *Para comprender la parroquia*, 49-51.

La nota de catolicidad se aplica a la Iglesia local diocesana, que es eminentemente la Iglesia realizada en un lugar. Uno de los lugares privilegiados donde se hace visible esta catolicidad es la asamblea eucarística en la cual la comunidad toma cuerpo.

Otro punto de referencia para la renovación es de orden teológico y es inherente a toda comunidad cuyos miembros se dicen seguidores de Jesucristo y pretenden vivir de su espíritu. Se trata *de la fraternidad*. Ésta nace de la participación de todos en la vida divina por el Bautismo.

La nueva parroquia y las comunidades locales deben reconstruir pacientemente la calidad de las relaciones con la Iglesia. Deben, sobre todo, ofrecer en este lugar caminos de fraternidad para permitir que se realice aquí y ahora la humanidad, tal como Dios la quiere.

Hay que pasar de una pastoral de encuadramiento de la población, para satisfacer sus necesidades religiosas, a una pastoral de engendramiento de la comunidad, para promover su misión.

Hay que revalorizar *el domingo y redescubrir su dimensión profética*. La asamblea dominical aparece como el anti-babel y expresa con hechos que es posible reconocerse y reconciliarse a pesar de y en medio de las diferencias. Anuncia que es posible vivir juntos. Despertar a los fieles a la catolicidad de la asamblea dominical y a la unidad que ella hace posible es incitarles a luchar, durante la semana, contra el aislamiento, la exclusión y el anonimato.

Hacer Iglesia en el mismo hecho de la celebración dominical es reconocer con gozo que nos precede el amor de Dios y que hallamos gracia en su alianza. El aspecto más profético de la eucaristía dominical es la asamblea que comparte el pan de vida, la ofrenda de Cristo que da su vida para la salvación del mundo. El pan compartido invita al don de uno mismo y hace que nos arriesguemos a compartir con nuestros hermanos.

En la parroquia renovada, el párroco preside a una comunión de comunidades, a un conjunto de comunidades locales en comunión con la diócesis; ejerce la función de pastor y además se dedica a la formación de la auténtica comunidad cristiana. Su función tiene la triple dimensión de engendrar a la fe (paternidad espiritual), reunir a la Iglesia de Dios por Cristo en el Espíritu (comunión eclesial) y alimentar en ella, por la misión, la inquietud por la universalidad (apertura misionera). Aun cuando el párroco no lo hace todo, sí cuida que se haga todo. Muy lejos de absorber todos los carismas y la diversidad de ministerios, su ministerio sacerdotal de presidencia suscita y promueve esta riqueza de dones y de servicios en el cuerpo eclesial.

La parroquia renovada demanda un ejercicio del ministerio presbiteral que articule a un tiempo la responsabilidad del párroco, la colaboración de otros fieles en el ejercicio de la autoridad pastoral y la participación de la comunidad parroquial, especialmente por medio del consejo de pastoral de la parroquia.

En el contexto de la pluridimensionalidad se debe situar el establecimiento del *diaconado* permanente. Éste constituye una oportunidad para despertar a la comunidad eclesial a la diaconía de Cristo y para incitarle, por efecto de atracción, a seguir a quien se ha hecho servidor de todos. Se trata de asumir el contexto de modernidad en el que nos hallamos y transformarse en una Iglesia en estado de misión, pues la evangelización sigue siendo la razón de ser de la Iglesia.

A todos los bautizados corresponde la difusión del Evangelio a los ámbitos donde se desarrolla la vida de la gente, para actuar allí como fermento de renovación. El Vaticano II ha indicado algunos espacios concretos donde debe desarrollarse el apostolado de los laicos: la ciencia y la cultura<sup>161</sup>, la vida familiar<sup>162</sup>, la acción social, económica y política y

---

<sup>161</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución dogmática *Lumen gentium* (LG) sobre la Iglesia”, No. 36; Idem, “Decreto *Apostolicam actuositatem* (AA) sobre el apostolado de los laicos”, No. 1; Idem, “Constitución pastoral *Gaudium et spes* (GS), sobre la Iglesia en el mundo actual”, No. 62; Idem, “Decreto *Ad gentes* (AG) sobre la actividad misionera de la Iglesia”, No. 21.

<sup>162</sup> LG No. 35; AA No. 4, 11; GS No. 47ss.

la solidaridad entre personas y las naciones<sup>163</sup> y la salvaguarda de la paz<sup>164</sup>, la promoción de la dignidad humana, la defensa de los derechos humanos, la salvaguarda de la creación y la técnica, entre otros. Hoy es decisiva la presencia de los bautizados en la vida social, para el anuncio de la Buena Noticia. El apostolado de los pastores no consigue su pleno efecto sin la participación de los laicos.<sup>165</sup>

El dispositivo pastoral de una diócesis debe contener espacios y niveles diversos para ayudar a nuestros contemporáneos a llegar a ser cristianos y hacer Iglesia. Hemos de adoptar procesos diversificados. De la renovación de la parroquia se pasa, pues, a la necesidad de reconfigurar el conjunto de la diócesis, de modo que podamos imaginar, para nuestro tiempo, espacios para la propuesta y para el testimonio del Evangelio.

El desafío es triple: imaginar el anuncio del Evangelio y una forma de vida cristiana en el contexto de la modernidad; imaginar espacios destinados al encuentro con el Evangelio para personas que se sitúan de modos diferentes respecto de lo religioso; imaginar otro modo de presencia de la Iglesia en la sociedad cuando lo que se observa es una disociación entre la cultura y la fe y cuando la sociedad se va construyendo al margen de la Iglesia.

Las ideas sin duda no producen transformación y cambio: el cambio verdadero lo produce el encuentro con Jesús. Por tanto, es necesario reconfigurar el modelo pastoral de la parroquia, para que dé respuesta al mundo de hoy. El futuro de la parroquia se construye por medio de una verdadera conversión, la cual requiere un proceso continuo.<sup>166</sup>

Este es un momento para descubrir y discernir los signos de los tiempos y es necesario romper paradigmas con visión de futuro.

---

<sup>163</sup> AA Nos. 7, 23; GS Nos. 63ss.)

<sup>164</sup> GS Nos. 77ss.

<sup>165</sup> AA No. 10.

<sup>166</sup> Cfr. Lanza, *La parrocchia in un mondo che cambia*, 5-8.

Muchas veces vemos los paradigmas de los demás pero no vemos nuestros propios paradigmas. Es necesario saber escuchar y hablar sin paradigmas, pues estos nos impiden renovarnos y crecer. Cuando nosotros rompemos nuestros paradigmas tenemos la oportunidad de crecer. Cuántas veces nosotros tenemos esos paradigmas en la práctica pastoral [...]. Cambiar paradigmas es la única forma de crecer, es la única posibilidad para enfrentar los nuevos desafíos que nos manifiestan el Concilio Vaticano.<sup>167</sup>

---

<sup>167</sup> Secretariado de Evangelización y Catequesis, SEDEC, Pbro. Lic. Víctor Manuel Solís, *La parroquia renovada, comunidad de comunidades*, 98.

## Capítulo 2

### LA PARROQUIA A LA LUZ DE LA ÚLTIMA CENA

La orientación de la parroquia desde la perspectiva de la Última Cena se manifiesta en la proclamación de 1Co 11,26: “Anunciamos la muerte del Señor hasta que venga.” La unidad de la comunidad constituye una preocupación importante en la enseñanza de Jesús a sus discípulos. Este don se realiza por la potencia del Espíritu, que se les otorga cuando Jesús lanza su aliento sobre ellos. A la comunidad se accede mediante la vinculación a Cristo.

La Última Cena constituye el marco en el que se realiza el servicio de Jesús a sus discípulos. En el texto de Jn 13,1-15, al evangelista le interesa presentar a Jesús, al final de su vida, prestando a sus discípulos el servicio que realizaban los esclavos, es decir, lavar los pies. El lavatorio es el bautismo que cada cual ha recibido, y tiene que ver además con el perdón de los pecados, que se necesita una y otra vez.

El lavatorio de los pies es expresión de su amor entregado, que se realiza en la muerte de cruz. Al participar en la comida, comiendo y bebiendo, el individuo obtiene la unión personal con Cristo. En esa relación sacramental-personal con Cristo, el que participa en la comida recibe la vida como don divino. Tener vida divina en sí mismo, como fruto de la unión sacramental-personal con Cristo, constituye la quintaesencia de la concepción joánica de la eucaristía. Pero es Pablo quien profundiza en la concepción de eucaristía, al subrayar –junto a la idea de la unión con Cristo– la de la unión entre los que participan de la cena.<sup>168</sup>

En el cuerpo martirizado y la sangre derramada, la entrega sacrificial del Hijo al Padre se realiza intrahistóricamente como entrega convival a los suyos, y el ser-libre-para-los-demás, de Cristo se hace en nosotros libertad-liberada para la comunión y la participación integrales.

---

<sup>168</sup> Cfr. Gnllka, *Teología del Nuevo Testamento*, Vol. 3, 21, 324, 331, 338, 340, 431, 486.



De la Cena de despedida de Jesús emerge así –en el corazón de la Iglesia pascual– la cena del Señor resucitado. Éste vive en ella, en medio de los suyos, como Espíritu vivificante, y los congrega como familia que participa de una sola mesa. De esta manera, la vida de Cristo, sacrificialmente entregada, se hace la única vida de todos.<sup>169</sup>

Los evangelistas, cada uno a su manera, han destacado en primer término la iniciativa de Jesús en la preparación y presidencia de la cena. Antes que una palabra sobre el pan y sobre el vino, la eucaristía es interpelación a los discípulos, diálogo, intimidad con Jesús y comunión con quien –como nuestro anfitrión– prepara y preside por sí mismo la mesa de su Iglesia. Es una autocomunicación de Jesús a los suyos. El mismo “tomad y comed”, tan decisivo en el gesto eucarístico, se ubica primariamente en la línea de una relación interpersonal.<sup>170</sup>

La idea dominante consiste en que la comunidad de mesa crea entre los comensales una comunidad de existencia, que en este caso sería la parroquia. La celebración diaria de la cena, por parte de la comunidad primitiva (Hch 2,42-46), es la continuación del contacto diario de Jesús, como comensal, con sus discípulos.

En cambio, la doble acción eucarística de Jesús al término de la cena del Señor, la constituyen dos gestos: la fracción del pan, que iniciaba la comida, y la eucaristía del cáliz, que la concluía. En correspondencia con el ofrecimiento del pan, Jesús dio a beber de su copa a todos los comensales; y al ofrecer el cáliz, quiso significar una bendición.

El pan y el vino no son ofrecidos como alimento y bebida para presentar la muerte de Jesús sino porque el pan y el vino son dones salvíficos.<sup>171</sup>

---

<sup>169</sup> Cfr. De Roux, Rodolfo. “Eucaristía desde Puebla”, 297-298.

<sup>170</sup> Cfr. “Eucaristía, desafíos y esperanzas”, 60.

<sup>171</sup> Cfr. Ediciones Cristiandad, *Concilium 40, Revista Internacional de Teología*, 634-640.

## **2.1 La parroquia, sacramento de comunión en torno de la persona de Jesús como centro de una nueva comunidad**

Las acciones y relaciones en el relato de la Última Cena alrededor de Jesús implican la totalidad de lo real: Dios, la creación, los hombres de todos los tiempos. Durante el relato, Jesús realiza acciones de comunión: toma el pan y la copa de vino, gestos que muestran su relación con la tierra, con el trabajo y con el afán de los hombres.

Jesús pronuncia la bendición que va a prolongar la acción de Dios. Se vuelve hacia los comensales, según la tradición de su pueblo, toma el pan y la copa, no sólo para alimentarse sino también para compartirlos: ese alimento se convierte en comida fraterna. Aquí reside la originalidad de Jesús: parte el pan y distribuye la copa para simbolizar el don que hace de sí mismo a los discípulos y a la multitud, llevando a cabo la unidad de todos en su persona.

El nuevo alcance que da a los actos rituales de la comida se manifiesta por medio de la palabra. La mirada y la Palabra de Jesús llegan hasta el infinito del tiempo. Esta comunidad nueva que acaba de fundar, y que será inseparable de él, deberá repetir sus mismos gestos y palabras.

La transformación afecta a todos los ejes, ante todo a Jesús, a los discípulos y al universo. Su humanidad se transforma radicalmente con la muerte que él acoge y que por obra de Dios pasa a ser vida definitiva. Su cuerpo ya no es el que se veía; en adelante se manifestará en la Tierra de manera distinta, a través del don del pan y de la copa y de los discípulos unidos a él. En Jesús, se cumple la alianza nueva y actual; la referencia está en Cristo crucificado y resucitado. En él está presente Dios, y tal presencia se expresa ahora por medio del pan eucarístico.

Los discípulos también son transformados: “pasan” de la condición prepascual a la condición pascual, por el hecho de estar asociados a la transformación que caracteriza al propio Jesús. No son ya un grupo de compañeros en torno de Jesús de Nazaret, sino

constituyen una comunidad unida a Cristo, vivo por siempre, por medio de una comunión totalmente interior; al comer del mismo pan y beber de la misma copa, se convierten en un mismo cuerpo y viven la misma vida, que es Jesús; se convierten en responsables activos de hacer memoria de Jesús, abiertos a la multitud y a toda criatura existente en la creación.

Ahora bien, en el rito eucarístico, el pan y el vino –en los que en cierto modo se condensa la creación– simbolizan el cuerpo y la sangre de Jesús. Si hay transformación, ésta no se debe a la reunión para la comida ni al hecho de comer en sí mismo, sino a las palabras de Jesús. La transformación eucarística tiene dos características:

- En primer lugar, no es visible. Es cierto que la comunidad nueva está unida a Jesucristo, pero la presencia del Salvador se realiza a manera de ausencia. La transformación se opera sólo en virtud de una relación con una nueva fuente de existencia, que los hace pasar a otro orden de mediación.

- En segundo lugar, la universalidad es el otro rasgo de transformación eucarística. La Palabra de Jesús concierne a todos los creyentes de todos los tiempos.<sup>172</sup> En el Nuevo Testamento, comunión (*koinonía*) designa tanto la comensalidad o comunión de mesa como el servicio de ayuda.

Las palabras y acciones de Jesús *sobre el pan y sobre la copa* quieren establecer una relación dialogal, y apuntan a un alimento que se ha de asimilar en perspectiva de compromiso existencial. Es el propio Jesús quien da a comer su carne y a beber su sangre: el don dado es inseparable de su persona. Jesús no sólo trae y nos da el pan de vida, sino que él mismo es el pan de vida.

Es Jesús quien convoca a los discípulos, es él quien les habla, parte el pan, distribuye la copa y da un mandato. Es Jesús quien al hacerlos partícipes de su propia vida los transforma en una comunidad que sólo existe por él y en él. Así, por el acto de compartir el

---

<sup>172</sup> Cfr. Leon-Dufour, *La fracción del pan*, 100-104.

pan y el vino y por las palabras interpretativas que lo acompañan, Jesús establece un vínculo de identidad entre el pan eucarístico y su persona.<sup>173</sup>

## 2.2 La parroquia, una comunidad unida en el banquete eucarístico

*El Reino de Dios* supone en principio la comunión de Dios con el hombre. El signo preferente del Reino es *el banquete familiar*. Jesús es el Reino personificado. En los evangelios aparece participando con frecuencia en banquetes (Mt 11,19; Lc 7,34). En referencia a los profetas, estos vislumbraban el Reino de Dios como imagen de un banquete preparado “para todos los pueblos en el monte Sión: un festín de succulentos manjares, un festín de vinos generosos, de manjares grasos y tiernos, de vinos generosos clarificados” (Is 25,6). Jesús utilizará este símil del convite escatológico como expresión del Reino de Dios, subrayando al máximo aquel universalismo destacado ya por Isaías.

El Señor utiliza el motivo del *banquete nupcial*, pero advierte que el esposo ya está presente e insiste además en el vino nuevo del Reino, en la participación de los pecadores, que se convierten en signos de acogida gratuita, gestos de perdón con los invitados y de generosidad de Dios para con los pecadores, y por ello, en signo concreto de gracia y de alianza nueva, de la presencia de Dios.

Entre los principales momentos en los que Jesús invitó a una comida, se cuentan la multiplicación de los panes y la Última Cena. En los relatos de la multiplicación se destacan tres características fundamentales:

1. La compasión que Jesús siente por las turbas, su actitud de acogida (Mc 6,34; 8,2; Lc 9,11).
2. El paralelismo de los relatos de la multiplicación de los panes con las narraciones de la Última Cena.

---

<sup>173</sup> Martínez, *Sentido social de la eucaristía, II: La justicia hecha pan*, 67-68.

3. La analogía de la multiplicación de los panes, con el milagro del maná, tal como aparecerá luego en el cuarto Evangelio: Jesús, nuevo Moisés, alimenta al pueblo en el desierto.

El Evangelio de Juan menciona el convite de las bodas de Caná, la multiplicación de los panes y la Última Cena. Para Juan, Jesús no sólo invita al banquete y lo preside, sino él mismo es el banquete del Reino; de la misma forma en que no sólo da el pan, sino él mismo es el pan de vida. El banquete se convierte en una clave global de comprensión de toda la persona de la obra de Jesús.

El banquete de Jesús no sólo expresa salvación y vida, sino también unidad con él y con todos los invitados que se acercan a la mesa. Quienes participan están llamados a expresar coherencia con la persona de Jesús, con su vida, su obra y su misión, para que sea banquete de comunión. En el banquete, el comensal debe comportarse como servidor de todos (Mt 23,1) al estilo de Jesús. Esta actitud de servicio es una de las más genuinas, a la vez que es la más original del Jesús histórico. Lucas lo expresa en una parábola, según la cual el Señor, a su vuelta del banquete de bodas y ante los siervos que permanecieran vigilantes, “se ceñirá, los sentará a la mesa y se prestará a servirles” (Lc 12,37).

Por eso, la parroquia encarna esta realidad de banquete que debe congregarse a todos, especialmente a los pecadores y a los alejados. La mesa del banquete eucarístico no es mesa de exclusión sino de inclusión; es una mesa en la que la actitud propia de los comensales es el servicio hasta dar la vida por todos. La muerte en Jesús es sacramento de vida, y es en la entrega en las “manos del padre” (Lc 23,46) cuando la vida de Jesús se constituye y manifiesta como verdadero sacrificio que se orienta hacia el futuro: hacia la nueva creación del Reino, hacia una comunidad plena. Se trata pues de un “sacrificio de comunión”.

Por el mandato de hacer memoria de Jesús se pide a la Iglesia que llegue a su punto de origen: tal es la función de la memoria, con la particularidad de que en Jesús llega hasta el

Dios que actúa. En Jesús, la Iglesia encuentra el sentido de su misma existencia y se dispone a dejar a que Dios y Jesús actúen por medio de ella.

A través de la anamnesis, la Iglesia no sólo es invitada a pronunciar las palabras de la consagración sino a realizar una comida; pero esta no es comida que tiene por fin inmediato saciar, sino es un banquete eucarístico, que incluye preparación, consagración, comunión y misión. Esta experiencia de banquete eucarístico es la dimensión más significativa, porque da impulso a la Iglesia, al producirse el encuentro vivo con Jesucristo, y porque ha de manifestar en la existencia ordinaria lo mismo que Jesús vivió en la Tierra: el amor de Dios.<sup>174</sup>

La comunidad que participa en la celebración eucarística es ante todo una comunidad fraterna en la que se tejen valores trascendentales que van más allá de un simple compartir, y llegan hasta la experiencia de tener un mismo corazón y un mismo sentir.

Jesús establece una relación entre dos acciones. Una es la que él mismo lleva a cabo, ofreciéndose por la multitud durante la comida fraternal compartida, en el momento de sufrir. La otra es la de los discípulos en sus asambleas futuras:

El carácter convival de la eucaristía está expresando un profundo sentido de valoración de la dignidad de la persona humana; en la Cena de Jesús se está fundando una comunidad; en la “Cena del Señor” es una comunidad la que celebra. Se establece una realidad de efectiva comunión. Común-uniión, la eucaristía sacramento de comunidad.<sup>175</sup>

La memoria se realiza en concreto mediante el relato de lo que dijo e hizo Jesús. Tal relato tiene por misión poner a la persona en presencia del acontecimiento de la cruz salvadora. Jesús, al pronunciar las palabras sobre el pan y sobre la copa, expresa el sentido del don de su vida hasta la muerte: se da a quienes comparten su comida. La intención del texto es

---

<sup>174</sup> Cfr. *Ibid.*, 156.

<sup>175</sup> Martínez, *Sentido social de la eucaristía, III: Acontecimiento de justicia*, 34-35.

sobre todo invitar a estar presente y a comulgar de manera real en el acto de Jesús que salva al mundo.

*La copa bendecida* por Jesús fue una copa única, de la que todos los discípulos debieron participar. Los evangelistas así lo subrayan con cierto interés: “Tomadla y distribuirla entre vosotros” (Lc 22,17), “y bebieron todos de ella” (Mc 14,23); “bebed todos de ella” (Mt 26,27). Incluso Pablo alude también a la copa de bendición como copa de comunión o común: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?” (1Co 10,16)

Al dar de beber de su propia copa, Jesús quiere expresar la comunicación de un don único que es ofrecido por igual a todos los comensales a través de la participación de estos en su propia copa, es decir, en su propia suerte o destino. Se acentúa además la participación de todos en un único don, en la misma y única bendición, en la única copa de salvación.<sup>176</sup>

### **2.3 La parroquia, mediadora de una presencia eucarística que es presencia de comunión**

En el misterio eucarístico, el Señor está presente, como el que invita al banquete de la salvación. En el banquete eucarístico, el Señor es quien invita y preside, quien parte el pan y lo distribuye, a la vez que se da y se entrega a sí mismo en comunión a través de los dones del pan y del vino.

Es Cristo quien nos sale al encuentro y nos incorpora a sí mismo antes de que nosotros podamos incorporarle a él por la comunión eucarística. Con su presencia oblativa, de autodonación y entrega, Jesús sólo se hace presente a aquellos que, como miembros suyos, forman parte de su cuerpo eclesial.

---

<sup>176</sup> Cfr. Gesteira, *La eucaristía, misterio de comunión*, 23-57.

La presencia eucarística no puede reducirse a la mera presencia objetiva, al mero estar ahí propio de la pasividad de la materia inerte. La presencia personal es una presencia activa y no pasiva, dinámica y viva, no estática; es una presencia dialogal, intencional, y de algún modo consciente; sobre todo, es una presencia de comunión.

La Iglesia es la única mediación que nos permite hablar de una realidad objetiva y de una realidad personal, pero como comunión e interrelación. En el marco de la parroquia integrada al cuerpo de Cristo, el Señor resucitado se hace presente personalmente para nosotros y en nosotros, y es en ese mismo marco de la Iglesia, cuerpo de Cristo, en el que nosotros, sus miembros, nos hacemos también presentes a él, de forma recíproca y consciente.

En esa presencia dialogal hecha carne, hecha cuerpo en la comunidad eclesial, y de forma especial, en ese momento más denso y pleno de la existencia de la Iglesia (el banquete y la celebración eucarísticos, que plasman a la comunidad eclesial), realmente acontece la verdadera presencia de comunión de Cristo para nosotros y de nosotros para Cristo.

No bastan, para el misterio de la presencia eucarística, la mera fe individual ni la mera presencia en los dones objetivos. Ambos elementos son necesarios, pero si se integran y enmarcan en la realidad eclesial; porque es en los dones de la Iglesia donde acontece la presencia de Cristo para nosotros, y es a su vez en la fe de la Iglesia donde acontece nuestra presencia consciente y responsable para el Señor y ante él.

Por eso, sólo en el contexto de una parroquia creyente, que vive y celebra la vida en la muerte y la resurrección de Jesucristo, donde puede realizarse la presencia eucarística de Cristo a su Iglesia. En este contexto, resuena la Palabra creadora de Cristo y actúa su Espíritu.

Son la presencia actual y personal de Cristo en la celebración y la fe y oración de la Iglesia las que respaldan y garantizan la presencia somática de Cristo en los dones. La fe no es sólo



el fruto de la comunión eucarística sino también es el presupuesto necesario para que pueda darse la presencia real somática.

En una fe gradual, tal como la presentan los evangelios, los discípulos van aceptando progresivamente la presencia viva del Señor, en la medida en que se van dejando impregnar también por la vida nueva del Resucitado y por su Espíritu vivificador. La fe es necesaria para que la presencia de Cristo sea verdaderamente una presencia humana, personal, y no una mera presencia objetiva e inerte.

Anterior y previa a la presencia real objetiva, hay otra presencia actuante y vivificante de Cristo; él ha salido a nuestro encuentro antes de que nosotros nos acerquemos a él. Él viene a nosotros con el don de su presencia personal, de su Palabra y de su Espíritu y, por último, con el don pleno de sí mismo en los dones: sólo una vez acogido en el dinamismo de esta presencia progresiva y gradual, podemos recibirlo al final como alimento y comunión.

En este marco de una comunidad como lugar de presencia, el hombre debería convertirse en persona y dejar de ser mero individuo:

La liturgia, y en especial la eucaristía, tiende a crear un ámbito de verdadera comunión y presencia interpersonal, a crear personas que en el marco de la comunidad cuerpo de Cristo realicen su personalidad y la afirmación de sí mismos en el contexto de una auténtica comunión de amor y solidaridad y afirmación del otro, encontrando así la plenitud de su realización personal en la unión con Dios y con los hermanos.<sup>177</sup>

#### **2.4 Celebración de la Cena del Señor en la vida parroquial**

De la manera como la Pascua del Antiguo Testamento era la actualización de la salida de Egipto, acción salvífica fundamental de Dios, y aseguraba a Israel que Dios también se acordaba de su pueblo en el presente, así también la eucaristía es actualización del acto salvífico fundamental de la nueva alianza, la muerte y la resurrección de Cristo.

---

<sup>177</sup> Ibid., 282.

La centralidad del memorial eucarístico responde al orden histórico de la salvación, la pascua del Señor, que él quiso entregar a la Iglesia la víspera de padecer, con el mandato de perpetuar su sacrificio a lo largo de los siglos. Al obedecer ese mandato, la Iglesia no sólo celebra un rito sino que al mismo tiempo evangeliza y anuncia la comunión traída por Cristo.<sup>178</sup>

#### **2.4.1 Lo que hemos de creer: la eucaristía, banquete de comunión**

El acto de comer expresa una relación con la realidad creada, con la tierra de la que proceden los alimentos, con las fuentes de energía que los posibilitan y con la realidad cósmica entera. Además, la comida es recuerdo vivo de una tarea común de solidaridad, de respeto y protección a la naturaleza, como condición para obtener de ella los frutos que aseguran nuestra subsistencia. Esta solidaridad creatural ecológica reclama la solidaridad social.

La comida es también signo del trabajo del hombre, pues si bien hay frutos que la tierra produce directamente, esto sucede mediante el trabajo laborioso, el sudor y el esfuerzo del hombre. Pan y vino son productos naturales elaborados por el mismo hombre.

La comida es también manifestación de una necesidad del hombre, que padece hambre y sed, y requiere alimentarse para poder sobrevivir. Es además signo de benevolencia y acogida, sobre todo, cuando implica la invitación fundada en el amor. El acto de comer comienza a trascenderse por el mismo acto de compartir, que es más profundo, por tratarse de un compartir repartiendo, donando.

Es hacer vida en común, “un vivir-con”. Por eso, la comida es un momento privilegiado de la relación y la comunicación interpersonal, y viene a ser un verdadero banquete fraterno. Podemos decir que la comida es un momento de personalización, de comunión

---

<sup>178</sup> Cfr. López, *La celebración eucarística, centro de la vida cristiana*, 321.

interpersonal. Así pues, la perspectiva antropológica nos muestra que el banquete fraterno es también sustrato humano para la comprensión de la eucaristía como banquete de comunión.

Desde una perspectiva teológica, el banquete se concreta en la eucaristía en el pan y el vino, que son símbolos complementarios de la comunión con lo divino. Detrás del pan y del vino está la creación entera, con su alusión sacramental al Creador, con su significado de elementos de comunión con aquél del que reciben su origen, su fuerza generativa y co-creadora.

Cristo ha asumido el pan y el vino como símbolos para la eucaristía. Más aún, asume el signo del banquete y la comida fraterna. Un banquete es algo más que saciar el hambre y la sed. No es un acto individual, sino una fiesta en comunión, que congrega a la familia, a los amigos, a los convocados, a la comunidad. La función material del banquete, aunque es importante, viene superada por la función simbólica y espiritual, que tiende a expresar la unión y la comunión, la amistad o el amor, la alegría y la solidaridad.

En la eucaristía tenemos la compenetración entre el cuerpo de la humanidad comulgando con el cosmos (pan y vino) y el cuerpo de Cristo humanado (pan y vino transustanciados).<sup>179</sup>

La fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística y se alimenta de modo particular de la mesa eucarística. El sacramento del altar está siempre en el centro de la vida eclesial; gracias a la eucaristía, la Iglesia vuelve siempre a renacer.

Cuanto más viva es la fe eucarística al interior del pueblo de Dios, más profunda es su participación en la vida eclesial a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos.

---

<sup>179</sup> Borobio, *Eucaristía*, 184-188.

“Este es el trabajo que Dios quiere: que creáis en el que él ha enviado” (Jn 6,29). La eucaristía es misterio de la fe por excelencia, compendio y suma de nuestra fe. La primera realidad de la fe eucarística es el misterio de Dios, el amor trinitario. En la eucaristía, Jesús se da a sí mismo.

El pan que baja del Cielo es don gratuito de la Santísima Trinidad. Jesús manifiesta el sentido salvador de su muerte y resurrección, misterio que se convierte en el factor renovador de la historia y de todo el cosmos. La institución de la eucaristía muestra cómo la muerte de Cristo –de por sí violenta y absurda– se ha transformado en un supremo acto de amor de liberación definitiva del mal para la humanidad.

El Reino de Dios es un banquete: Lc 14,16-24. La meta de la historia es un banquete de abundancia. La eucaristía de los puros ha fracasado, pues ya tienen su propia cena. Es la hora de los impuros, de los pobres y excluidos: los pobres y enfermos de la ciudad parecían indignos de la fiesta de Dios, pero Jesús les ha llamado. Los excluidos de caminos y campos vagaban perdidos, sin rumbo: Jesús les ha llamado. En la base de toda eucaristía cristiana permanece esta parábola, que define la intención de Jesús y su comida, abierta a los excluidos de la ciudad. Hoy Jesús sigue invitando a su banquete, a la fiesta de vida que el mismo Dios ha preparado para todos.

Esta es la cena de Jesús: universal y de comunión, cercana, rechazada por aquellos que prefieren encerrarse en sus pequeñas disputas de pureza o en sus grandes egoísmos.<sup>180</sup>

#### **2.4.2 Lo que hemos de celebrar: el encuentro con Jesús resucitado**

“La Cena del Señor no es reproducir un acto que Jesús realizó, sino celebrar el ser del mismo Resucitado.”<sup>181</sup>

---

<sup>180</sup> Cfr. Pikaza, *Fiesta del pan, fiesta del vino, mesa común y eucaristía*, 185-186.

<sup>181</sup> Martínez, *Sentido social de la eucaristía, II: La justicia hecha pan*, 111.

Lo que la comunidad prepara, celebra y comparte es la presencia de Jesucristo, quien preside el banquete y es centro de la celebración. En las celebraciones de la primitiva comunidad se establece una verdadera comunión con el cuerpo y la sangre del Señor; pero a su vez la asamblea está orientada en la esperanza a la venida del mismo Señor. De esta manera, entre el ayer de la cruz y el mañana de la venida escatológica, se sitúa el hoy de la eucaristía, epifanía del Resucitado.

“La celebración festiva con el Resucitado en la liturgia eucarística sólo es posible anunciando la muerte del Señor hasta que él vuelva.”<sup>182</sup> Esta venida del Señor se ha de entender en la dinámica del Reino, en una actitud de construcción de la unidad.

En el Nuevo Testamento, el término anamnesis sólo aparece cuatro veces, tres en relación con la eucaristía. El mandato de Jesús en la Última Cena, por el que ordena a los discípulos “haced esto en memoria mía”, aparece en Lc 22,19, así como en 1Co 11,24 después de la fórmula del pan; pero Pablo vuelve a insertarlo después de las palabras del cáliz.

En cuanto a memoria humana, es principalmente el ámbito de la presencia personal, que al desbordar el marco espacio-temporal es reflejo en el tiempo de la eternidad divina. La memoria es el presupuesto indispensable para que pueda darse una presencia auténticamente personal y consciente, que sobrepuja la mera aproximación física accidental o el mero estar ahí, puramente objetivo de las cosas, pues la revelación de Dios no es mero desvelamiento, sino comunión amorosa y dialogal de un ser personal que invita a conservar estas cosas en el corazón (Lc 2,19.51).

*La memoria* es el ámbito privilegiado para sintonizarse con el Señor resucitado, quien puede hacerse presente y nos permite a nosotros establecer contacto con él. En la celebración memorial, a la vez que se va realizando el encuentro progresivo del hombre con Cristo, es el propio hombre quien deberá irse encontrando consigo mismo y con los otros.

---

<sup>182</sup> Espinel, *La eucaristía del Nuevo Testamento*, 223-248.

*El memorial* no es un rito vacío, ni responde a un requerimiento formal o a un ejercicio de memoria. Jesús apunta a revivir toda su acción profética y pide un compromiso radical de sus discípulos. El memorial va más allá de lo que viene a significar el concepto de memorial bíblico, pues Jesús seguirá siendo el protagonista de esta acción profética eficaz.

Este gran misterio se celebra en las formas litúrgicas que la Iglesia –guiada por el Espíritu Santo– desarrolla en el tiempo y en los diversos lugares. En tal contexto, es importante el papel decisivo que desempeña el Espíritu Santo en el desarrollo de la forma litúrgica y en la profundización de los divinos misterios. Cristo mismo, en virtud de la acción del Espíritu, está presente y operante en su Iglesia, desde su centro vital que es la eucaristía. Lo que toca el Espíritu es santificado y transformado totalmente.

“El Espíritu que invoca el celebrante –sobre los dones del pan y del vino puestos sobre el altar– es el mismo que reúne a los fieles “en un solo cuerpo”, haciendo de ellos una oferta espiritual agradable al Padre.”<sup>183</sup>

### **2.4.3 Lo que hemos de vivir: la parroquia como sacramento de comunión**

Era convicción del cristianismo primitivo la vivencia eficaz de la presencia de Cristo en la vida de la comunidad. La comunidad se reúne para partir el pan. La celebración apunta más allá del simple comer o del simple nutrirse. Se trata de un verdadero compartir con el otro, de un reconocerlo hermano, miembro del cuerpo de Cristo. Así, celebrar la cena del Señor es celebrar una comida comunitaria, un banquete eclesial, un convite fraterno. En definitiva, la parroquia es sacramento de comunión al estilo de la eucaristía, que es también sacramento de comunión.

La eucaristía nos lleva a examinar y a hacer un discernimiento de cómo es nuestra comunión con Cristo y también de cómo está el corazón de cada uno de los miembros de la

---

<sup>183</sup> Benedicto XVI, *Exhortación apostólica postsinodal “Sacramentum caritatis”, sobre la eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia*, No. 13.

comunidad. Al apuntar al corazón, ese “examínese cada cual” es un indagar sobre sí mismo en sinceridad profunda y sin engaño alguno. Así, ante la asamblea litúrgica en la que los fieles se congregan en la búsqueda del Señor, ante este ágape fraterno y eucarístico, cada uno ha de juzgarse en la vivencia de la caridad a Dios y al prójimo.

La primigenia comunidad experimenta cómo la “fracción del pan” les aproxima al hermano, hasta hacerlos un solo cuerpo, pues en un mismo banquete, bajo una misma alianza, son alimentados con un único pan.<sup>184</sup>

La transformación de los dones nos remite a una transformación más honda: la de las personas y la historia humana. La metamorfosis del mundo y de la creación entera sólo adquiere su verdadera densidad y hondura si acaece enmarcada en la transformación más amplia de las personas. Sólo en la medida en que se transfigura el hombre, se transfigura también el entorno humano, el mundo y las cosas.

La transformación de los elementos no es disociable de nuestra transformación en el cuerpo de Cristo. Sólo en la medida en que nosotros somos transformados en hijos por y en el Hijo, acaece la transformación y el cambio de las cosas, de los dones. Esos dones no son dones anónimos, impersonales, sino son *nuestros*: los de una comunidad que tiene que quedar convertida en el cuerpo de Cristo. Vivo y resucitado, continúa transfundiendo en el cuerpo de su Iglesia su misma vitalidad, y hace de ella una alianza nueva y una comunión vital.

El verdadero problema de la eucaristía no radica tan sólo en los dones el cuerpo de Cristo, sino sobre todo en hacernos a nosotros mismos el cuerpo de Cristo. San León Magno habla de la verdad del cuerpo y la sangre en el sacramento de la comunión, del que participamos, para que al recibir la virtud del manjar celestial nos transformemos en la carne de aquel que se hizo carne nuestra. Porque la participación en el cuerpo y sangre de Cristo no hace otra cosa que convertirnos en aquello que comemos.<sup>185</sup>

---

<sup>184</sup> Martínez, *Sentido social de la eucaristía, II: La justicia hecha pan*, 111-116.

<sup>185</sup> Cfr. Gesteira, *La eucaristía, misterio de comunión*, 598-602.

La consagración eucarística no sólo es de las cosas; debe ser a la vez consagración de las personas en un solo cuerpo, al participar del único banquete del Reino. La asamblea también debe ser transformada sin cesar en una realidad nueva. Las fórmulas “esto es mi cuerpo entregado” o “esta es mi sangre derramada” recaen también sobre nosotros y se ordenan a transformar una comunidad humana y no sólo a los dones en cuerpo de Cristo.

Lo que Jesús pretende como meta última es una participación y una comunidad de mesa, que a través de esos dones nos conduzcan a una incorporación a su propia persona y a su vida. Los dones no son fin en sí mismos, sino medio para conseguir aquel objetivo último: nuestra incorporación a Cristo.

La conversión sustancial del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre introduce en la creación el principio de un cambio radical, como una forma de “fisión nuclear”, por usar una imagen bien conocida hoy por nosotros, que se produce en lo más íntimo del ser; un cambio destinado a suscitar un proceso de transformación de la realidad, cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios será todo para todos (cfr. 1Co 15,28).<sup>186</sup>

La comprensión de la Iglesia como sacramento puede servirnos como perspectiva sintética de su identidad y de su misión desde ángulos distintos. Cristo es el sacramento por antonomasia. Él revela y hace presente –de modo singular e irrepetible– al Dios invisible, porque en él no se da distancia alguna entre el signo y los significados: en él lo humano y lo divino están unidos de modo personal. Jesús es el sacramento radical.

De la sacramentalidad de Cristo vive la Iglesia como sacramento; ella realiza su sacramentalidad en cuanto hace presente a Cristo y en virtud de la gracia del mismo Cristo. En este sentido, es la Iglesia sacramento de Cristo. Es lo que expresaba la bella imagen patristica del *mysterium lunae*: así como la luna refleja la luz del sol (no la suya propia), la Iglesia ha de proyectar sobre los hombres el fulgor de Cristo, el sol que la ilumina.

---

<sup>186</sup> Benedicto XVI, *Exhortación apostólica postsinodal “Sacramentum caritatis”, sobre la eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia*, No. 11.



Por eso la parroquia que expresa la Iglesia sólo tiene la misión de reflejar a Cristo, vive para expresar entre los hombres toda la salvación que nos viene de Dios. De esta manera, todos estamos llamados a descubrir, desde la eucaristía, la parroquia como sacramento, una comunidad que es capaz de proyectar la luz que le viene de Jesucristo.

## CONCLUSIONES

La eucaristía –“fuente y cumbre de la vida de nuestra Iglesia y de cada una de sus comunidades”<sup>187</sup>– es el gran don que Cristo nos ha dado en su pascua como sacramento de comunión. Por eso, la Iglesia –desde siempre y por esencia “sacramento”, es decir, signo e instrumento de la unidad– está llamada a reflejar esta gracia en todas sus tareas. Y la parroquia, célula viva de la diócesis, no tiene otra misión que la de ser sacramento de comunión, alimentada y enriquecida por la eucaristía.

El vínculo entre *eucaristía y comunión, entre eucaristía e Iglesia* se pone enérgicamente de manifiesto en los escritos bíblicos. El hecho de que en la situación actual no sea posible *que todos los cristianos nos reunamos en torno de la única mesa del Señor* es una herida profunda en el cuerpo del Señor, y en el fondo, un escándalo.

La plenitud humana del encuentro con Dios, la salvación, se suele expresar con la imagen del *banquete*.

No hay duda de que el aspecto más evidente de la eucaristía es el de banquete. La eucaristía nació la noche del Jueves Santo, en el contexto de la cena pascual. Por tanto, conlleva en su estructura el sentido del convite: “Tomad, comed [...]. Tomó luego una copa y se la dio diciendo: Bebed de ella todos.” (Mt 26,26-27). Este aspecto expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente.<sup>188</sup>

En los textos lucanos se destacan las comidas de Jesús con pecadores y publicanos, con fariseos y con sus discípulos.

Jesús transgrede las normas de pureza, pero también lo hace la comunidad cristiana. A Pedro se le acusa de que “ha entrado en casa de incircuncisos y ha comido con ellos” (Hch

---

<sup>187</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática “Lumen gentium” sobre la Iglesia*, No. 11.

<sup>188</sup> Juan Pablo II, *Carta apostólica “Mane nobiscum Domine”*, No. 15.

11,3). El compartir con los impuros de Israel cuestionaba las fronteras étnicas del propio pueblo y la tarea consistía en crear condiciones de comunión. Jesús pretende reconfigurar un nuevo mundo simbólico, en el que la misericordia sustituye a la pureza. El “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36) sustituye al “sed santos como Dios es santo” del Antiguo Testamento.

El acceso a Dios no consiste en un proceso de separaciones y aislamientos. La misericordia implica una estrategia de misión, de acercamiento a lo que está fuera de las fronteras, de hospitalidad para con lo extraño. Es un nuevo orden simbólico que debe inspirar a la parroquia como sacramento de comunión.

La comunidad cristiana tiene carácter incluyente y reúne a gente de las más dispares procedencias étnicas y sociales. En la comunidad cristiana se prefigura un nuevo tipo de relaciones sociales. Jesús se dirige a todo el pueblo de Israel. Su costumbre de comer con los pecadores (en Lc 15,1-2.4-7.8-10) y sus parábolas tienen como motivo la invitación a una comida. Es claro que son parábolas de búsqueda de lo perdido. Cuando el hombre y la mujer encuentran a la oveja y a la dracma, respectivamente, quieren hacer a todos partícipes su alegría. Jesús quiere que los escribas y fariseos modifiquen su forma de valorar la realidad y comprendan el sentido profundo de su acercamiento a los tenidos por pecadores.

*Partir el pan: camino eclesial* (Hch 2,42). Bajo esta designación, Lucas sitúa a la eucaristía en el centro de la vida comunitaria, en continuidad con la enseñanza de los apóstoles y con la comunión fraterna.

*El simbolismo lingüístico del alimento y del compartir la mesa.* En la tradición profética (Is 25,6-9) y sapiencial (Pr 9,1-6), Jesús asume el símbolo literario del banquete, como expresión totalizante de los bienes del Reino (Mt 22,1-2; Lc 14,15-17). La mesa de los hijos, restringida a los confines de Israel, delimita los caminos históricos que el Padre ha señalado a su anuncio personal de la Buena Nueva (Mc 7,27); pero también migajas de esa misma mesa pueden recompensar desde ahora la fe humilde de la sirofenicia (Mc 7,28-30).

Y en la fe desbordante del centurión romano, ve Jesús perfilarse el traspaso de la herencia de Abrahán, Isaac y Jacob a las multitudes que vienen, de Oriente y Occidente, a sentarse con ellos a la mesa de Dios.

La preferencia de Jesús por la imagen del banquete no es arbitraria. Responde al plan de Jesús en la revelación del Padre.<sup>189</sup>

*Dios acoge y busca lo que se consideraba excluido.* En el fondo, hay una lucha: el Dios de la santidad, al que se accede separándose de lo profano y lo impuro, y el Dios de la misericordia, al que se accede en la medida en que se busca la incorporación de los excluidos, lo cual hace saltar los límites del sistema.

La parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32) es significativa y reitera la utilización de la imagen del banquete y de la comida (23-30). Otro texto especial en el contexto del banquete es Jesús en la casa de Zaqueo (Lc 19,1-10): cuando Jesús atraviesa Jericó, entra a hospedarse en la casa de este jefe de publicanos. De Jesús parte la iniciativa de ir a hospedarse ahí (v.5). La mesa es el centro de la casa, y hospedar a alguien es ante todo comer con él. Hospedarse en casa de un pecador significa incurrir en impureza y desafiar el orden social de Israel.

A Jesús le interesa la reintegración de los excluidos del pueblo. Finalmente, otro ejemplo de que a Jesús le interesa una mesa de comunión es la parábola de Lc 14,15-24, que trata sobre un anfitrión poderoso que ofrece un gran banquete. Los invitados se excusan, por lo que aquél llama a los pobres, a los ciegos y a los cojos. Y rompe todos los esquemas, al hacer entrar al banquete a los sectores más marginados. La comunidad creyente de Lucas no es una comunidad cerrada y excluyente, sino abierta e inclusiva. Participar en la comunidad cristiana implica romper con los valores establecidos.

---

<sup>189</sup> Cfr. De Roux, *El pan que compartimos, II: La cena con los doce*, 54-57.

Las comidas de Jesús con sus discípulos revelan con claridad el sentido de su vida y su destino, y son ocasión de amplias enseñanzas, en las que subraya los valores que supone el Reino de Dios. Como ya se anotó, revelan el destino del Mesías, que pasa por la cruz y por la muerte, e invitan a los discípulos a participar de este mismo estilo de vida.

Lucas subraya el carácter de comunión de la cena pascual: “Id y preparad la Pascua para que comamos” (22,8). Es Jesús mismo el anfitrión del banquete, que –contra todas las convenciones establecidas– no ocupa el puesto de honor a la cabeza de la mesa, sino está en medio como servidor (Lc 22,27).

La comida de Emaús, descrita como partir el pan, restablece los vínculos con Jesús. La presencia de Cristo resucitado ahí sugiere que las comidas son algo más que una mera reunión de creyentes: incluyen la comunión con el Resucitado. Así como la eucaristía es fuente y epifanía de comunión, debe ser la parroquia unida a la diócesis:

Quando los discípulos de Emaús le pidieron que se quedara “con” ellos, Jesús contestó con un don mucho mayor, mediante el sacramento de la eucaristía encontró el modo de quedarse “en” ellos. Recibir la eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús. “Permaneced en mí, y yo en vosotros” (Jn 15,4). Esta relación de íntima y recíproca “permanencia” nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra [...]. Se nos da la comunión eucarística para “saciarlos” de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el Cielo.<sup>190</sup>

Si la eucaristía es misterio de luz, la parroquia está llamada también a iluminar en medio de las sombras. La eucaristía es luz, ante todo, porque en cada misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos mesas. Sus palabras hacen arder los corazones de los discípulos, los sacan de la oscuridad de la tristeza y la desesperación, y suscitan en ellos el deseo de permanecer con él: “Quédate con nosotros, Señor” (Lc 24,29). “Es Cristo mismo quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura.”<sup>191</sup> Es la Palabra de Dios la que toca la vida y la ilumina.

---

<sup>190</sup> Cfr. Juan Pablo II, *Carta apostólica “Mane nobiscum Domine”*, No. 19.

<sup>191</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución conciliar “Sacrosanctum Concilium” sobre la sagrada liturgia*, No. 7.

Igual que cuando lo escucharon, lo reconocieron, porque los signos hablan cuando las mentes están iluminadas y los corazones enfiervescientes, *al partir el pan, reconocieron a Jesús* sus seguidores, lo cual indica una participación en su misión y en su destino. Participar de la mesa es la expresión más decisiva del hecho de estar vinculado a la comunidad y compartir los mismos valores y el mismo destino. Las palabras del Señor preparan para reconocerlo, en la fracción del pan, en la mesa de comunión.

El banquete como comida solemne y compartida puede expresar la plenitud de salvación. También se hace uso particular del comer y beber como expresión de la vida egoísta, injusta y despreocupada respecto de Dios y de los hombres (Lc 6,25; 12,19); come, bebe, banquete, equivale a atesorar para sí y no ser rico ante Dios (Lc 12,45; 16,19; 17, 27-28).

La imagen del banquete en los evangelios le propone a *la parroquia ser una mesa para todos*. Refleja un nuevo orden para su vida como sacramento de comunión. En el contexto de las comidas compartidas, Jesús cuestiona a las jerarquías vigentes de su sociedad y propugna *unos valores alternativos*.

En las comidas con los fariseos, critica a quienes buscan los primeros puestos (Lc 14,7-11; 20,26); el valor para una parroquia-sacramento de comunión es elegir los lugares *más humildes* (Lc 14,10-11). Critica también los ritos de pureza de los alimentos (Lc 11,38-39.42). La parroquia-sacramento de comunión es exhortada a tener una *opción preferencial por los pobres*, por los excluidos y los tenidos por excomulgados, para acercarse a lo sagrado (Lc 14,12-14).<sup>192</sup>

En el contexto de una comida con sus discípulos, Jesús critica el poder y la autoridad, tal como se entienden habitualmente, encareciendo el servicio y la entrega (Lc 22,14-38). La parroquia-sacramento de comunión está llamada a plasmar en su realidad la imagen del

---

<sup>192</sup> Aguirre, *La mesa compartida*, 59-124.

*Señor sirviendo a la mesa, a toda la comunidad;* es el paradigma de de los nuevos valores del Reino (Lc 12,37; 22,27).

*La parroquia tiene que ser un solo pan, un solo cuerpo.* La comunión eucarística no puede experimentarse fuera de la comunión eclesial. La parroquia, que hace parte del cuerpo de Cristo, camina con Cristo, y debe estar en relación con toda la Iglesia –así como en profunda comunión con la vida diocesana– para expresar así su naturaleza y origen y arraigada en el cuerpo de Cristo. Esta comunión la hace posible el Espíritu Santo: él la promueve y la hace realidad. El pan eucarístico hace a la parroquia sacramento de comunión, un solo cuerpo.

*La eucaristía edifica la parroquia como sacramento de comunión,* según el supremo modelo expresado en la oración sacerdotal: “Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21). La eucaristía es fuente de la comunión parroquial y epifanía de comunión. Ante un individualismo marcado hoy, en todos los ambientes, Jesús nos pide la comunión:

Es comunión jerárquica, basada en la conciencia de las distintas funciones y ministerios, recordada también continuamente en la plegaria eucarística al mencionar al Papa y al obispo diocesano. Es comunión fraterna, cultivada por una “espiritualidad de comunión” que nos mueve a sentimientos recíprocos de apertura, afecto, comprensión y perdón.<sup>193</sup>

En una palabra se expresa la fraternidad. La misma plenitud del encuentro definitivo con Dios y con todos los hombres se describe como un banquete lleno de alegría.

Sin embargo, lo que debe ser la expresión emblemática de la fraternidad puede convertirse trágicamente en el lugar donde se ponga de manifiesto la injusticia, la ausencia de solidaridad, el distanciamiento entre los pocos que tienen mucho y los muchos que apenas

---

<sup>193</sup> Juan Pablo II, *Carta apostólica “Mane nobiscum Domine”*, No. 21.

tienen nada. “El rico celebraba cada día espléndidos banquetes”, mientras el pobre Lázaro “deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico” (Lc 16,19-21).

Toda sociedad establece sus mecanismos propios de control y discriminación. Sin duda, el dinero y la riqueza, junto con la salud y la belleza física, como realidades estrictamente materiales, son en la actualidad el valor central que erige fronteras. La parroquia tiene que ser una comunidad abierta, de modo que se eliminen las barreras sociales que siempre amenazan con instalarse en su interior.

Las comunidades cristianas del Nuevo Testamento no pretendieron transformar directamente el mundo en el que vivían y sus estructuras sociales. Tenían desde el principio conciencia de la comunión que unía a las diversas comunidades entre sí, y por tanto, se sentían integrantes de un movimiento universal; pero aparecen como pequeñas comunidades en medio de un mundo culturalmente ajeno y hasta hostil, y su primera preocupación es construir la fraternidad y reflejar en su interior los valores nuevos del Reino de Dios. Esto deberían ser las comunidades parroquiales: una red de los valores del Evangelio.

Donde se expresa de forma eminente la fraternidad, puede revelarse su ruptura. El banquete es el símbolo de la plenitud del Reino de Dios, y el comer da pie al símbolo más positivo: la comunión plena entre Dios y los hombres.

*La parroquia como sacramento de comunión debe tener “un solo corazón y una sola alma”* (Hch 4,32). La eucaristía motiva e interpela a la parroquia por el ideal de la comunión plasmado en el libro de Hechos de los Apóstoles, como el gran paradigma de una comunidad para la Iglesia de todos los tiempos. La parroquia congregada alrededor de los apóstoles, en este caso, bajo la autoridad del obispo, y encomendada a un párroco como pastor propio, siempre en relación estrecha con la Iglesia particular, es convocada por la Palabra de Dios, y es capaz de compartir no sólo lo que concierne a los bienes espirituales, sino también a los materiales (Hch 2,42-47; 4, 32-35).



Tal es la tarea de una parroquia cada día en *la fracción del pan*. Ésta y la denominación de la cena del Señor, fundamento de la celebración eucarística, tienen un claro contexto de comensalidad. Dicha celebración tiene un carácter marcadamente comunitario, matiz que se compenetra con las nota de comunión, identidad y fraternidad subyacentes en la comunidad de mesa.

*La parroquia es la casa de la mesa compartida*. Jesús entra a comer en casas muy distintas, tanto de fariseos como de publicanos, o se procura una casa en Jerusalén para compartir la mesa con los discípulos. La comunidad cristiana se reúne en las casas, y es en ellas donde parte el pan.

La casa va a servir para expresar los valores del Reino de Dios: la solidaridad, dar sin esperar recompensa, gratuidad, servicio... El centro de la casa es la participación de la mesa. La mesa participada y compartida es la expresión del Reino de Dios, de su presencia histórica. En torno de la mesa se manifiesta la acogida o el rechazo. La comunidad que parte el pan en Jerusalén, llena de alegría, es el Israel que “come y se regocija en el Señor”, el pueblo de Dios definitivo en el que no hay pobres.

Esta es la verdadera imagen que la parroquia hoy debe proyectar como alternativa ante unos ámbitos donde impera la pobreza, el hacinamiento, el desempleo, los desplazamientos forzosos y la delincuencia, debido a que no hay pan para todos y la inseguridad prolifera en todas sus expresiones, entre otras, la corrupción, la cultura de la muerte y el deterioro del ecosistema y de la dignidad humana.

El pan compartido y la mesa fraterna han sido y siguen siendo fuente de esperanza para los pobres de todos los tiempos. Ellos son quienes mejor entienden el sentido genuino de las palabras de Jesús cuando habla de que los hambrientos serán saciados y de que el Reino de Dios es un banquete.

Todo el peso de la historia cristiana, con sus tergiversaciones y pecados, no puede sofocar la fuerza transformadora ni el dinamismo espiritual de la esperanza de una mesa compartida, en la que todos tengan su puesto y que representa el desafío de una parroquia sacramento de comunión.

*La parroquia tiene su origen, su meta y su prototipo en Dios.* Los textos del Nuevo Testamento son testimonios de experiencias vitales. La máxima inspiración de una parroquia está “en el amor del Padre, la gracia del señor Jesucristo, y la comunión del Espíritu Santo” (2Co 13,13). En la vida trinitaria está la raíz última de la parroquia como sacramento de comunión. Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo (1Co 12,4).

Ellos son para el bien de la comunidad y para su edificación; son obra del mismo Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo (1Co 12,4). Es el mismo Dios el que está sobre todos, por todos y en todos (Ef 4,6); pero sobre todo, el apóstol quiere dejar bien claro que lo más profundo y lo deben ser compartidos por todos la fe, la esperanza y principalmente la caridad, que es el más importante de todos.

La eucaristía, el sacramento de la unidad, obra de la Trinidad; así mismo, vincula a todos los miembros con Cristo, y a todos entre sí como hermanos. El bautismo es la proclamación entusiasta de la vida nueva y de la unidad asombrosa proporcionada por la incorporación a Cristo:

Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: “Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Ga 3,26-28). En el llamamiento a la comunión de Ef 4,1-6 se recuerda que hay “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre”.

*La parroquia-sacramento de comunión se proyecta a la misión, enviada por el obispo diocesano, sucesor de los apóstoles* porque el encuentro con Cristo en cada comunidad parroquial, a través de la eucaristía, suscita en ella y en cada cristiano la exigencia de

evangelizar y de dar testimonio; según las palabras del apóstol Pablo, “cada vez que coméis de este pan y bebéis de esta copa, proclamareis la muerte del Señor, hasta que vuelva” (1Co 11,26).

El apóstol relaciona íntimamente el banquete y el anuncio: entrar en comunión con Cristo en el memorial de la pascua significa experimentar al mismo tiempo el deber de ser misioneros del acontecimiento actualizado en el rito. La despedida al finalizar la misa es como una consigna que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad.<sup>194</sup>

La eucaristía pasa de Jesús al cristiano y por su testimonio tiende a irradiarse en toda la parroquia, para transformarla y ser fermento en medio de un ambiente de globalización, de individualismo, de culturas artificiales, de subjetivismo, de maltrato de las mujeres, de avaricia del mercado y de exclusión, entre otros. En este campo, la parroquia-banquete de comunión tiene una ardua tarea de transformación. Ésta sólo tiene lugar en la medida en que la persona del Señor resucitado se hace presente, congregando a los fieles en torno de sí, como pan de vida, y haciendo de ellos una única comunión y un único cuerpo suyo.

Jesucristo asume y recapitula en sí mismo la historia humana, enseñándonos que el amor es la ley fundamental, capaz de transformar y transfigurar el mundo. Cristo, “constituido Señor por la resurrección”, libera por el Espíritu a sus fieles, “para que por la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida humana, se proyecten hacia las realidades futuras, en las que la propia humanidad se convertirá en oblación acepta a Dios (Rm 15,16).

El Señor dejó tal esperanza a los suyos y el alimento para el camino, en el sacramento de la eucaristía, en la que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos, en la cena de la comunión fraterna y en la degustación del banquete celestial. De esta manera,

---

<sup>194</sup> Juan Pablo II, *Carta apostólica “Mane nobiscum Domine”*, No. 24.

...los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, y en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo [...] volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el Reino eterno y universal. Un Reino que ya está misericordiosamente presente en nuestra tierra; pero cuando venga el Señor, quedará consumado en su perfección.<sup>195</sup>

*La parroquia, lugar de acogida y comida en comunión*, debe ser fiel a su Maestro en la experiencia de compartir la mesa con los pobres, los pecadores y los oprimidos, y deberá dar testimonio. La parroquia está siendo desafiada a tomar para sí el mismo escándalo de Jesús: “Éste come con publicanos y pecadores.” Con esta acogida al pecador, la parroquia se convierte en sacramento de comunión. En la mesa del Reino se sientan todos. En ella no sólo debe sentirse la filiación sino ante todo la fraternidad. Jesús acoge y acepta en la casa de su Padre a quienes desean disfrutar de la abundancia de sus bienes.

De este modo, sobre el trasfondo de la parroquia, la eucaristía debe anunciar la presencia del Reino con la acogida de toda clase de personas que deseen compartir una misma mesa. *La comensalidad del Maestro* plantea un cuestionamiento a la parroquia de hoy, que se reúne en torno de la mesa del Señor para vivir su gesto de la fracción del pan. Hoy, más que seguir en la dinámica de la exclusión con los pecadores públicos, deberíamos entrar en la dinámica de Jesús, quien acoge a todos en su banquete. La acogida es el paso a la conversión.

La nueva parroquia debe superar, como los primeros cristianos, la mentalidad cerrada de comer con los del grupo y echar fuera a quienes no pertenecían a la circuncisión, para abrir el universo, como Dios quiere, a quienes se encuentran alejados.<sup>196</sup>

Finalmente, como *proceso pastoral*, quiero indicar una *parroquia-sacramento de comunión a partir de los pobres*. No se debe olvidar que el gran desafío que vivimos en América Latina es la búsqueda de la liberación, la transformación de las estructuras sociales

---

<sup>195</sup> Concilio Vaticano II, “Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual”, Nos. 38-39.

<sup>196</sup> Cfr. Barrios, *La comunión de mesa*, 392-399.

y la búsqueda de un hombre nuevo liberado de sus propias esclavitudes. En el continente se ocasiona la muerte prematura de muchísimos hombres y mujeres, debido a la vida de opresión que han padecido.

La parroquia, con su misión de anunciar el Evangelio, puede contribuir decididamente en esta esperanza que anima la entrega y el compromiso; en este contexto y para él, debe anunciar la Buena Noticia de Jesús. Se perciben tensiones que amenazan la unidad del cuerpo eclesial, y por tanto, su significación evangélica. Más que nunca, se experimenta la necesidad de vivir y construir una parroquia donde sea posible una convivencia humana sin dominaciones ni autoritarismos, donde exista un verdadero espíritu de comunión que sea sacramento, signo eficaz de la fraternidad y justicia que ella anuncia.

Con el propósito de contribuir a la consolidación de la renovación institucional que viene abriéndose paso al interior de la Iglesia en el continente, es de notable importancia reflexionar sobre las relaciones existentes entre los laicos y la jerarquía. Los laicos, por ser oprimidos y pobres, al organizarse dentro de la Iglesia, pueden encontrar en ella un espacio de libertad para ser sujetos de su fe y su vida; su búsqueda de una mayor participación y renovación de la parroquia, como de la sociedad, nos permite reflexionar sobre el compromiso de los cristianos en la transformación social.

Al estudiar la jerarquía, deseamos abordar los problemas vinculados con la institucionalidad de la Iglesia, el poder sagrado, la autoridad y el ejercicio del ministerio ordenado. Se debe reflexionar sobre las renovaciones del ejercicio de la misión jerárquica existentes en la vida eclesial, como también sobre la problemática relacionada con la construcción de la comunión entre comunidad y jerarquía.

Se manifiesta la madurez de la parroquia que asume la evangelización como un proceso permanente de encarnación y de seguimiento de Jesús en situaciones históricas irrepetibles. Es una eclesiología militante, porque quiere estar comprometida con la edificación de la

parroquia; y porque se lanza con gran pasión sobre las urgencias de la realidad eclesial, al estilo de Pablo.

También es militante porque quiere situarse dentro del dinamismo de renovación eclesial. La opción por los empobrecidos corresponde a una opción por los mismos cristianos. Lograr un cambio cualitativo en la parroquia, para que se exprese como sacramento de comunión, requiere en primer lugar que la parroquia quiera “hacerse buen samaritano” de las personas de su comunidad despojadas y empobrecidas, al optar por los pobres. Tal sería la “verdadera revolución copernicana” en la Iglesia y en la teología.

En segundo lugar, requiere que desempeñe una nueva función social de carácter profético, no legitimadora de la injusticia, para pasar a ser perseguida, calumniada y reprimida.

En tercer lugar, ha de permitir que los pobres sean sujetos y creadores de eclesialidad a su interior, sin recibir tutelas o paternalismos.

En cuarto lugar, debe encontrar una forma de evangelización que articule liberación personal y social, para hacer que la fe sea una esperanza activa capaz de transformaciones históricas.

Desde la óptica diocesana, la parroquia es entendida como un acontecimiento comunitario donde existe una igualdad fundamental, porque todos, por el bautismo, somos integrados en el pueblo de Dios, todos hermanos, todos sumergidos en el Resucitado y todos ungidos por el Espíritu Santo. La comunión constituye el concepto clave de toda la comprensión de la parroquia; existe comunión en la Iglesia porque todos participan, por la fe y los sacramentos, de la gracia divina.

Todos los cristianos poseen la responsabilidad de vivir a partir de la comunión con Dios, y traducirla en comunión humana. Todos son activos en esta misión. Por la creación de comunión, todos los cristianos son creadores de substancia comunitaria o eclesial. La

comuni3n es la primera y la 3ltima palabra del misterio trinitario. La parroquia ha de ser sacramento hist3rico de la Trinidad; y lo ser3 en cuanto supere las desigualdades entre los cristianos, entre los diversos servicios eclesiales, y acepte vivir la unidad en la diversidad.

Cada cristiano es portador de carismas para el bien com3n, No hay miembros pasivos. La multiplicidad de dones no amenaza la unidad, sino la enriquece; el modelo que proviene de la Trinidad somete todos los servicios al imperativo de la comuni3n.

Todos los carismas son fundamentales y no accidentales; por ello, no deben ser simplemente tolerados sino asumidos. Lo que se opone al carisma es el ego3smo y el af3n de poder. La distinci3n entre jerarqu3a y laicado es secundaria; los ministerios son funciones de servicio al pueblo de Dios, dentro de 3l y en su favor. El poder puede ejercerse en la Iglesia como carisma, desde que sea ejercido como servicio y construya justicia. Sin embargo, el carisma superior es el amor. Es el carisma de los carismas.

La parroquia es servidora de la comunidad. Sirve a la comuni3n siendo responsable por la unidad, direcci3n y protecci3n de todos los carismas, integrando, impidiendo divisiones, manteniendo la circularidad y evitando las sobreposiciones. Ejerce adem3s el servicio de pastoreo, al conocer, cuidar y proteger las ovejas, ofreci3ndose a dar la vida por ellas. Posee una competencia prof3tica al tener como misi3n ser maestra de la verdad plena, no s3lo de Dios, de Cristo, de la Iglesia y del hombre, sino tambi3n de la verdad de la pobreza, de la explotaci3n sufrida por el pueblo, de la ilegitimidad de todo autoritarismo, y de las cruces que aplastan y martirizan a los pobres.

*Otro proceso pastoral es hacer comunidad en comuni3n y liberaci3n. Las personas constituyen el primer elemento de una comunidad en comuni3n. La parroquia no encuentra a3n su dinamismo comunitario porque tradicionalmente ha puesto su centro de gravitaci3n en objetos diversos a las personas.*

La comunión no se produce por elementos externos a las personas, sino mediante las personas mismas. No hay ni puede haber comunidad en medio de una masa anónima. Consciente de que lo personal e intersubjetivo es lo primario para el establecimiento de la comunidad en comunión, la Iglesia debe hacer una renovación de la estructura tradicional de parroquia y gestar pequeñas comunidades.

La familia cristiana es, en efecto, la célula primera de la Iglesia de Jesucristo y el lugar en donde se aprende por vez primera qué es comunidad, qué es comunión y qué es una relación interpersonal. Las pequeñas comunidades hacen un proceso que debe tener como fundamento la educación en la fe, experiencia de iniciación cristiana para vivir el Evangelio y actuar realísticamente un proyecto de liberación sociopolítica, económica y cultural que permita entonces a sus miembros conocerse, dialogar e interesarse unos por otros.

Así escucharán con sentido la Palabra del Señor y compartirán cristianamente los bienes y las posibilidades. Tales comunidades, políticas y eclesiales al mismo tiempo, estarán renovando desde la base las estructuras internas de la Iglesia y de la sociedad civil.

Eventualmente presididas por el presbítero, ellas celebrarán el sacramento de nuestra comunión con Cristo presente entre los suyos, entre los pobres, los débiles y necesitados de amor y liberación.

El segundo elemento capital de la comunidad en comunión es *la igualdad fraterna de todos* sus miembros. Esta igualdad fundamental no deriva de los acuerdos internacionales sobre los derechos humanos. El legítimo derecho humano de igualdad total y de no discriminación, por razón de sexo, de condición social o de nacionalidad, deriva de la dignidad de cada persona como ser hecho a imagen y semejanza de Dios y de la libertad con la que Cristo nos ha liberado, para que “no haya entre vosotros varón ni mujer (discriminación por razón del sexo), esclavo ni libre (discriminación por razón de la condición social), judío ni griego (discriminación por razón de la nacionalidad), sino que seamos uno en Cristo Jesús” (Ga 3,28).



El Papa, los obispos, los presbíteros y los diáconos de la Iglesia se diferencian de los demás fieles en un único elemento: su especial llamado y su especial consagración sacramental para ser los servidores de la comunidad de los hermanos, pastores que dan la vida por las ovejas. La igualdad fundamental no se opone en manera alguna a la diversidad.

El tercer elemento estructurante de la comunidad en comunión es *la diversidad*. Ésta viene ya señalada por la naturaleza misma de las cosas, que hace de nosotros hombres y mujeres, con psicologías diferentes, caracteres y personalidades plurales, idoneidades, y la capacidad de cada cual de ser él mismo, autónomo, libre, irrepetible. La comunidad es verdaderamente tal ahí donde cada uno puede ser sí mismo y donde siendo sí mismo no sólo se siente aceptado sino valorado y acogido, para que enriquezca a la comunidad de la Iglesia con su pensamiento, su personalidad, sus capacidades y aptitudes.

La diversidad en la comunidad es riqueza, en tanto que la uniformidad es necesariamente empobrecimiento y recorte de dinamismo para la causa de Jesús. Se ha dicho que la comunidad es tal cuando cada uno puede sentirse en ella como en su propia casa.

El cuarto y último elemento de la comunidad en comunión *es la unidad*: unidad de corazones, unidad de voluntades, unidad de propósitos comunes, que integran la riqueza de la diversidad comunitaria. La unidad de la Iglesia resulta de la unidad de todos y de cada uno de los bautizados con las personas divinas de la Trinidad. Quien mantiene la unidad es el Señor. La unidad resulta de la operación comunitaria por la que cada uno de los miembros del colectivo se siente responsable y solidario, en comunión y participación. La comunidad unida y participativa supone la obediencia de todos a un plan conjunto.

Poner en marcha estos cuatro elementos significa lograr una comunidad en comunión y auténtica participación. Los elementos de la vida comunitaria de la Iglesia hallan plena correspondencia con lo que la misma Iglesia enseña y proclama sobre la vida comunitaria del mismo Dios. Para el cristianismo, Dios no es un ser solitario sino relacional: el Padre

por su relación interpersonal con el Hijo; y la relación interpersonal del Padre y del Hijo, en el amor y en la comunión, se denomina el Espíritu Santo.<sup>197</sup>

La renovación del entramado parroquial es sin duda una gran aventura para la Iglesia universal, y lo hace por fidelidad a Dios, que nos llama a ser signo de la alianza que ofrece a todos. También lo hace por fidelidad a nuestros contemporáneos, porque deseamos allegarnos a ellos desde su búsqueda de sentido y sus experiencias espirituales, y arriesgar con ellos unos pasos en el camino del Evangelio, no para inculcárselo, sino para ser testigos de su fecundidad.

El Resucitado nos acompaña en este paso. Su Espíritu nos urge a abandonar toda nostalgia del tiempo pasado y a dejar nuestras añoranzas al pie de la cruz, para reconocer todavía hoy la fidelidad de Dios. El misterio de la muerte y resurrección está en el corazón de nuestra vida de fe, y estos pasos vividos con el Resucitado conducen a una vida nueva. No es hora para el optimismo sino para la esperanza, hora de engendrar comunidades parroquiales para despertarlas a la misión.

---

<sup>197</sup> Cfr. Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, *Theologica Xaveriana* 82. *Dios habla en nuestra historia*, 179-187.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Rafael. *La mesa compartida*. Santander: Sal Terrae, 1994.
- Albarracín M., Tadeo. “La celebración de la eucaristía.” *Theologica Xaveriana* 157 (2006): 13-20.
- Álvarez Alfonso, Bernardo. *La Iglesia diocesana*. España: Producciones Gráficas, 1996.
- Auer, Johann. *La Iglesia, sacramento universal de salvación: Curso de teología dogmática*. Tomo VIII. Barcelona: Editorial Herder, 1986.
- Barrios Tao, Hernando. *La comunión de mesa*. Colección Teología Hoy 58. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia universidad Javeriana, 2007.
- Benedicto XVI. “Discurso inaugural.” En *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*, editado por el Celam, 258. Bogotá: Ediciones Paulinas, 2007.
- \_\_\_\_\_. *Exhortación apostólica postsinodal “Sacramentum caritatis”, sobre la eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2007.
- Bestard, Joan. *Corresponsabilidad y participación en la parroquia: el consejo de pastoral*. Madrid: PPC, S.A., 1995.
- Bianchi, Enzo y Corti, Renato. *La parroquia*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2005.
- Borobio, Dionisio. *Eucaristía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2000.
- Borras, Alphonse y Routhier, Guiles. *La nueva parroquia*. Santander: Editorial Sal Terrae, 2009.
- Bueno de la Fuente, Eloy. *Eclesiología*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.
- Castro, Luis Augusto. “Eucaristía y misión universal.” *Theologica Xaveriana* 133. *Entrégate en memoria mía* (2000): 17-28.
- Celam. *I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Rio Janeiro, Brasil. Declaración*. Río de Janeiro: Ediciones Paulinas, 1955.
- Celam. *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Medellín, Colombia*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 1968.

- \_\_\_\_\_. *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, México. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*. Bogotá: Editorial L. Canal, 1979.
- \_\_\_\_\_. *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Conclusiones, Santo Domingo, República Dominicana*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 1992.
- \_\_\_\_\_. *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Aparecida, Brasil, 2007. Documento conclusivo*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 2007.
- \_\_\_\_\_. *La parroquia en el tercer milenio*. Bogotá: Consejo Episcopal Latinoamericano, 1999.
- Concilio Vaticano II. “Constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la divina revelación.” En *Concilio Ecuménico Vaticano II. Documentos*, edición oficial patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, 156-180. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- \_\_\_\_\_. “Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual.” En *Concilio Ecuménico Vaticano II. Documentos*, edición oficial patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, 227-350. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- \_\_\_\_\_. “Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia.” En *Concilio Ecuménico Vaticano II. Documentos*, edición oficial patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, 49-156. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- \_\_\_\_\_. “Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia.” En *Concilio Ecuménico Vaticano II. Documentos*, edición oficial patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, 182-225. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- \_\_\_\_\_. “Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia.” En *Concilio Ecuménico Vaticano II. Documentos*, edición oficial patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, 182-225. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.

- \_\_\_\_\_. “Decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los laicos.” En *Concilio Ecuménico Vaticano II. Documentos*, edición oficial patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, 182-225. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- \_\_\_\_\_. “Decreto *Christus Dominus*, sobre el ministerio pastoral de los obispos.” En *Concilio Ecuménico Vaticano II. Documentos*, edición oficial patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, 353-389. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- \_\_\_\_\_. “Decreto *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros.” En *Concilio Ecuménico Vaticano II. Documentos*, edición oficial patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, 390-439. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- Conferencia del Episcopado Mexicano. *La parroquia en el tercer milenio*. Bogotá: Consejo Episcopal Latinoamericano, 2000.
- Congregación para el Clero, Pontificio Consejo para los Laicos. “El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial.” Bogotá: Ediciones Paulinas, 2002.
- Congreso “Evangelización y hombre de hoy”. Madrid: Editorial Edice, 1986.
- De Roux, Rodolfo. “Eucaristía desde Puebla.” *Theológica Xaveriana* 50 (1979): 291-306.
- \_\_\_\_\_. “Eucaristía y comunión.” *Theologica Xaveriana* 133: *Entrégate en memoria mía* (2000): 29-47.
- \_\_\_\_\_. *La mesa del Señor I: Sagrada Escritura*. Colección Teología Hoy. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, 1977.
- \_\_\_\_\_. *El pan que compartimos II: La cena con los Doce*. Colección Teología Hoy 20. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, 1994.
- \_\_\_\_\_. *Nueva evangelización, eucaristía y construcción comunitaria*. Colección Iglesia Nueva 97. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, 1991.
- Diócesis de Zipaquirá. *Plan quinquenal diocesano de renovación pastoral parroquial*. Bogotá: Editorial Kimpres Ltda., 2009.
- Durrwell, Francois-Xavier. *La eucaristía, sacramento pascual*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1986.

- Echeverri, Alberto. "La eucaristía en lo cotidiano y en la soledad." *Theologica Xaveriana* 37 (1975): 91-102.
- Echeverría, Lamberto de. *Código de derecho canónico* (5a. ed. revisada). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1995.
- Ediciones Cristiandad. *Concilium 40. Revista Internacional de Teología. La eucaristía, celebración de la presencia del Señor*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1968.
- Espinel, José Luis. *La eucaristía del Nuevo Testamento*. Salamanca: San Esteban, 1980.
- Floristán, Casiano. *Para comprender la parroquia*. Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 2001.
- \_\_\_\_\_. *Teología práctica, teoría y praxis de la acción pastoral*. Salamanca: Editorial Sígueme, 1991.
- Gesteira Garza, Manuel. *Eucaristía, misterio de comunión*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1999.
- Gnilka, Joachim, *Teología del Nuevo Testamento*, 3. Madrid: Editorial Trotta, 1998.
- Iglesia Católica. "Catecismo de la Iglesia Católica." *Vatican*, [http://www.vatican.va/archive/ccc/index\\_sp.htm](http://www.vatican.va/archive/ccc/index_sp.htm)
- Juan Pablo II. "Alocución a los obispos de Lombardía en visita *ad Limina*, 1 de febrero de 1987.
- \_\_\_\_\_. *Carta apostólica Dies Domine, el Día del Señor* (3a. ed.). Bogotá: San Pablo, 1998.
- \_\_\_\_\_. *Carta apostólica Dominicae cenae, sobre el misterio y el culto de la eucaristía*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 1980.
- \_\_\_\_\_. *Carta apostólica "Mane nobiscum Domine"*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 2004.
- \_\_\_\_\_. "Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (2001)." *Vatican*, [http://www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/apost\\_letters/documents/hf\\_jp-ii\\_apl\\_20010106\\_novo-millennio-ineunte\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apost_letters/documents/hf_jp-ii_apl_20010106_novo-millennio-ineunte_sp.html) (consultado el 4 de febrero de 2009).
- \_\_\_\_\_. "Carta apostólica *Redemptoris missio* sobre la permanente validez del mandato misionero." *Vatican*, [http://www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_07121990\\_redemptoris-missio\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_07121990_redemptoris-missio_sp.html) (consultado el 4 de febrero de 2009).

- \_\_\_\_\_. *Carta encíclica "Ecclesia de eucharistia"*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2003.
- \_\_\_\_\_. *Exhortación apostólica postsinodal "Ecclesia in América", la Iglesia en América", sobre el encuentro con Jesucristo vivo camino para la conversión, la comunión y la solidaridad*. Madrid: Editorial Palabra, 1999.
- \_\_\_\_\_. *Exhortación apostólica postsinodal "Cristifideles laici", los fieles laicos*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 1993.
- \_\_\_\_\_. *Exhortación apostólica postsinodal, "Pastores gregis", sobre el obispo servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2003.
- Kasper, Walter. *Sacramento de la unidad: eucaristía e Iglesia*. Santander: Editorial Sal Terrae, 2005.
- Lanza, Sergio. *La parrocchia in un mondo che cambia*. Roma: Edizioni ODC, 2003.
- Leon-Dufour, Xavier. *La fracción del pan: Culto y existencia en el Nuevo Testamento*. Ed. Cristiandad, Madrid, 1983.
- López, Julián. *La celebración eucarística, centro de la vida cristiana*. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2005. Especialmente 321.
- Martínez M., Víctor. "Eucaristía: la mesa del sentido. Celebración multicultural del Jubileo." *Theologica Xaveriana* 133: *Entrégate en memoria mía* (2000): 49-58.
- \_\_\_\_\_. "La eucaristía como alimento de fidelidad creativo de nuestra consagración cristiana." *Theológica Xaveriana* 157 (2006) 85-103.
- \_\_\_\_\_. *Sentido social de la eucaristía, I: El pan hecho justicia*. Colección Teología Hoy 23. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, 2003.
- \_\_\_\_\_. *Sentido social de la eucaristía, II: La justicia hecha pan*. Colección Teología Hoy 24. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, 2003.
- \_\_\_\_\_. *Sentido social de la eucaristía, III: Acontecimiento de justicia*. Colección Teología Hoy 25. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, 2003.
- Pablo VI. *Exhortación apostólica "Evangelii nuntiandi", sobre el anuncio del Evangelio hoy*, Bogotá: Instituto Misionero Hijas de San Pablo, 2001.

- Parra, Alberto. "Condiciones mínimas para que el laicado sea Iglesia." *Theologica Xaveriana* 83 (1987): 179-197.
- \_\_\_\_\_. *De la Iglesia misterio a la Iglesia de los pobres*. Cuadernos de Teología No. 7. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 1984.
- \_\_\_\_\_. "La eclesiología de comunión en Puebla." *Theológica Xaveriana* 50 (1979): 117-136.
- \_\_\_\_\_. *La Iglesia, contextos sociales, textos fundacionales, pretextos mundiales*. Colección Apuntes de Teología. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2005.
- Payá, Miguel Andrés. *La parroquia comunidad evangelizadora*. Madrid: PPC, S.A, 1995.
- Pikaza, Xavier. *Fiesta del pan, fiesta del vino, mesa común y eucaristía*. Pamplona: Editorial Verbo Divino, 1999.
- San José Prisco, José. *Derecho parroquial*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2008.
- Secretariado de Evangelización y Catequesis, SEDEC, Pbro. Lic. Víctor Manuel Solís. *La parroquia renovada, comunidad de comunidades*. Durango: Arquidiócesis de Durango, 2001.
- Vélez, Olga Consuelo. "Eucaristía, luz y vida del nuevo milenio. Algunos desafíos actuales." *Theológica Xaveriana* 157 (2006) 114-129.



## **ANEXO: UN ACERCAMIENTO A LA REALIDAD DE LA PARROQUIA ACTUAL**

Para tener una visión de la realidad de la Parroquia actual, he escogido como campo focal una comunidad parroquial de determinada diócesis. Es una comunidad con un promedio de 25 mil habitantes, ubicada en una zona donde crece el desarrollo urbano. Además muchas personas de diferentes partes del país han comprado su vivienda en alguno de los 45 conjuntos que están construidos en esta área.

De otra parte, esta Parroquia tiene ocho centros de pastoral, donde se hace un trabajo permanente de evangelización. Además, hay algunos centros comerciales, con gran afluencia de fieles, en los fines semana, para la santa misa. Y existen tres cultivos de flores, pues la cosecha de varios tipos de flores para la exportación es común en la región.

Dentro de la jurisdicción se encuentran 15 instituciones educativas de secundaria, y empresas dedicadas a la fabricación de concretos (2), productos lácteos (1), restaurantes (5), concesionarios (2), seguridad (1), una la comisaria de familia, algunas clínicas y sobre todo 3 franjas donde se aglutinan las personas más pobres de la comunidad parroquial.

Para hacer un acercamiento a la realidad, se realizó una encuesta durante un periodo de dos meses, con un equipo activo de 89 miembros, que integraron representantes de cada ambiente. Previamente, con este equipo, durante varias reuniones se preparó la encuesta, que procuró estudiar tres situaciones fundamentales: la situación sociocultural, la situación sociopolítica y la situación pastoral de la Parroquia.

Se ha elaborado el material y se ha ejecutado con preguntas que los diferentes ambientes han respondido. Se han analizado las preguntas con diferentes enfoques, en diferentes campos focales. Se han determinado tres preguntas relacionadas con el primer bloque, que

corresponde a la *situación sociocultural*, en el campo de los ocho centros de culto donde hay un gran número de residentes:

1. ¿Cuáles son los impactos que están afectando la comunidad donde vive?
2. ¿Qué cultura sobresale hoy en la comunidad donde reside?
3. ¿Qué comportamientos destaca de las personas que viven en este sector?

Se ha hecho un enfoque de preguntas dirigido al campo de los conjuntos residenciales, en la misma realidad sociocultural:

1. ¿Qué ventajas aporta esta modalidad de residir en conjunto residencial fuera de la ciudad?
2. ¿Cómo es la convivencia con los demás miembros del conjunto?
3. ¿Conoce su Parroquia y participa en ella?

Se ha hecho un enfoque de preguntas dirigidas a los campos de las empresas, los cultivos de flores, los restaurantes, respecto de la misma realidad sociocultural:

1. ¿Cómo es la oferta y la demanda en tu trabajo?
2. ¿Qué incidencias económicas observas en tu trabajo?
3. ¿Qué aspectos destaca respecto del empleo en su trabajo?

En el segundo bloque de preguntas correspondiente a la *situación sociopolítica*, se ha aplicado en los campos de las instituciones educativas, la comisaría de familia, las clínicas y la alcaldía:

1. ¿Cuáles son las aspiraciones de los jóvenes en los colegios?
2. ¿Cómo es la seguridad social en el sector?
3. ¿Cuáles son las principales problemáticas de la familia en la zona?
4. ¿Cuáles son los problemas más sobresalientes en la salud de los habitantes en la zona?

Finalmente, en el bloque de la *situación pastoral de la Parroquia*, se ha aplicado a los laicos más comprometidos:

1. ¿Qué experiencia tiene de la eucaristía?
2. ¿Qué experiencia tiene de la Parroquia?
3. ¿Tiene algo que aportar la eucaristía a la sociedad?

Posteriormente, con el equipo, se han tabulado los diferentes resultados, en los distintos campos que se describen en seguida, elementos que nos ayudan a visualizar de manera objetiva la realidad en las tres situaciones propuestas. Se escogió aglutinar las respuestas en temas similares.

### **1. Luces y desafíos de la realidad sociocultural en la que vive la Parroquia**

Respecto de la situación sociocultural en la que se desenvuelve la Parroquia, se pueden constatar varias luces que ayudan a percibir la mano providente de Dios que lleva la creación. Cada párrafo será numerado, para poder citar el anexo en la primera parte del presente trabajo, referente a la realidad de la Parroquia.

#### **Hay una nueva manera de percibirnos y estar en el mundo**

1. Se percibe un mayor reconocimiento del valor fundamental de la persona, de su conciencia y experiencia, de la búsqueda del sentido de la vida y un ansia de espiritualidad. Se capta un énfasis en la experiencia personal y en lo vivencial, que lleva a considerar el testimonio como un componente clave en la vivencia de la fe. Los hechos los valoramos en cuanto son significativos para nosotros.
2. Los hombres y mujeres hoy sentimos más la necesidad de construir el propio destino y el anhelo de encontrar razones para vivir; pero hay un gran obstáculo que impide salir hacia los otros para compartir: el individualismo. Los gestos y actitudes de subjetivismo van configurando la vida en los ambientes urbanos. Se pierde la actitud de acogida, de comunidad, de valoración y de escucha. Se cuestiona cada vez más la libertad, para dar cabida a emociones pasajeras y a elecciones inmediatistas.
3. Por la influencia de la sociedad que nos rodea, muchas veces se profundiza una *actitud de discriminación*, especialmente con los pobres. Los asentamientos urbanos van

poblando las áreas rurales cercanas a nuestros pueblos, constituyendo nuevos *cinturones de miseria*, donde los niños son los más afectados por la pobreza, por la falta una adecuada vivienda y una sana alimentación. No hay una verdadera promoción de los derechos de las minorías, especialmente de los más débiles.

4. Persiste una *situación precaria de las mujeres*, a quienes todavía se les explota con trabajos mal remunerados, y se las hace víctimas de abusos sexuales y atropellos contra su dignidad. En muchas familias se percibe todavía una concepción de machismo, según la cual impera el más fuerte y se legitima el maltrato a la mujer. Todavía hay secuelas del pasado que no reconocen la igualdad en dignidad de la mujer respecto del hombre y se la manipula a ultranza, sin abrir espacios para su participación y promoción integral.

### **Influenciados por las tecnologías**

5. Gracias a las tecnologías, hoy nos vemos beneficiados de una comunicación mundial en forma instantánea y en tiempo real, a través de la cual se ha enriquecido nuestro saber y se ha facilitado el intercambio de conocimientos. Esta misma cultura, que vive y propicia cambios acelerados, ha generado en la mayoría de nosotros una capacidad de adaptación a los cambios de paradigmas. Pero, por otra parte, comprobamos que hay *culturas superficiales* que crean nuevas ideologías y llevan a un narcisismo descontrolado.

6. Dentro de este progreso tecnológico, los encuestados afirman que están influenciados por una nueva arquitectura social que tiene su máxima expresión en la red globalizada llamada “la internet”, abierta al que desee conectarse, pues cuenta con una estructura interactiva. Esto ha hecho que nos sintamos cada vez más miembros de variados públicos y de redes de diverso tipo.

7. Repercute fuertemente en nuestro modo de vida el fenómeno de *la globalización*, que tiene un significado más amplio y más profundo que el simplemente económico. La historia ha abierto una nueva época que atañe al destino de la humanidad.

8. Debido a la *cultura envolvente de la imagen*, que pesa mucho más que la palabra, los individuos privilegiamos el ejemplo y los hechos más que los discursos, somos más inmediatistas que procesuales, más sensitivos e intuitivos que reflexivos y analíticos, más

informatizados que comunicados, más dinámicos y proyectados hacia lo nuevo y cada vez más desarraigados de nuestro entorno, porque asumimos una cultura global.

9. También percibimos que más allá de la búsqueda del bien hay una *avidez del mercado*, una influencia del tener sobre el ser. Se trata de un desmesurado afán de lo material, de poseer y de una economía sin horizonte. Hoy gravita el desarrollo de la economía en torno de la información, la comunicación y el conocimiento. Por eso, se pone énfasis en el enriquecimiento, sin medir las consecuencias.

### **Nueva visión de la naturaleza**

10. Vivimos ahora un cambio positivo en relación con la naturaleza. Nunca, como hoy, hemos tenido tal conciencia de interrelación e interdependencia de los seres creados entre sí, ni de la necesidad de observar el ordenamiento de la naturaleza. Se comprende mejor que el medio ambiente no es un mero recurso, sino también la casa que debemos respetar. Por esta razón, relacionamos cada vez más nuestra salud psicológica y espiritual con nuestro entorno físico y social.

11. Por otra parte, percibimos con dolor y con pesar que no pocos fieles de esta Parroquia han sido forzados a dejar sus tierras y su entorno vital, a abandonar sus casas, sus bienes, a migrar y quedar desarraigados de su cultura por *los desplazamientos* que se siguen produciendo en razón de la violencia que ha marcado a nuestra patria. Algunos de ellos, hoy se encuentran hacinados en los sectores más vulnerables de la Parroquia, y resignados a trabajar en los cultivos de las flores de la zona por un bajo salario.

### **Entre la cultura de lo rural y de lo urbano**

12. Nuestro espíritu, en los pueblos, hace que en medio de las dificultades mantengamos la voluntad intensa de progresar y una decisión de trabajo que nos mueve a salir adelante, por el propio bien o el de la familia.

13. Nuestra identidad de cundinamarqueses se ve enriquecida por las diversas culturas mestizas, campesinas, urbanas y suburbanas. Gracias a ello, valoramos la pluralidad cultural y étnica. No obstante, se percibe cierta *división de las culturas entre lo rural y lo*

*urbano*, que impiden una verdadera interacción entre sí para conocer las diferentes propuestas culturales.

14. Un buen número de habitantes de la Parroquia de Nuestra Señora de la Salud, de Chía, que vive en la zona rural, expresa fuertemente la “cultura de la gratuidad”. De manera paradójica, allí, en ambientes de escasez y pobreza, los alcances de la solidaridad no tienen límites. En algunos, sigue estando muy arraigada la hospitalidad y la acogida, la generosidad y el ánimo de compartir, mientras que en otros todavía hay *rechazo, desconfianza, egoísmo y falta de apertura al otro*.

### **La cultura intrascendente**

15. Algunos habitantes, se ven cada vez más influenciados por la mentalidad de que lo real sólo es lo que se percibe con los sentidos; lo valioso sólo es lo que procura algunos beneficios en cualquiera de los órdenes de la vida humana y lo bueno es lo que procura o aumenta el placer y el gozo. A nuestro alrededor se percibe una pérdida de valores morales y religiosos. Por esto, las realidades trascendentes o del espíritu, para muchos dejan de tener vigencia y aceptación y pasan a ser insignificantes y carentes de todo interés y valor. Prevalece en algunos la cultura de lo práctico y lo útil.

16. Los hombres y mujeres de hoy nos concentramos en vivir intensamente cada día, valoramos lo *subjetivo, el sentimiento, la sensibilidad, lo pasajero, lo vivencial, lo particular, lo relativo, lo consensual, lo estético y lo simbólico*. Esta falta de sentido ha traído, como consecuencia, el que algunos jóvenes y muchas otras personas vayan experimentando sensaciones de ansiedad, de vacío y de frustración.

### **La influencia de la cultura urbana**

17. Domina fuertemente en las personas del ambiente urbano del siglo XXI una cultura de la diversión y el placer, a través de la cual recurrimos al olvido de nuestra propia conciencia, para evitar el cuestionamiento que nos causa nuestra propia realidad. Contamos con multiplicidad de recursos y espacios de *diversión* en nuestro entorno, pero a la vez nos invade la pérdida de sentido de la vida y el afán neurótico de llenar los espacios vacíos que deja lo cotidiano. Por tal razón, se siente una *pérdida de identidad, una despersonalización*

y *desmoralización* que reducen la vida a un juego. Se cae presa de la superficialidad y la frivolidad, las cuales desarrollan una mentalidad de lo irreal frente a valores fundamentales como la vida, el matrimonio, el amor, la dignidad de la persona humana. Con mayor razón, se pierde el sentido de pecado y la capacidad de sacrificio, de entrega y de comunión.

18. Por la cercanía a la ciudad y por la ausencia de verdaderos paradigmas en la comunidad parroquial, se esboza una cultura *de exclusión*, en razón de las creencias, entre católicos y no católicos, entre estratos, entre ricos y pobres, entre residentes de diferentes tipos de vivienda, entre conjuntos residenciales modernos y los núcleos de vivienda humildes existentes desde hace muchos años en el sector. También se produce exclusión por razones políticas, entre los de un partido y otro. En fin, hay exclusión por valoraciones, por ideologías, por comportamientos, una realidad que conlleva un relativismo y una pérdida de identidad y de comunidad.

19. Nos mueve un *pensamiento sincretista* que acoge todo, acepta todo, escoge entre todo lo que propone. Esto no sólo hace que reconozcamos que todos tenemos derechos, sino que todo es permitido y que cualquiera, con lo que quiera hacer, debe caber en nuestra sociedad. Los principios y valores los estamos remitiendo al mundo de las creencias, y los hacemos depender del parecer, los gustos y las preferencias. La verdad la reducimos a una opinión o preferencia en un grupo determinado y esto ocasiona un autismo colectivo que nos hace creer que en el fondo todo da lo mismo.

20. En los conjuntos residenciales existentes en la Parroquia y en la mayoría de las zonas urbanas es muy marcado el espíritu individualista y competitivo, centrado en la búsqueda de sí mismo y de los propios intereses. Prima el pensamiento individual, la protección del propio territorio y el deseo de escalar, cada vez más alto, en la sociedad, pero no para servir sino para dominar. En la vereda y en las ocho zonas que integran la Parroquia es nulo el espíritu de participación en las juntas de acción comunal, en proyectos cívicos o en las jornadas comunitarias. Esto ocasiona la obsesión por la propia persona y la calidad de vida,

el cultivo al máximo del deseo, el predominio de la vida privada y de la intimidad, sin normas y sin imperativos morales.



## 2. Luces y desafíos que vive la Parroquia en la situación sociopolítica

### La gobernabilidad y los actores públicos

21. El espíritu de servicio público de nuestros *gobernantes* se ha dejado corromper por intereses personales, clientelismo y compra de votos. La reelección de actores públicos está marcada por la manipulación de unos pocos que buscan beneficios a costa de una población cada vez más vulnerable. Se eligen siempre los mismos, cuya gestión mediocre impide dar dirección a un pueblo, alcanzar progreso y realización de las personas; pero la peor de las tragedias es la ausencia de la noción del bien común, la resistencia a asumir compromisos estables y la carencia de proyectos históricos.

22. En algunos ambientes rurales y urbanos marcados por la *pobreza*, los niños y jóvenes sienten muy poco interés por la educación y la promoción humana. Por adquirir algún dinero, un buen número de ellos desertan de las escuelas. Todo este panorama se empeora aún más con los vicios sociales que degradan, como el *alcohol*, *la drogadicción*, *la estafa* y *la extorsión*, *el hurto*, y *lo peor de todo*, *las pandillas* delincuenciales, que dejan a su paso muchas víctimas.

23. Últimamente, es muy notorio que algunos de los residentes en la zona están *migrando a la ciudad para buscar empleo* y mejores condiciones de vida, y dejan nuestro pueblo sin la fuerza vital del trabajo y el desarrollo. No se cree en una transformación provocada desde la comunidad donde se vive, y se camina errante, a la deriva de falsas propuestas de empleo o subempleo.

24. Los proyectos de *vivienda de interés social* han quedado en manos de los más poderosos, situación que ha restado oportunidades a los que menos tienen de mejorar con su familia. Así, encontramos familias que viven *hacinadas*: hasta veinte personas llegan a vivir en una misma vivienda, en situaciones precarias e inhumanas.

### **Efectos en el ambiente familiar, tecnológico y económico**

25. Crece de forma injusta el número de familias que viven en *violencia intrafamiliar*. Son muchos los casos reportados de maltrato infantil, de agresividad y querellas provocadas en muchas ocasiones por la infidelidad, el adulterio, el desempleo y el alcohol. Se privilegian más las cosas que las personas. Las relaciones no son duraderas por la falta de compromiso y de madurez para asumir un objetivo. Hay la tendencia de considerar a la familia como algo pasajero y desechable.

26. *Las campañas antinatalistas* son promovidas por la administración municipal, a través de promotores de salud, que de manera irracional aconsejan a muchas familias métodos contra la vida.

27. Las llamadas *tecnologías de información y comunicación* (TIC) son para muchos el principal instrumento informativo y formativo, de orientación y de inspiración de comportamientos individuales, familiares y sociales. Las TIC han creado nuevos modelos que inspiran y que dan un nuevo lenguaje lúdico o de imagen en reemplazo de la palabra escrita o analizada.

28. Debido a la fuerte influencia de los medios de comunicación, se siente que cada vez más se es presa de una cultura hedonista en la que el sexo, y el placer que conlleva, son el valor supremo. Por esta razón, tanto hombres como mujeres absolutizan el cuerpo y la belleza física.

### **3. Luces y desafíos que vive la Parroquia en la situación pastoral**

La Parroquia analizada cuenta con un número aproximado de 15 mil habitantes que dicen ser católicos, 5 mil que practican otros cultos y un promedio de cinco mil que no se consideran creyentes ni practicantes de ninguna religión.

## Religiosidad popular y participación de los laicos

29. La fe en Dios y la devoción mariana son parte del patrimonio de la Parroquia. Un alto porcentaje de sus habitantes cree en Dios y asegura que Dios es importante para sus vidas. Un buen grupo de personas participa en las celebraciones de la Semana Santa y la Navidad, así como de las fiestas patronales. Abunda la religiosidad popular: al Divino Niño, a la Virgen del Carmen, a Santa Marta, a Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, las peregrinaciones, el culto a los santos y a los difuntos, entre otros.

30. En los años de existencia de la Parroquia, se ven signos de madurez manifestados en el testimonio, y sobre todo, de amor a la Palabra de Dios. En cada sector hay una comunidad de *lectio* divina. Se destaca, sobre todo, la presencia activa de la mujer en la vida de la pastoral parroquial.

31. Se perciben igualmente frutos cosechados por las misiones realizadas en todos los rincones de la Parroquia. La riqueza de las distintas catequesis realizadas por varias semanas dejó un gran deseo de Dios en los habitantes de la comunidad.

32. Existen dos *comunidades religiosas* femeninas que nos dan testimonio de entrega y servicio en medio de este mundo de dolor, en la dedicación a la familia y en la contemplación de la eucaristía.

33. En el total de las celebraciones durante una semana, especialmente los fines de semana, se calcula la participación en la *santa misa* de unas dos mil personas, en los diversos horarios establecidos para su celebración. La mayoría está constituida por personas adultas. La participación de los niños es mínima y muy escasa la de los jóvenes. Aunque la Parroquia tiene como centro la eucaristía, todavía muchos de los fieles se encuentran al margen de esta realidad. Es lento el proceso para que ellos redescubran y vivan el domingo como día del Señor y día de la Iglesia. Se están ofreciendo estrategias con eucaristías de jóvenes y de niños, o de matrimonios, para que revivan de manera particular la experiencia

que tuvieron los apóstoles la tarde de la Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó mientras estaban reunidos.

34. Se cuenta con un número de 200 laicos comprometidos en la edificación de la Parroquia y en su misión evangelizadora. Entre ellos, se destacan catequistas, ministros extraordinarios de la sagrada comunión, proclamadores de la Palabra, ministros servidores, todos empeñados en adquirir una buena formación. Así mismo, se hace el esfuerzo por despertar en los laicos el espíritu de comunión, participación y corresponsabilidad, a través de los consejos de pastoral y económico y de los diversos equipos especializados de la pastoral.

#### **Debilidades en la vida cristiana**

35. Los habitantes de la Parroquia están influenciados por un fuerte proceso de secularización, que penetra más a las clases medias y altas y que trae como consecuencias un debilitamiento de la vida cristiana en la Parroquia, la falta sentido de pertenencia a la comunidad, la inexistencia de compromiso de la gente en lo pastoral, y la falta de interés de contribuir en la transformación de la comunidad.

36. Para un gran número de bautizados, el cristianismo sin compromiso ha resultado cómodo, porque no lleva una vida cristiana auténtica, y no hay un verdadero testimonio de fe, ni de conversión.

37. Un número creciente de bautizados no se identifica con la Iglesia jerárquica ni con su magisterio. Son personas sin Iglesia, para quienes el cristianismo pasa a ser más un grupo de referencia que uno de pertenencia.

38. Entre los jóvenes y adultos profesionales, es notorio el fenómeno de la indiferencia religiosa, y algunos llegan a vivir un ateísmo práctico. La mayoría de los jóvenes está

actuando de manera desconcertante, sólo en función de lo inmediato, y sin una referencia sólida para sus vidas. Hay dicotomía entre lo que hacen y lo que dicen.

### **Debilidades en la evangelización**

39. El modelo de Iglesia que nos ha esbozado el Concilio Vaticano II, de una Iglesia-comunión, está muy distante, porque exige dejar elementos y estructuras a los que estamos muy apegados. Se sigue haciendo una pastoral de conservación.

40. Este tipo de evangelización de “época de cristiandad”, en la que viven y se manifiestan algunos fieles de la Parroquia, ha llevado a descuidar el auténtico nacimiento a la fe y a los procesos de iniciación cristiana. Así mismo, nos hemos anquilosado en una pastoral de requisitos, antecedida de cursillos fugaces que sólo dejan un simple barniz y no comprometen con la conversión. A esto se suma una piedad popular poco orientada, de corte individualista e intimista. No se ha prestado mayor atención al anuncio testimoniado y permanente del kerigma y de una catequesis permanente. Falta llevar a los fieles a un verdadero encuentro con Jesucristo vivo.

### **La identidad de la Parroquia en el contexto diocesano**

41. La Parroquia urbana se encuentra en un contexto propio, donde hay diversidad de culturas que se van gestando e imponiendo con un nuevo lenguaje y simbología y donde acontecen complejas transformaciones socioeconómicas, culturales, políticas y religiosas.

42. Es significativo que se construyan nuevas parroquias y se proyecten según el plan de ordenamiento territorial, para que los espacios queden bien configurados y para que se vaya creando una atmósfera de cercanía y de comunidad para vivir la fe.

43. La ausencia de un plan pastoral propio, según las características de la Parroquia, frena un verdadero proceso de evangelización. La falta de procesos serios en la pastoral

hace que aumente la realización de acciones pastorales fragmentadas, máxime, cuando existen algunos evangelizadores con mentalidad de límites, cerrados e individualistas, que debilitan la estrategia de una parroquia abierta, flexible y misionera, que de pie a una acción pastoral transparroquial y supraparroquial.

44. Se observan totalmente desconectados los misterios de la Iglesia y de la eucaristía: se les ve diferentes, dos realidades aparte e independientes. Esta es una de las mayores preocupaciones que llevan a pensar en la ausencia de una verdadera evangelización y de un verdadero proceso de Parroquia como sacramento de comunión.

La globalización tiene un significado amplio y más profundo que el simplemente económico, porque en la historia se ha abierto una nueva época que atañe al destino de la humanidad.

Hay miedo a la globalización porque puede darse un nuevo tipo de colonialismo, en el que no se respetan las culturas, y se despoja a los pobres de lo que es más valioso para ellos, incluidas sus creencias y prácticas religiosas.

También se teme a la globalización de la economía, por la liberación de los mercados, la acentuación de la competencia, y el crecimiento de empresas especializadas en el abastecimiento de productos y servicios.

Los aspectos negativos de la globalización del trabajo no deben dañar las posibilidades que se han abierto para todos de dar expresión a un humanismo del trabajo a nivel planetario.

## **SITUACION SOCIO-CULTURAL**

Para tener una visión sobre la realidad de la vida de la Parroquia, se optó por la elaboración de una encuesta a los sacerdotes y fieles laicos. El proceso que se siguió consistió en conocerla en tres niveles específicos: sociocultural; sociopolítica y el pastoral.

Los pasos para hacer el análisis fueron la preparación y diseño de la encuesta exploratoria, como elemento fundamental e instrumento indispensable que ha detectado diversos hechos, la realización de esta encuesta, y la tabulación de los diferentes resultados, que están registrados en los gráficos que responden a una serie de preguntas de acuerdo con los diferentes aspectos que se están analizando.

1. ¿Cuáles son los impactos que están afectando la comunidad donde vive?

Esta pregunta se ha realizado en los ocho centros de culto correspondiente a los ocho sectores donde se desarrolló la muestra.

En seis centros de culto que están más en la parte urbana se notan los siguientes impactos:

- El individualismo y la exclusión, con un alto porcentaje de 70 a 80%.
- En la zona rural, hay dos centros que presentan los siguientes impactos: pobreza y miseria de un 40% en otro sector; desplazamientos, que afectan al 20%, en otra zona.

2. ¿Qué cultura sobresale en la comunidad donde reside?

En cinco centros, el 60% percibe una cultura intrascendente, pérdida de los valores y exceso de lo subjetivo.

En un centro, hay una cultura urbana influyente porque en esta zona se sitúan los centros comerciales, los bares, restaurantes y discotecas. El impacto es la *pérdida de la identidad*, que manifiesta el 12% de los encuestados.

En otro centro, donde están ubicados varios bares, se destaca *la explotación de la mujer*, que reporta el 18% de los encuestados.

En el tercer centro sobresale lo pasajero, que destaca el 10% de los encuestados.

3. ¿Qué comportamientos destaca de las personas que viven en este sector?

Se preguntó a los jóvenes y a los adultos acerca de los diferentes comportamientos que observan en su entorno.

Los jóvenes respondieron que están vinculados al Internet de manera permanente. La mitad de los encuestados se mostró más sensitiva e intuitiva que reflexiva y analítica y expresó la cultura envolvente de la imagen.

Los adultos resaltan más la situación de inseguridad (el 35%), la presencia de pandillas en la zona (el 12%), una presencia de avidez del mercado (el 15%) y una influencia de tener sobre el ser, con un afán desmesurado por lo material (el 18%).

*Se ha hecho un enfoque de preguntas dirigido al campo de los conjuntos residenciales, en el ámbito de la misma realidad sociocultural*

1. ¿Qué ventajas aporta esta modalidad de residir en conjunto residencial fuera de la ciudad?

Se interrogó a residentes de diez conjuntos residenciales de una determinada zona correspondiente a la jurisdicción de la Parroquia exploración.

Los residentes de cinco conjuntos residenciales respondieron que es extraordinaria la experiencia de estar ubicados en un *ambiente urbano* y un ambiente sincretista donde están las comodidades, cercanas a la universidad, a las entidades de la salud, a los servicios de vigilancia y seguridad (un 45%).



Los residentes de otros cinco conjuntos respondieron que buscan las afueras de la ciudad para asegurar *tranquilidad* (un 55%).

2. ¿Cómo es la convivencia con los demás miembros del conjunto?

Los residentes de tres conjuntos respondieron que esta convivencia es de *anonimato* y *de exclusión; de despersonalización*: nadie se conoce, cada uno vive su propio mundo y sus propios acontecimientos (un 35%). Los de cuatro conjuntos respondieron que es de tipo *administrativo*: sólo se ven con sus vecinos en las reuniones de organización de mantenimiento del conjunto (un 65%).

¿Conoce su Parroquia y participa en ella?

Esta pregunta se hizo a personas mayores de 50 años y a los niños. Las personas de 50 años o más respondieron que, por el ambiente de urbanizaciones, *no conocen ninguna iglesia*. Y al hablar de iglesia, la conciben como simple estructura física (un 38%).

Los niños y respondieron que sólo van a misa en su colegio, porque se preparan para la primera comunión. No tienen *ninguna vinculación ni pertenencia* a la Parroquia.

*Hubo preguntas dirigidas a las empresas, los cultivos de flores y los restaurantes, relativas a la misma realidad sociocultural.*

1. ¿Cuál es el papel del empresario y de la empresa?

Los cultivos de flores manifiestan tener una importancia central desde el punto de vista social. Acentúan que su único objetivo es *el bien económico de la empresa*, la eficiencia económica, las exigencias de cuidado del capital. Se nota la ausencia de una concepción según la cual las personas constituyen el patrimonio más valioso de la empresa (un 45%). Prima lo material.

En los restaurantes y bares, los criterios que motivan son exclusivamente de naturaleza financiera y comercial; están definidos como espacios de *diversión*, en un 30%. Prima el tener.

2. ¿Cómo observa el fenómeno del consumismo?

Algunas empresas responden que este fenómeno produce una orientación persistente hacia el tener, en vez de hacia el ser (un 56%). El consumismo impide distinguir las nuevas y más elevadas formas de satisfacción de las necesidades humanas. Falta un espíritu de comunión con los demás, para un crecimiento común.

Otras pequeñas industrias contestan que el consumo es excesivo y desordenado (un 44%).

3. ¿Qué piensa usted de la actividad económica?

Las cinco empresas respondieron que se debe *ser para el crecimiento financiero* porque es el ámbito más importante para poder sobrevivir (un 55%). En esta respuesta hay una preocupación por el tener, porque la actividad económica y el progreso material deben ponerse al servicio del hombre y de la sociedad, para contribuir al crecimiento de una humanidad nueva.

Los restaurantes responden que los bienes son para *beneficio personal* y que quien los trabaja es el dueño absoluto (un 45%). Se pierde de vista que los bienes, aun cuando son poseídos legítimamente, conservan siempre un destino universal, porque este es un criterio de la doctrina social de la Iglesia. Quien desarrolla una actividad económica y posee bienes, debe considerarse administrador de cuanto Dios le ha confiado.

*En el segundo bloque de preguntas correspondiente a la situación sociopolítica, se ha aplicado en los campos de las instituciones educativas, la comisaría de familia, las clínicas y la alcaldía.*

1. ¿Cuáles son las aspiraciones de los jóvenes en los colegios?

Los jóvenes, de los grados 10 y 11, responden que hay muchos que están involucrados en la *drogadicción y en el alcohol* (un 35%).

Se encuestó a algunos padres de familia, quienes respondieron que algunos jóvenes de la zona están incorporados en pandillas organizadas que realizan actos delictivos como estafa, hurto y extorsión. Un 19% de estos casos se dan en la zona.

Otros jóvenes viven en una cultura hedonista que ha provocado situaciones de inmoralidad (un 23%).

Son pocos los jóvenes que buscan progreso y desarrollo personal (un 33%).

2. ¿Cuántas familias pobres se encuentran en su sector?

Alrededor de ochenta familias viven en situaciones de pobreza y precariedad. El 70% de ellas no tiene una vivienda digna, ni acceso a la educación para los hijos. Las familias son apoyadas por programas de pastoral social que sólo tienen un aspecto asistencial.

3. ¿Cuáles son las principales problemáticas de la familia en la zona?

Se encuestaron cien familias, de las cuales treinta respondieron que es la infidelidad, la discriminación de la mujer, el maltrato de los niños y la desconfianza, porque no hay credibilidad en la institución familiar (un 30%).

Veinte familias respondieron que es el desempleo, causa por la cual no tienen vivienda propia (un 25%).

Quince familias respondieron que son los desplazamientos forzosos los que impiden un desarrollo digno y una cultura de paz.

35 familias responden que el mayor problema es la violencia intrafamiliar (un 35%).

*El bloque de la situación pastoral se ha aplicado a los laicos más comprometidos:*

1. Entre la religiosidad popular y una vida cristiana auténtica, ¿qué aspectos sobresalen más?

Los ministros extraordinarios de la sagrada comunión destacan que sobresalen más las manifestaciones de religiosidad popular, entre las cuales hay una serie de devociones acompañadas de puro sentimentalismo (un 56%).

Los proclamadores de la Palabra destacan que hay un gran culto a los muertos, porque la mayoría de las misas son por los difuntos (un 40%).

Los catequistas destacan que sólo hay un 4% de laicos que ha comenzado un proceso de iniciación cristiana.